

Nº 43





FA-0207

~~2423~~

20

B-U

592

LOS CRISTIANOS

DE CALOMARDE.

LOS CRISTIANOS
DE CALIFORNIA

8 (46)
6092

LOS CRISTIANOS DE CALOMARDE

Y

EL RENEGADO POR FUERZA,
D. LEON LOPEZ Y ESPILA.



MADRID: y setiembre de 1835.

IMPRESA DE D. E. FERNANDEZ ANGULO,
á cargo de D. M. Macías.

LOS CRISTIANOS
DE GALICIA

EL BENEFICIO POR FUERZA

D. LEON LOPEZ Y ESPINOSA



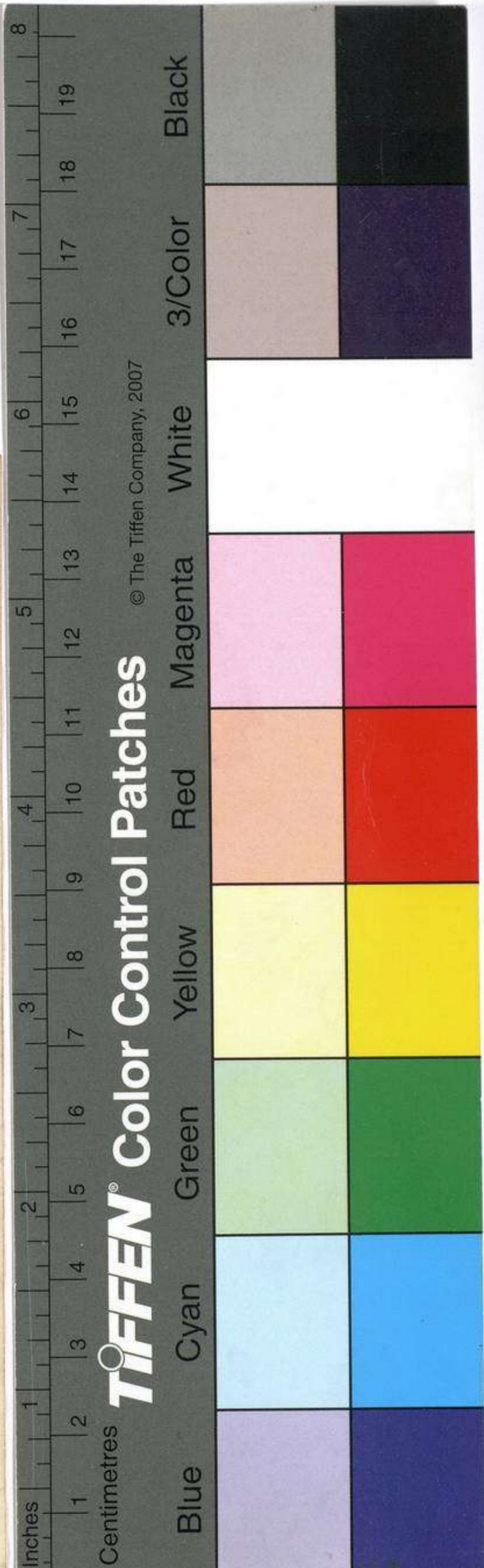
MADRID: y septiembre de 1833

IMPRESA DE D. E. FERNANDEZ RIVERO,

á cargo de D. M. Alcaraz.

PROLOGO.

Por pequeño que sea el don que ofrezco al público, aun no me atrevo á presentarlo sin alguna explicacion que pueda evitar un sentimiento de los mas penosos, cual es, el de la espectacion frustrada en ofensa del que recibe, y en desmerecimiento del que ofrece. Pudiera nacer este engaño del prurito y furor que hay en mezclar y confundir lo histórico con lo romántico; prurito y furor de nuestros dias, puesto que, investigaciones las mas árduas, muchas veces se han emprendido con la sola mira de dar á situaciones y aventuras inventadas, un color de verdad local; de tal manera, que cuando pase algun tiempo, será necesario entregarse á nuevas indagaciones á fin de distinguir los documentos verdaderos de donde sacamos el conocimiento de la historia, y de las costumbres de los pueblos, de los me-



ros juegos de imaginacion, al paso que en las obras bastardas que no pertenecen enteramente ni á una ni á otra clase, habrá que separar con mucho trabajo lo que es real y efectivo, de lo que es añadido segun el capricho de los autores. Parece que cuanto mas agena de nuestros tiempos y de nuestros hogares sea la noticia de alguna de estas composiciones, con tanta mayor predileccion se busca, sin duda pretendiendo reanimar con nuevos cuadros y nuevos personajes la atencion ya cansada de los lectores. Por mi parte confieso que si he visto á algunos tomar una especie de interes en la pintura de acciones, acontecimientos y costumbres, no solo destituidas de toda analogía con las nuestras, sino tambien repugnantes y odiosas; nunca he podido convencerme á atribuir esta curiosidad al mero deseo de buscar un pasatiempo, sino mas bien á la propension de saber y averiguar cosas desconocidas; en cuyo caso todavía me parece la verdad preferible á la invencion. No hay rincon en la tierra que no se haya escudriñado, para colocar alli el teatro de estrañas aventuras: los Persas y los Arabes, los Chinos exagerados de finos, y los salva-

ges americanos han tenido que prestarse á la fértil pluma de los Románticos: cada revolucion política ha traído una inundacion de cuentos y de historias sacadas del pueblo revolucionado, como si por instinto se hubiese ido á buscar allí la viveza de pasiones, estinguida al parecer entre los pueblos avezados al órden y al reposo. Bajo todos estos aspectos, España algo desconocida de los estrangeros, pero con la reputacion de una mina rica en tesoros, ha gozado de un especial favor, y los últimos acontecimientos han dado márgen para explotarla hasta la saciedad.

Hablar de un español, y de un español refugiado en tierra de moros, es casi obligarse á traer á colacion todo el séquito de enredos que antiguamente se nos contaba: amores, lances de fortuna, de hermosas Princesas, que no conocian mayor dicha que la de huir con un cristiano, de palacios y jardines magníficos, y trages fantásticos relumbrando oro y brillantes; pero nada de ello encontrarán en este opúsculo mis lectores. Los palacios de esta tierra se parecen con mucha exactitud á una venta robada: los vestidos estan guarnecidos de muy otra cosa que oro y brillantes: las Princesas hermosas

ó feas amasan el alcuzcuz y tienen el gusto bastante grosero, para preferir á nosotros un moro viejo, feo y tuerto: los lances se resuelven con la mayor ó menor cantidad de palos; y si á este pais se le da el nombre de encantado, será por las brujerías y diabluras, causa de todos los males segun la filosofía árabe.

Al notar algunos sucesos memorables del curso de mi vida, no he podido tener intencion de urdir una trama entretrejida de colores y dibujos agradables á la imaginacion, cuales se nos presentan en las famosas novelas; mas en la verdad misma de los sucesos, he creido descubrir otra especie de interes. Llegará tiempo en que los hombres, libres de los afanes y de las ofuscaciones del momento, colocados á distancia que les permita abrazar el todo de una época, apreciarán los trabajos emprendidos por las generaciones actuales, y tratarán de reunirlos en un cuadro: entonces la historia no olvidará por cierto este episodio interesante de la persecucion general de los liberales desde el año de 1814, y de su dispersion en todas las partes del globo; enterándose de la vida y conducta de esos hombres, que con denodado sacrificio pusieron mano á

la obra, comprenderá la fuerza moral, que esplica á un tiempo mismo la necesidad de la emancipacion de los pueblos, la posibilidad de lograrla, y por último, conociendo tal vez en esa emigracion forzada de los liberales propagando sus máximas en todas partes, un resorte oculto del destino, llegará á mirar aun aquellas vicisitudes, que al parecer solo interesan á los individuos, como ramificaciones necesarias de una sola accion inmensa y grandiosa. Entonces la posteridad admirará ese raro ejemplo de constancia, sufrimiento, heroicidad y virtud, que han dado millares de infelices proscriptos de todos los paises, animados de un mismo espíritu y de un mismo pensamiento, y con libertad de emitirlo mas francamente que sus infelices compatriotas, los que gemian oprimidos bajo las bayonetas de los Saez y Calomardes, y en verdad, que entre todos los mártires á ellos les tocó de preferencia arrostrarlo todo, puesto que estaban libres, y combaten y sufren no por la propagacion de imaginaciones ridiculas y de misterios absurdos, sino por sostener lo que pide y dicta la razon y el sano juicio.

Y yo tambien tengo la jactancia de ha-

ber sacrificado cuanto he podido, con el fin de colocarme en las filas de esos obreros de la humanidad; y esa conciencia, que sostuvo mi entereza en medio de las mayores tribulaciones, es para mi una garantía del interes que tomarán en la suerte de uno de sus patriotas, centenares de miles de individuos que eslabonan por todo el orbe, esa inmensa cadena de accion eléctrica; y millones de otros que sin estar en el caso de tomar una parte activa en ella, esperan con ansia su resultado, prontos á repetir con innumerables ecos el grito que dieran sus campeones de vanguardia. Y en la relacion de mis aventuras particulares, aun hallaré una nueva oportunidad de llenar una parte de mi encargo, descubriendo y demostrando con hechos palpables las consecuencias funestas y horrendas del despotismo, y de ese fanatismo, que se llama religioso; pero que con mas propiedad se pudiera marcar con el nombre de fanatismo de sectas.

Hé aqui porque la verdad, que en todo he seguido con escrupulosidad, me ha parecido proporcionar un interes cuando menos igual al que pudiera escitar una bella ficcion de novela. Por otra parte,

se hallará la prueba de que así como el sol nace en todas las regiones, los sentimientos de los hombres buenos y sensatos, en todas partes son los mismos, y que la comunicación libre entre ellos desenvuelve esos sentimientos, sacudiendo la corteza de preocupaciones locales. Se hallará la prueba de esas verdades consoladoras en la conversación de un moro, que por ser de él, he insertado como parte de mi historia, abreviada sí, mas exacta en todo lo esencial. Quizás se escuche con mas atención de boca de un moro, lo que á nosotros Europeos, despues de tantas repeticiones apenas nos permiten tocar de nuevo, sin que por eso se deba inferir, que los consejos del Africano, ni los de nuestros sábios, ya se hayan hecho supérfluos: ¿cuánta es la estension de pais en nuestro continente, donde esos consejos hayan sido puestos en ejecucion siquiera en parte?

Mis observaciones no serán tan poco inútiles á los que se dedican al conocimiento de los paises y de los pueblos. No puedo ofrecer á la verdad el resultado de un viage científico ó emprendido espresamente al intento de hacer descubrimientos; mas tambien es innegable, que yo

mas bien que ninguno de esos viajeros de grande aparato , he estado en situacion propia para conocer, no solo la suerte de los renegados, de quienes apenas se tiene noticia, sino tambien de los usos y costumbres de los moros, desfigurados en mil relaciones, escritas sin verdad ó sin juicio. Prohibido es á los cristianos internarse en el pais, ni osarian intentarlo aunque no lo estuviese ; pero si alguna vez un cónsul ú otra persona de respeto, provista de grandes recomendaciones emprende el viage, no ve sino el camino que anda; y rodeado de su escolta, aislado de los habitantes, es las mas veces inducido á equivocarse la excepcion con la regla. Por otra parte, los renegados al menos en Marruecos, no son personas de quienes se pudiera esperar noticias útiles y fidedignas, si es que dan algunas ; y solo en los tiempos mas modernos que se ha llevado el rencor político hasta el punto de precipitar hombres bien educados, en la misma situacion desesperada en que se hallan los malhechores mas atroces, obligándolos á buscar el mismo y único remedio, he sido de los primeros, y segun espero, de los últimos de esta clase que se han visto en necesidad de igualarse en un

todo con los moros, para guarecerse de las persecuciones de los cristianos.

Sin embargo, por miserable que nos parezca la vida de un renegado, aun se puede descubrir un lado útil á ese estado de cosas que los lleva á millares al imperio de Marruecos: forman á falta de otras relaciones el vínculo entre este imperio y España; y contribuyendo á conservar y propagar el uso del idioma, de las monedas, pesos y de varias costumbres nuestras, preparan á nuestra patria, pues casi todos son españoles, un medio de acción muy eficaz, si llega el tiempo no muy remoto, en que los pueblos de Europa sientan la urgente necesidad de dirigir sus fuerzas, no contra sí mismos, sino hácia la civilización del mundo entero, incorporando de preferencia las costas del mar Mediterráneo en la esfera de su acción política. ¡Cuánto mas útil hubiera sido en este sentido verter en Africa la sangre española que fecunda en América tan distante de nosotros, y que la experiencia ha demostrado no poderse conservar para muchos siglos!

¡Ojalá que España, ó por mejor decir, la península reunida, privada de sus colonias americanas, hallára un objeto

natural de sus empeños en esa comarca fértil y dilatada, que situada como la península misma en el extremo occidental del Mediterráneo, está llamada á participar con igual ventaja del comercio de Europa, de Africa y del nuevo continente.

LOS CRISTIANOS DE CALOMARDE,

EL RENEGADO POR FUERZA.

CAPÍTULO I.

La Europa entera es un fiel testigo del despotismo y tirana persecucion, que declaró el gobierno español contra todo ciudadano que profesaba ideas liberales en el año de 1823; ¡época fatal, cuyo amargo recuerdo servirá de eterno borron para la historia! La Francia, partidaria en aquel tiempo de la Santa Alianza, sembró en tan hermoso suelo la desolacion y las desgracias: las intrigas sucedieron á esta crisis lamentable, y los partidos escudados con la proteccion del gobierno, pusieron en movimiento sus pasiones, y

se prescribieron los ódios y las venganzas: el grito esterminador se declaró en toda la península, y á porfía corrian los enemigos del partido liberal á suplantar mil quiméricas delaciones, á fin de conseguir fuesen perseguidos todos los patriotas desgraciados.

Una gran parte del clero que preveía la ruina que amenazaba á todos sus abusos, se levantó en masa, y desgraciadamente contribuyó con cruel suceso á destruir la civilizacion de España, y á su consecuencia se vieron las cárceles y presidios inundados de infelices patriotas: los cadalsos se acumularon; se pedia justicia pero en vano: no era dado á un gobierno absoluto practicarla: lejos de eso, la arbitrariedad reinaba en todos los gobernantes, y se veía con dolor y asombro conducir al patíbulo á los desgraciados patricios, sin mas delitos que las simples acusaciones de sus contrarios.

La Europa vió tambien con escándalo y admiracion erigirse en la península una nueva sociedad, apellidándose Angel Esterminador ó Partido Carlista, sostenida por algunos corifeos de la iglesia so pretesto de religion: pretesto que servia de juguete á sus pasiones inicuas y desarregla-

das; pretesto por el cual sembraron el terror y confusion en toda la España; ¡oh dias de eterno luto, cuya memoria hará estremecer al hombre sensible amante de los intereses de su patria! No es dado á la pluma describir los criminales y sangrientos pormenores que han sucedido en este tiempo de desgracias, ni tampoco es mi objeto escribir tal historia.

¡Francia! tú misma, sí, tú misma fuiste la primitiva causa: tus ejércitos empleados en proteger el absolutismo y en ayudar las miras é intenciones de la santa Alianza, fueron la causa de la destruccion de nuestras libertades pátrias: tú misma viste con indiferencia el ningun cumplimiento á las garantías que se ofrecieron sobre el establecimiento de un sistema de gobierno análogo á las circunstancias: tú misma viste romperse los nudos del equilibrio social, faltándose en un todo á contratos, capitulaciones y palabras: y ¿qué hiciste? ¡Ah! horroriza á una imaginacion viva y acalorada recorrer los pormenores subsiguientes á aquel tiempo, en que sembraste nuestra ruina: tú has visto insensible conducir á los cadalsos á aquellos héroes que, despues de haberse sacrificado por sostener los legitimos derechos, por úl-

timo , se habian acogido á la clemencia de un ejército entronizador del despotismo , pensando asi asegurar su vida contra la saña de un gobierno del que no podian prometerse sino venganzas : sin embargo, un dia vendrá, no lo dudo, en que tu misma te indemnizarás ante todo el mundo destruyendo la tiranía tan opuesta á la libertad de los pueblos, que ya conocen lo que pueden y lo que valen con respeto á monarcas déspotas y absolutos!

Entre las innumerables víctimas que sucumbieron á la ferocidad del tiránico gobierno en España, fui uno de ellos por mi desgracia ó fortuna. Vivía en el año de 1819 en S. Clemente, provincia de Cuenca, en el seno de mi familia, sin mas cuidados que procurar como jóven pasar los dias entre juegos y distracciones juveniles, hasta que enamorado de D.^a Rita Lopez de Haro, tia política mia, traté de contraer con ella mi deseado enlace, mas como para poderlo efectuar era preciso acudir al obispo de Cuenca, á fin de poner dispensa por razon de parentesco, practiqué todas las diligencias necesarias, y fui á la referida ciudad donde me exigieron trece mil reales para los gastos necesarios por parte de la santa igle-

sia. Tuve curiosidad de preguntár á su Ilustrísima la razon por qué se me exigía tan crecida suma, supuesto que mi futura esposa no tenia mas parentesco que el haber estado casada con un tio carnal mio: tambien pregunté qué curso se daba á la dispensa, y dónde se invertia el mencionado dinero: su contestacion fue decirme que el grado de parentesco que nos ligaba era por afinidad, y que la iglesia para estos casos lo tenia en igual grado, como si efectivamente fuese tia por sanguidad, por cuya razon era la de exigirse la suma citada segun tarifa que habia señalada; que en cuanto al curso que se le daba era hacer que llegase á manos del santo Padre, en lo que se invertia parte de dicho dinero, y el sobrante se depositaba en los fondos con objeto de redimir cautivos, convertir hereges, y en otras obras filantrópicas á este tenor. Para mí, que estaba educado en una rígida observancia en todos los actos religiosos, no me dieron lugar sus contestaciones á reflexionar ni un solo momento sobre la certeza de tales respuestas; antes bien me quedé convencido y satisfecho de cuanto se me dijo, pues á la verdad, respetaba mucho á los vivos y me

2:

asustaban los muertos, diablos y fantasmas. Por último, despues de dos meses, vino la referida dispensa y se efectuó mi matrimonio, y poseedor de mas de treinta mil duros empleados en la agricultura, vivia en el seno de mi familia gozando tranquilo de estos cuantiosos bienes, debidos á mi fortuna, en medio de los dulces halagos de una amada esposa, rodeado de mis padres, hermanos, parientes y amigos.

En el año de mil ochocientos veinte al momento que se proclamó la Constitución, fui de los primeros que se decidieron en tan justa causa, y alistándome en la Milicia Nacional voluntaria, no perdóné medio ni fatiga alguna, sacrifiqué mis intereses y mi persona en favor de la libertad, y me señalé particularmente con extraordinarios servicios, hasta que fue por desgracia estinguido dicho gobierno en el año de 1823. Retirado á mi casa, padecí los resultados de las venganzas y cruel maquiavelismo del clero. El pueblo, instrumento imbécil de las catástrofes, se publicó mi sangriento y encarnizado enemigo: ya me insultan, ya me rompen las puertas y ventanas, ya me saquean, y últimamente me veo de dia en dia espues-

to á ser sacrificado, viviendo en un continuo sobresalto y peligro.

Se nombra justicia nueva por el mismo pueblo amotinado, y entre los elegidos lo fue uno de ellos mi padre, el que para conciliar los partidos irritados, formó convenio con los demas, de dar una funcion de pólvora y un baile público en el ayuntamiento, convidando al efecto á todos sin distincion de opiniones para conseguir la union y tranquilidad del pueblo: el fin era loable, pero ;vana esperanza! el mal no estaba en el pueblo; el partido contrario era el que no descansaba para conseguir el total esterminio de los patriotas, y asi sugeria su saña y espendia sus caudales, seduciendo en todas partes á la plebe para conseguir tan inicuo objeto.

Con efecto, reunido el pueblo en la plaza, apenas me divisaron en el momento mismo de romper el fuego de la dicha funcion de pólvora, prorumpen amotidados en descompuestos gritos diciendo ; «MUERA ESE NEGRO» (epiteto que se dió á los liberales) y al propio tiempo corrieron á cercarme con espadas, escopetas y palos para lograr su intento, que sin duda hubieran ejecutado á no haber yo

llevado bajo mi capa oculto un buen trabuco para evitar cualquiera lance; al verme acometido de mis paisanos, no vacilando un momento en defenderme y vender mi vida á precio caro, desembozándome y encarándome con ellos, les dije: ¡Señores, el que sea osado á dar un paso mas, recibirá la muerte en el momento mismo! lo que fue bastante á contener de pronto la furia de aquel pueblo seducido; mas se introduce el desórden en todas partes, suenan los gritos no interrumpidos de ¡muera! ¡muera! y la confusion se multiplica, al paso que mi eminente peligro: finalmente soy socorrido por mi hermano que patrullaba á fin de mantener el órden, y por este medio, juntando las espaldas pudimos defendernos y contener en parte á los amotinados, poniéndonos al abrigo del pórtico de una casa, para salvar nuestras vidas que se veian sumamente espuestas en un lance tan crítico: los amotinados, obstinados y sedientos de sangre, cercan la casa, toman todas las avenidas de la plaza y se disponen á consumar su obra, ya intentando poner fuego á dicha casa, que era nuestro refugio, y ya disparándonos un diluvio de piedras el populacho ignorante: asi permanecimos des-

de las nueve de la noche, hasta las tres de la madrugada sin haberse hecho fuego, y sí solo sosteniéndonos con palabras y con amenazas alternativamente, pero ¡oh Dios, de lo que es capaz un pueblo incivilizado! ¡horróricése el lector al ver por sus ojos pintada la escena mas sensible, que está en contraste con la barbarie de aquel pueblo inmenso y nuestro cariño paternal! Si en algun tiempo se vió á Guillermo Tell salvar su vida proscrita por el tirano, poniendo en la suerte de un arco y una flecha la preciosa de su hijo, aqui al contrario, viéndonos próximos á ser víctimas de las asechanzas de un pueblo tenaz, preferimos gustosos nuestro sacrificio antes que ver perecer al autor de nuestros dias, á nuestro padre querido.

A este padre le conducen delante de la turba encarnizada para que les sirviese de escudo, á fin de acercarse á la puerta y hacerse dueño de nosotros. Este padre angustiado se presenta á la fuerza, ve su peligro y el que amenazaba á nosotros, y vemos la naturaleza batallando: nuestro padre pospone su vida á la nuestra, que ibamos á ser sacrificados, y nosotros nos resolvemos humildes á un sa-

críñcio, antes que coronar nuestro triunfo por medio de un parricidio. Observando esta escena tan triste y comprometida, y al crítico tiempo de hacer fuego, viendo que nuestro padre sería víctima el primero, si lo verificáramos, sin vacilar nos entregamos al momento y nos dispusimos sumisos á las furias de aquella turba que anhelaba nuestra sangre, rompiendo las armas que nos servian de defensa, y puestos á la voluntad de los bárbaros que contentos de su triunfo, se apagaron por entonces.

Es sabido que las acciones, cuanto mas grandes son, mayor imperio tienen en los mortales, y hace volver pacíficos á aquellos mismos que antes se han declarado encarnizados enemigos: sorprendido el pueblo de nuestro respeto filial, nos consideraba admirado aun en su misma irracionalidad, dando á esta accion el mérito que se debe aun entre los salvages mismos: aquel pueblo feroz que pocos instantes antes no ansiaba sino la sangre nuestra, de repente permanece taciturno y suspenso y en un estado de inaccion, que nos tenia sorprendidos: por último, se désarma su venganza, se contenta con apoderarse de nosotros y conducirnos á

una prision, presentándonos ante la ley, prefiriendo esta alternativa á la de concluir por sus manos nuestras vidas.

Consecuente á todo, nos forja una causa, acusándonos de aborrecer al rey y que conspirábamos contra sus sagrados derechos; y sin embargo de que en aquella época, mas que en ninguna otra, estaba en España vendida la justicia á viles calumniadores que inventaban los cargos á su antojo y capricho, salimos indemnizados completamente, destruyendo unas acusaciones que solo se fundaban en voces improbables y vagas esparcidas por el mismo populacho. Siempre inventando nuevos modos para perderme fui acusado y sumariado segunda, tercera, cuarta y quinta vez, formándome sucesivamente causas diferentes, en unas suponiéndome con intenciones de reunir liberales: otras apoyándose en que tenia pólvora y demas municiones; que habia comprado un caballo al objeto dicho; las otras en fin por el mismo órden y principios calumniosos; pero como felizmente las delaciones carecian de un carácter al menos legal, pues solo eran presunciones de mis enemigos, conseguí rebatirlas completamente y salir en libertad, á pesar del pueblo y de los

sanguinarios jueces de su partido; pero si fui condenado á sufrir las costas grandiosas, sistema introducido en España por aquella rapaz legislacion, viéndose sufrir esta especie de condenas al hombre que sale indemne de falsas acusaciones y delitos supuestos. Asi me ví reducido al mayor estado de miseria, cuando antes estaba en una mediana opulencia, como ya dejo indicado.

A fin de evitar nuevos lances y exposiciones, tomé el partido cruel de dejar y aun mirar con ódio é indiferencia mi pueblo, en el que no habia recibido sino ofensas que se repetian sin cesar. Todo lo abandoné, mi querida esposa, mis parientes y amigos, y me determiné á dirigirme á la ciudad de Granada con motivo de seguir la apelacion de las costas referidas, en el ínterin volviese otra época mas tranquila.

CAPITULO II.

Luego que llegué á dicha ciudad, me dediqué á seguir la apelacion de las costas en que habia sido condenado tan injustamente como queda insinuado, y sobre no lograr la menor reposicion en la sentencia, recibí la amarga noticia de la muerte de mi querido padre, que no pudiendo soportar los sentimientos y disgustos que se le aglomeraron, sucumbió al pesar de dejar tan comprometidos y perseguidos á sus mas queridos hijos: este último sacrificio, esta pérdida que lloraré eternamente, me puso en el estado de tristeza y aun de desesperacion que es concebible, mas no esplicable.


Para completar mi amargura ví en estos dias conducir á los cadalsos y presidios á muchos individuos que trabajaban en obsequio de la libertad y contra un gobierno que incesantemente vigilaba para conseguir el completo esterminio de

todos los titulados Liberales. Mi estado y los peligros en vez de arredrarme, me alentaron á buscar en medio de los de mi partido el calmante de mi afliccion, siendo útil á mi Patria; asi fue, que busqué, indagué y logré por fin introducirme entre ellos, obteniendo su completa confianza, viviendo satisfecho de merecer el aprecio debido á todo aquel que trabajaba por la libertad, aun en medio de innumerables esposiciones. A pesar del inminente riesgo que me rodeaba de todas partes, logré abrir correspondencia con Gibraltar, Santaren (en Portugal), Málaga, Cartagena, Murcia, Sevilla y otros puntos, por cuyo medio se consiguió establecer juntas provinciales, locales y ambulantes, segun lo exigian las instrucciones que al intento se recibian, teniéndosese la jactancia de poder contar reunidos á nuestro partido mas de diez mil hombres entre las ciudades de Granada, Málaga, Hoya de Jaen y las Alpujarras, todos con sus gefes de accion y dispuestos para pronunciarse á la primera órden que se recibiese : por último, me dediqué todo, todo á los trabajos de la restauracion de mi amada Patria, desentendiendome de mis negocios, de mi esposa y fami-

lia, y aun de mi misma existencia, por cumplir así con las leyes de un leal patriota, que no vacila en sacrificarse á cambio de conseguir el triunfo.

Cuando me ocupaba de estas ideas en una época en que el gobierno se servia de viles espías vendidas al sórdido interés que hacian, ó mas bien figuraban el papel de patriotas comprometidos, fui descubierto por uno de estos solapados amigos. Marcho al correo de dicha ciudad con intento de recoger la correspondencia que estaba consignada á varios nombres insignificantes, y voy acompañado de otro patriota á este intento, para avisar en caso á los demas de cualquier accidente ó peligro.

Sin embargo que se habian tomado de antemano todas las precauciones debidas para evitar que semejante correspondencia cayese en mano de la policia, consignándola, ya á varias mugeres que parecia no llamaba tanto la atencion de las autoridades, y ya á varios nombres insignificantes y supuestos, teniendo precaucion aun de escribir todo lo principal con tintas simpáticas: al pedir una de las cartas me sorprenden de repente los gendarmes de la policia que estaban disfra-



zados y dispuestos entre la demas gente que habia tomando sus correspondencias; sacan las espadas tumultuariamente, se echan furiosos sobre mí, pretenden intimidarme con sus amenazas para que entregase las cartas y les acompañase á la policía, me resistí á todo con la excusa que á ellos no les conocia para nada, supuesto no traian insignias algunas que me convenciesen de la verdad que aparentaban, dando lugar con esto á que mi compañero se fugase, como en efecto lo practicó asi, llevándose mas de la mitad de las cartas de dicha correspondencia: al momento que observé su fuga, me entregué con descaro á los gendarmes, y me llevaron ante el intendente de policía interino D. José Salelles y Palos, Regente que era de aquella chancillería, y á quien dijeron los gendarmes delante de mí: «que otro individuo que me acompañaba estaba tomando las cartas que yo le iba alargando, segun las apuntaciones de una pequeña lista que el fugado me habia dado, pero que al tiempo de sorprenderme se les habia estraviado y escapado aquel, lo que le hacian presente para su conocimiento y gobierno.

Este juez sanguinario dedicado enton-

ces como casi todos los demas de España al partido del clero y masa carlista, no perdonó medio para acreditar el encono que alimentaba contra los liberales; y así fue, que abiertas las cartas interceptadas y no encontrando nada criminal en ellas, mandó llamar un químico y acto continuo se hicieron varios ensayos, sirviéndose de fuertes reactivos con los que al momento aparecieron la mayor parte de sus contestos expresivos de varios reglamentos para las juntas, muchos apellidos y nombres de guerreros célebres, con otras muchas noticias, que fueron suficientes á alarmar á dicho juez y comprender haria á su partido furibundo un particular servicio, si lograba aclarar todos los estremos que indicaban aquellos interceptados documentos. Para conseguir sus ideas, fingiendo una bondad de que estaba muy distante, así el como los demas de su opinion, que no transigen y solo aspiran á entronizarse á costa del esterminio completo de sus enemigos; usando de este vil medio de revestirse de una aparente sensibilidad en favor de mi persona, pretendió como sirena encantadora seducirme, para despues inmolarne con mis compañeros en las aras de su odio y vengnaza:

á este fin dirigiéndome la palabra me prometió en nombre del rey, y como padre, que me veria libre en aquel momento y ademas bien recompensado si manifestaba quien era la persona que me acompañaba en el correo, y si desmenuzaba las tramas que producian é indicaban aquellos escritos: viendo que por este medio no lograba aclarar lo que tanto deseaba, mudó de repente su semblante afable, amenazándome, que de no hacerlo así, antes de seis dias iria á la horca á espiar mi silencio criminal en tan espantoso suplicio.

A mí que no me intimidaban sus viles amenazas, ni seducian sus aparentes cariños, me fue facil responderle con toda sangre fria: «que no tenia el menor antecedente sobre lo que me interrogaba: que la persona que me acompañaba al correo era, segun habia traslucido, un litigante, á quien habia encontrado varias veces en la chancillería sin que mediase otra intimidad, que la que es dable en la sociedad respecto de los hombres que se mezclan, ya en los cafés, ya en los paseos y ya en los parages públicos; por consiguiente, que ignoraba su nombre y absolutamente quién fuese, dónde vivia y

cual era su verdadero objeto en aquella ciudad: que casualmente aquel dia le habia encontrado en el patio de la chancillería, y euando yo marchaba al correo á ver si me habia escrito mi familia, me dijo que él tambien iba para el mismo fin; mas cuando llegamos al correo, habiendo mucha gente al mismo efecto, pude acercarme y ganar la rejita ó ventana donde se daban las cartas, y despues de haber sacado y pagado las mias, me pidió el que me acompañaba le hiciese favor de tomar todas las que viniesen en una pequeña lista, que para el efecto me entregó; lo que verifiqué, dándose las conforme las iba yo recibiendo y pagando, hasta que en la última fui de repente sorprendido por los gendarmes: que en cuanto á los antecedentes que tenia presentes no podia decir lo mas mínimo: que el sugeto que se habia escapado de la vigilancia de los gendarmes podria aclarar lo que se pretendia, pero que á mí me era imposible poderlo hacer, ignorando su fundamento y principios, y únicamente respondia de las cartas que venian á mi nombre, que eran de mi familia.

Consiguiente á la ninguna satisfaccion

que dí á todos los preguntados que se me hicieron por aquel juez, fui de su órden conducido á la cárcel, en la que me pusieron un par de grillos subiéndome á una torre y estrecho calabozo, donde me dejaron con dos centinelas de vista, y amenazándome que desde allí sin duda alguna saldria para la horca.

Lo espantoso de la cárcel, mi crítica posicion, mi peligro, mi cara esposa, mis parientes y amigos, todo, todo lo recorria mi imaginacion: nada me lisonjeaba ni daba esperanzas, y me decidí mas y mas á consumir mi obra, guardando como debia un profundo silencio, resuelto á padecer la muerte antes que descubrir á mis queridos y asociados amigos: ¡oh noche tenebrosa y amarga! ¡de cuántas reflexiones hechas por mí fuiste testigo! Al presentarse á mi memoria que yo era la víctima que se inmolvaba en obsequio de mi patria y por el bien de mis semejantes; que no habia ningun remedio, pues se me habia cojido con el cuerpo del delito, segun decian en los interrogados; desde allí enviaba dolorosos adioses á mi cara esposa y á todos los seres mas queridos, y me decia: «moriré, sí, moriré en la edad florida de veinte y ocho años,

sin que jamas vacile en mi resolucion, comprometiendo á los que como yo trabajan en obsequio de mi patria, y algun dia seré vengado sin duda por ellos mismos, y gozarán de los beneficios que en aquel tiempo quisiera yo disfrutar. Con estos y otros tristes recuerdos esperaba con impaciencia el dia, horrorizado al mismo tiempo con el ruido continuo de cerrojos y llaves que sin cesar oía, pronosticando serian prisiones ejecutadas aquella noche en varios individuos, á consecuencia de mi pasado lance: por fin llegó la claridad del sol á presentar el dia en el que no solo saldria de esta duda, sino tambien acrisolaria á toda prueba mi constancia en caso tan crítico y comprometido.

Con efecto, aquella mañana se presentó á tomarme declaracion D. Ramon Pedrosa, alcalde del crimen de la chancillería y juez régio en las causas de esta especie, y á quien le habian conferido todas las facultades por Real órden; sujeto que al paso de ser muy ignorante, era el mas sanguinario y cruel de todos los del bando carlista: á este inflexible juez estaba cometida la instruccion de esta ruidosa causa: me mandó comparecer y á otros

3:

ocho ó diez mas, que habian sido presos aquella misma noche, y puesto en su presencia nos dirigió la palabra del modo siguiente: «Insensatos: si conociérais los derechos legítimos de nuestro amado rey, y supiéseis que Dios vela por su inviolabilidad, no atentariais contra su persona, contra el trono y el altar; pero como almas nuevas é imprudentes, desatadas de las cadenas infernales, dejadas y abandonadas de la mano de Dios, errantes, intentais por medios diabólicos la destruccion del género humano. sin embargo, si confesais ingénuamente toda esta conspiracion ó sociedad secreta, ofrezco salvaros, pues estan conferidas á mí todas las facultades, sirviéndoos para vuestra indemnizacion y defensa esta confianza; y de lo contrario, vosotros mismos os conducís á los patíbulos que se os preparan.»

Bien hubiera querido yo haberle podido contestar para hacerle conocer, sino lo sabia, adonde residian los legítimos derechos de la sociedad, y que su lenguaje no era mas que un absurdo ridículo, supersticioso, hipócrita, embustero y despreciable; que yo se lo hubiera patentizado con muy pocas razones, y particularmente le habria hecho el cargo que

si lo que decía era verdad, ¿por qué entonces él atentaba contra su rey, su amo y señor, en union con los demas de su partido, tratando de entronizar á otro déspota que fuera mas sumiso á sus infernales y ambiciosas ideas, á cuya sombra podrian mejor garantizar todas sus iniquidades?... Por último, desentendiéndome de todo, y habiendo observado que entre aquellas personas á quienes en gran parte conocia, no se hallaba mi amigo, el que me acompañó al correo, bastante animoso le contesté á tan inexorable juez en los términos siguientes: «Señor, los jueces puestos para administrar justicia, asi como deben castigar y perseguir al delincuente, tambien estan en obligacion de defender y escudar la inocencia, ó de no negarse al imperio de las leyes y de la recta administracion: bajo de estos principios, no dudo en decir, que me prometo feliz resultado de esta causa á que tanta importancia se le quiere dar; pues no teniendo que añadir á lo que ya he declarado, y si al contrario, probar que fui un agente inocente de quien se sirvió el sugeto que se fugó del correo, como lo manifiestan los gendarmes y la lista de nombres interceptada, no pue-

do en ningun tiempo figurarme que sin abusar de las leyes, y V. S. de su autoridad, lo que estoy muy remoto de creer, se me puede condenar sin pruebas en contrario ni justificacion de testigos; y es muy seguro que ninguno de los presentes me conoce, y me hallo en el caso de rebatir constante, si asi sucediese, cualquiera acusacion calumniosa que se me dirija: soy un forastero sin relaciones estrechas en esta ciudad, y no conozco, ni he conocido otros asuntos que los que tengo pendientes en el tribunal, que son los únicos que me interesan.» En fin, despues de haberle contestado negativamente á todo lo que se me preguntó, me mandó poner en otro horrendo calabozo, donde me pusieron hasta tres pares de grillos de los mas grandes que habia, quedando en la mas rígida vigilancia mi persona.

Asi me tuvo aquel inexorable juez por espacio de ochenta y un dias, en cuyo tiempo no me permitió el triste recurso de descansar en cama ni aun usar de mi capa, y por último en una rigorosa incomunicacion, sufriendo los rigores de la intemperie frígida de aquel clima: de todo absolutamente se me privó para obligarme á declarar lo que él deseaba, dán-

dome con semejante y horroroso trato una muerte civil; y aun diré mas, se atrevió á pretender forzarme á declarar á bastonazos y malos tratamientos para poder blasonar ante los de su partido, de haber conseguido la aclaracion de esta causa, que se habia agravado mucho mas con haberse sorprendido en el correo en este tiempo de incomunicacion, otras varias cartas que venian á mi nombre, tan alarmantes como las primeras que obraban á la cabeza del proceso, quedando asi enteramente probado el delito, segun él decia. Es incalculable y no es dado á la pluma describir los pormenores de mis padecimientos, sintiendo por otro lado escitar demasiado la sensibilidad del lector, con la pintura de los tormentos, astucias y estratagemas de que se valió aquel magistrado para martirizarme y que sucumbiese á sus ideas.

La suerte dispuso que en aquella época, que era en el año de 1827, perdiese el partido carlista mucho de su prestigio, descubriéndose y deshaciéndose la conjuracion que se habia levantado en Cataluña. A este feliz acontecimiento, puede decirse debo la vida, pues se averiguó tenia ramificacion con los de Granada, y

fue suspenso D. Ramon Pedrosa, y el Sr. D. José Salelles y Palos confinado al castillo de Murviedro, por lo que pasó mi causa á la chancillería, donde fui juzgado y sentenciado á ocho años de presidio en Ceuta, despues de haber tenido que justificar, hacia mas de diez años padecia algunos momentos de demencia, lo que costó á mi familia escesivos gastos. Tambien antes de la suspension de Pedrosa, tuvieron que marchar en posta varios de mis parientes, unos á pedir gracia al Rey que estaba en Tarragona, y otros á la Reina; y á pesar de todas estas reclamaciones y haber logrado un real decreto á mi favor, fue todo desentendido en manos de D. Ramon Pedrosa, quien solo compuso la causa á su medida y antojo, con deseo de lograr la venganza que alimentaba en su pérfido corazon; pero la chancillería, mas recta é imparcia, tuvo á bien sentenciarme á dicha pena, por lo que arrojaba la referida causa, y asi concluyó teniendo yo la satisfaccion de poder decir que me sacrificué y padecí solo, librando á todos mis queridos y asociados amigos que se hallaban, como yo, tan comprometidos.

Pasaron algunos dias y fui conducido

con el mayor rigor á cumplir mi condena, sufriendo en el camino todas las vejaciones y desprecios que son consiguientes en estas degradantes marchas; atado y mezclado entre los criminales mas marcados á quienes se les atendia con mas humanidad que á aquellos, que por sola su opinion y el deseo del bien general era solo su delito: ¡ah, qué contraste tan repugnante á la sana moral!... Asi fue, que cuando llegué á Algeciras adonde debia embarcarme para Ceuta, el ayudante de la plaza que entonces se hallaba bajo las órdenes del general Miranda, D. Gerónimo Paris, encargado para conducirnos desde la cárcel al embarcadero; este hombre bárbaro, grosero y despreciable, no contento con verme confundido con aquella canalla y no haciéndose cargo de mi penosa situacion, se distinguió conmigo, dándome mas de cuarenta golpes con su espada, y pasándome por último un muslo de una estocada, sin mas motivo ni razon que obligarnos á entrar corriendo y á todo escape atados en el barco; y quiso hasta en esto mi desgracia perseguirme; finalmente, tirado despues en el dicho barco, cual si fuera una bestia y sin el menor cuidado por mi herida, me desan-

gré lo suficiente para que en llegando al hospital de Ceuta, se opinase muy mal de mi vida; mas sin embargo, el alto Ser dispuso me curase despues de haber padecido infinito.

Estos son los mismos hombres que hoy se creen vejados bajo el imperio de las leyes: seguro es que Estéfani y consortes serán tratados mejor que yo, que no irán con cadenas, y que sí, pasearán tranquilos por las calles de Cartagena, ó los de otros llamados presidios.

CAPITULO III.



Ceuta está situada en una lengua de tierra de la costa del moro, frente á Algeciras y Gibraltar en el principio del estrecho, siete leguas de travesía del mar Mediterráneo: es una de las plazas de primer orden mas fuertes que tiene España: está circunvalada con grandes fosos y queda hecha una isla: por la parte del moro tiene una muralla Real con grande y gruesa artillería, de tal forma, que todos los fuegos se juntan en esta parte: tiene otra muralla, foso, contra-foso, estacadas, fuertes, y por último, largas minas que llegan hasta la línea de los moros, distante media legua de la plaza: estos moros son de paz, lo que no sucede en los demas presidios de Africa, donde siempre estan incomodando: no tienen ningun comercio ni comunicacion, aunque las guardias de una y otra parte estan siempre juntas en la línea, que solo

sirve para que se cumplan los tratados como: v. g. cuando se fuga un presidiario presentarlo á la línea para la ceremonia de hacer constar que se le ha hecho saber, y dejarle la libertad de volverse: tambien para reclamar los ganados que se pasan de un punto á otro, y otros iguales casos. Por la parte del mar se halla rodeada de muchas baterías bien dispuestas: hay una ciudadela llamada el Hacho, de modo que es dificultosísimo que se pueda tomar á viva fuerza: esta ciudad no carece de nada, pues está abastecida de todo por la parte de España. Tiene seis mil habitantes compuestos de militares de la plaza, empleados y marineros: las mugeres son en un todo verdaderas andaluzas: tiene generalmente tres mil hombres de guárnicion de tropa de línea: hay tres mil presidiarios poco mas ó menos anualmente; tambien una compañía de moros mogataces, que viven en un barrio separado y hacen su ronda y guardias en union de otra de caballería compuesta de los hijos de la plaza asalariados por el rey: estos siguen la religion mahometana, teniéndolos España como por gala, aunque estan hechos una miseria por su corto sueldo que no se les paga muchas ve-

ces: dichos moros fueron trasladados á esta plaza, por ser de los que habia en Oran antes del temblor de tierra, bajo del dominio español.

Esta ciudad está abandonada para su fomento, porque no fija su atencion en ella el gobierno español, y serian muchas las ventajas que podria tener si las fijase en las reflexiones siguientes. Si llegase el caso de un bloqueo, ¿quién socorrería un punto tan interesante, dependiendo todos sus comestibles de fuera, estando cerrada la comunicacion con los moros? Es verdad que este bloqueo es difícil á causa de la violencia de las corrientes; pero no es imposible. Asi como en otro caso no seria fácil ganarla, asi lo es tambien mucho sin mas que aislarla de la comunicacion de España, siendo víctima antes de un mes. En esta inteligencia, si el gobierno español abriese comunicacion y comercio con el imperio de Marruecos, no solo salvaria estos inconvenientes, sino que ademas de proporcionar á esta plaza todos los comestibles con la mayor equidad, tendria la utilidad con un derecho moderado de pagar los gastos de empleados, que gravitan sobre España, sin mas ventaja que sostener un punto insignificante

en la actualidad, y poderosísimo en cualquiera otra ocasion.

Los moros estan acostumbrados á tener sus mercados en medio del campo en la mayor parte de su imperio, y por consiguiente, les sería muy facil tenerlo con nosotros, cuando no en la plaza de Ceuta, al menos en la misma línea, bajo los reglamentos y restricciones que tuviesen á bien estipular ambos gobiernos: ellos lo desearian para dar salida á sus comestibles y demas efectos, y nosotros sacaríamos las ventajas referidas, y quizá con el tiempo entraria esta tierra en armonía y relaciones mas estrechas, preparándose por este medio la civilizacion y union con España; pues el trato continuo los desengañaria de muchos errores y absurdos que hay en ambas naciones: por otra parte, sería facil destruir la riqueza de Gibraltar, si nosotros gozáramos en Ceuta las mismas franquicias mercantiles que en aquel Peñon se disfrutaban: ellas serian mas fructíferas, tanto porque el puerto de Ceuta es mas grande y abrigado que el de aquel, cuanto porque los edificios proporcionan mejores alojamientos y mas grandes y baratos almacenes, y que el campo de Ceuta puede producir

géneros de esportacion. Los ingleses viendo que por nuestras franquicias y libertades religiosas venia á decadencia Gibraltar, tal vez le abandonarían, y nosotros al recobrarla estinguiríamos el contrabando y nos quitaríamos aquella atalaya que nos mortifica y aun avergüenza. Esta pequeña digresion sirva únicamente en prueba del deseo que me anima á la presentacion de unas ideas que el gobierno español, mas instruido que yo, apreciará en el grado que se merezca. Seguiré mi historia.

Habiendo salido del hospital restablecido de mi herida, empezó de nuevo mi martirio; pues me condujeron entre la turba insolente de ladrones y asesinos, mezclado con ellos para hacerme padecer física y moralmente, siéndome muy sensible un estado tan degradante y ridículo; así fue que no descansé hasta que á fuerza de gastos y empeños de mi familia pude conseguir, despues de un año, se me destinase en clase de empleado en la oficina del hospital, donde al menos ya podia respirar y estar en cierto modo mas tranquilo y libre del martirio, miseria, tropelías y robos; por último, me ví libre de los mas crueles tratamientos que daba de sí aquel centro de maldades é infamias

por el abuso de algunos de sus gobernantes, cuyo peso solo conoce el que tiene la desgracia de vivir bajo sus órdenes. Con mi nuevo destino me grangeé la voluntad de todos, y con mi sueldo y el dinero que recibia de mi familia, hice compañía de comercio con una señora anciana llamada D.^a Rosalía Tejada, y conseguí reunir un capital regular, no siendo ya, sino en la apariencia, un hombre sentenciado á presidio.

En este estado me hallaba cuando sucedió la feliz restauracion de la libertad francesa, y se oyeron tan halagüeñas como infieles noticias de que los emigrados liberales habian franqueado las fronteras de España, protegidos por los franceses, agregando á esto que acababa de llegar el general D. José María Torrijos á Gibraltar para entrar por aquel punto en España, en combinacion con los demas. Con esta grata noticia se revivieron mis sentimientos patrióticos, de tal forma, que desde aquel momento ya no pensé en mas, que ver el modo de fugarme y unirme á los de mi partido, á pesar de que era necesario frustrar la estremada vigilancia del gobernador de la plaza don Juan María Muñoz y Manitos, pues que

descubierto seria conducido á un cadalso segun las órdenes que en aquella época reinaba; pero no por eso desmayé, antes al contrario, se redoblaron con mas fuerza mis deseos de unirme á los héroes que querian salvar la patria de las cadenas y despotismo: para ello hablé á un pescador que solo se obligaba á trasportarme al campo del moro, proponiéndome que desde alli podia acogerme al pabellon frances, y de este modo llegaria á Gibraltar ó donde yo quisiese, pues de otra manera, le era absolutamente imposible poderlo hacer, porque el general no les daba licencia para pescar mas que seis horas á cada uno, en cuyo tiempo no habia posibilidad mas que para lo que se lleva referido. Viendo que no tenia otro remedio por el punto topográfico que ocupa aquella plaza, me conformé y ajusté con el dicho patron, á quien pagué por mi cuenta y con condicion de embarcar á D. Manuel Figueroa y á mí, pues lo habia ofrecido y era necesario cumplir mi palabra, por ser un patriota que anhelaba lo mismo que yo; quedando conformes en convidar á dos mugeres á merendar á la orilla del mar llevando un violin para disimular mejor cualquiera sospecha que

pudiese causar. En efecto, hecho y dispuesto todo llegó la hora, y acercándose el antedicho patron y marineros con el mayor disimulo al punto de nuestra reunion, fingiendo como de bulla que nos embarcase para pescar un rato, se efectuó asi, alargándonos hasta que verificamos nuestro desembarque en tierra y campo del moro, de modo que nuestras dos ninfas quedaron esperándonos, y yo hice el sacrificio de mis intereses, mi bien estar y todo lo que pudiese ligarme á mi familia, prefiriendo sacrificarme en obsequio de la libertad de mi patria.

Luego que saltamos en tierra, marchábamos por aquellas montañas sin encontrar á ningun moro que nos condujese á Tetuan, para evitar si entrábamos en tierra de la capital de Tánger, tener parlamento con la plaza de Ceuta, pues en este caso podrian tener sospecha de los marineros que nos habian conducido y saciar en ellos su venganza: ya habiamos andado bastante, y no logrando ver á ningun moro, sacamos el violin que nos habiamos llevado, y principiamos á tocar por todos aquellos desiertos, logrando á poco rato reunir un gran número de ellos, quienes lejos de hacernos daño, segun nos pre-

sumíamos, nos obsequiaron cuanto les era permitido, llevándonos á sus chozas y dándonos de comer; pero su mayor anhelo era el que siempre estuviésemos tocando, por serles cosa muy estraña la música; así fue, que en el camino hasta llegar á Tetuan fuimos detenidos para tocar á todos sus conocidos que encontrábamos: por último, llegamos á esta referida villa, y nos presentaron al Bajá, quien luego que nos vió nos preguntó si queríamos ser moros ó cristianos; y contestando que cristianos, volvió á preguntar que á qué nacion pertenecíamos; á lo que respondimos que á la española, pero deseosos de acogernos al pabellon frances, por lo que mandó se nos condujese á la casa del Vice-consul de Francia para que dispusiese lo que mejor le pareciese, pues que él ya nada tenía que hacer con nosotros. En efecto, llegamos á la casa del Vice-consul y dirigiendonos á una sala que estaba toda iluminada y animada con hermosas jóvenes, adornadas de ricos bordados de oro, abundantes perlas y brillantes, nos sorprendimos en su entrada creidos ciertamente que estábamos en la puerta del templo de Venus, ofreciendo á tan bellas ninfas los testimonios de nuestra admira-

4:

cion y rendido afecto. La hija del Vice-consul, llamada Estrella, notando nuestra sorpresa, se adelantó y tomándonos de la mano con la mayor afabilidad, nos introdujo en la sala, y despues de muchos cumplimientos en perfecto español, se presentó el Vice-consul, al que enteramos de nuestra situacion y solicitud, y nos contestó con la mayor franqueza, que el se llamaba Abudaran, que era judío, por cuya razon celebraba aquel dia una fiesta de cumple-años de su esposa, en la que estaban sus amigas favoreciéndolo con su presencia: que en cuanto estuviere de su parte viviésemos seguros de su entera proteccion: que tenia á su cargo los Vice-consulados de Francia, España, Dinamarca y otros varios, y que por lo mismo podiamos tranquilizarnos: que al dia siguiente escribiria al Consul general frances residente en Tánger, para que determinase el embarcarnos para Francia ó donde mejor nos pareciera: que era bien conocido de todos los españoles que habian arribado á Tetuan, á quienes habia favorecido en muchas ocasiones, por lo que repetia debiamos estar tranquilos, quedando bajo su cargo y cuidado. Le dimos las gracias por tan singular favor y

tratamos de complacer á toda la concurrencia tocando el violin y cantando lo que hacia mucho tiempo no habian oido segun nos manifestaron, quedando tan satisfechas y contentas que todas se interesaron con el Vice-consul á favor nuestro. En esta casa pasamos gozosos veinte dias, interin vino la contestacion deseada del Consul frances residente en Tánger, manifestándonos Abudaran que el Sr. Consul general le avisaba que para embarcarnos era preciso fuésemos á Tánger, y que al efecto procurase nuestro viage con toda comodidad y resguardo, á fin de que los moros en el camino no nos ofendiesen, y que por estas razones ya le habia hablado al Bajá para que le diese una escolta; que cuando nos pareciese podiamos disponer el viage, que todo estaba ya corriente. Despues de haberle demostrado nuestra gratitud, le manifestamos que podiamos marchar al dia siguiente, como en efecto lo verificamos, y despidiéndonos con un eterno reconocimiento, salimos muy alegres y satisfechos, por ver se acercaba la hora de cumplirse en un todo nuestros deseos. Al fin llegamos á Tánger, y despues de mil rodeos por estrechos callejones, entramos á la casa

donde ya nos estaban esperando, y luego que lo verificamos, cerraron las puertas y nos subieron á la oficina donde se presentó el Vice-consul D. José Rico, quien sin contestar á los saludos que le hicimos, se encaró con el capataz de los moros, diciéndole en perfecto español, (pues qué el capataz referido lo entendía y hablaba bastante regular, y sin duda habia ya evacuado muchas comisiones de esta especie) que el Consul general el Sr. Beramendi estaba enfermo (1), y que por esta razon se le habia conferido á él el encargo de darles dos duros á cada uno de los moros que nos habian escoltado, los que luego repartió, y siguió diciendo que le manifestasen de su parte al Vice-consul de Tetuan, que le estimaba hiciese tan exactamente sus encargos, y que sabia acostumbraba recompensar tamaños servicios; que este era colmado por los repetidos encargos que tenia de capturar á los dos fugitivos que le habia remitido.

Sorprendidos y asombrados al vernos

(1) El Sr. D. Antonio Beramendi, director de las atrocidades que voy á relatar, pues era el jefe de quien los ejecutó, es hoy todavía Consul general de Tánger, sin embargo de nuestra regeneracion politica.

engañados de un modo tan cruel, y admirados al conocer la intriga que se nos habia urdido para entregarnos al gobierno español, no sabiamos que hacer en tan crítica posieion, y mucho menos qué se le debia contestar por una iniquidad tan grande. Esto es lo que sucede con la confusion de empleos en un mismo sugeto que estan en contradiccion directa con el derecho de gentes, y que se ve su incompatibilidad, puesto que no puede cederse en beneficio del fuero de una potencia, sin desatender al de la otra; y asi es que se cometen mil bajezas para subsanar una responsabilidad, que está tan en competencia como queda demostrado: ¿cómo defenderse por el Vice-consul de Francia una queja para garantir su pabellon y su comercio contra una tentativa, un arrojio, una avería que tendiese á los gobiernos español, dinamarqués ú otros, cuando era Vice-consul asimismo de las dos partes litigantes, y que debia garantir las, segun sus instrucciones ó estatutos? ¡ah! ¡qué dislocacion tan perjudicial se nota con semejantes nombramientos, y qué resultados tan crueles son generalmente las consecuencias de cometerse á un mismo encargado tan opuestos em-

pleos! Bien claro se vé por esta historia, que valiéndose de la nación francesa para servir de verdugo de unos fugitivos, que humillados y confiados de una buena acogida, le habíamos pedido su protección, tuvo la bajeza de entregarnos al gobierno español, con quien se habia puesto de acuerdo, en igual de haberlo hecho con el Consul general frances, esperando en el vil y bajo interes con que seria premiado, desentendiéndose de todo, para solo oír los gritos de su ambicion desmesurada, tan comun en los judíos de esta tierra á quienes las bajezas ennoblecen, si reciben algun lucro aunque sea pequeño, en cambio de su infamia: ¿Y qué quiere decir un empleado judío en la monarquía española, que espulsó de su seno á los Israelitas? No hago esta reflexion por ser yo partidario de la intolerancia, sino para demostrar un contraprimipio, y el desorden que reinaba en el poder absoluto de los apostólicos.

Por último, viendo que no habia remedio de poder salir de la red, en que se nos habia envuelto, despues de un corto rato le dijimos al Vice-consul D. José Rico lo que sigue: «Señor, en cuya mano está únicamente nuestra salvacion; su-

puesto que usted sabe que de volvernos á España, nos espera un suplicio indudablemente, pedimos que por efecto de humanidad y atendiendo á nuestra desgracia, lo evitará remitiéndonos al Consul frances, á cuyo pabellon nos habiamos acogido, ó que nos mandará á cualquier punto que no sea de España: creo no abusará usted de su poder en la triste y penosa situacion que nos rodea: como á Consul español, como á hombre humano y como á nuestro padre, lo suplicamos, salve nuestras vidas, apartándonos del precipicio que se nos presenta abierto, si nos vemos forzados á renegar, que es el único y último recurso que nos queda; en fin, en usted solo depositamos nuestra futura suerte, confiados dará salida á nuestros compromisos, haciendo profesion de un verdadero cristiano.» Este alevoso Vice-consul nos prometió toda seguridad y proteccion, y revistiéndose con falacia del carácter de beneficencia, tan desconocido para él, nos dijo: «que á pesar de lo que habia manifestado delante de los moros, no podria menos de obrar como un padre en favor nuestro, y que por lo mismo tuviésemos firme confianza, que como Vice-consul de España, y co-

mo cristiano, no daría en ningún tiempo lugar á que nos viésemos precisados á renegar; que lo evitaría, tomando las medidas convenientes, á fin de ponernos en salvo; y que por lo mismo nos podíamos retirar á descansar, seguros de su entera proteccion; pero ¡oh maldad execrable que llama la atención mas y mas de la civilización europea! nos conducen á una cuadra de caballos, cierran las puertas con llaves y cerrojos, por lo cual inferimos con fundamento, se nos trataba, no como hombres libres, sino como presos, y que estábamos en un eminente peligro.

No tardó en verificarse nuestro presagio: el inhumano Vice-consul, con el fin de evitar nos pudiésemos escapar de sus manos, abjurando y renegando nuestra religion, en cuyo caso eramos libres, dispuso fletar un barco por su cuenta en aquella misma noche para España, y preparando las cosas de modo que saliésemos de oculto, para evitar que presentados al Bajá, como se debia haber hecho, tuviésemos la accion de renegar; se presentó en la cuadra con todos sus criados moros, judíos y marineros, y sin hablar mas que preguntarnos si teniamos papeles,

dineros ó algunas armas, y satisfecho que fue de que nada llevábamos, manda que se nos tienda boca abajo y que se ejecuten sus órdenes; los criados fieles ejecutores de su barbarie, lo verifican así sin la menor piedad y consideración á las muchas y repetidas súplicas que les hicimos, atándonos fuertemente las manos á la espalda, y en seguida poniéndonos unas mordazas, hiriéndonos la boca cruelmente, y además atándonos un pañuelo encima para taparnos la respiración, y otro en los ojos para evitar diésemos gritos é hiciésemos palpable y descubierta su atrocidad, reclamando el auxilio de los moros que pudiésemos encontrar al paso de llevarnos al embarcadero: todo se ejecutó á gusto del tirano, que también nos llenó de golpes, porque nos resistíamos, cuanto nos fue permitido; pero ¿cómo impedir nosotros solos y desarmados nuestra desgracia? El lector ciertamente se sorprenderá al ver en estas páginas pintada la acción mas criminal que se cometió por aquel déspota y furibundo Viceconsul: acción que al paso que ataca la sensibilidad de todo hombre humano, descubre asimismo el desprecio de los pabellones y contratos celebrados, consuman-

do mas y mas una iniquidad, faltando en un todo á la humanidad, á su palabra, y á cuanto le está encargado en su honroso empleo (1).

Asi permanecimos en la posicion referida toda la noche, en tanto que clandestinamente se disponia nuestra conduccion al embarcadero: casi exánimes por falta de respiracion, y atormentados por las fuertes y crueles ligaduras, fue preciso en el acto de emprender la marcha para el puerto, fuésemos sostenidos y guiados por los criados que nos escoltaban y conducian por las calles y sitios mas recónditos y desusados, para evitar la publicidad y el desenlace de una escena criminal, que debia alarmar al Bajá de aquel pais, si se presentaba á la vista; pero la naturaleza es mas fuerte que la maldad, y sobrepuja, cuando no quiere, el sacrificio de las vidas. A pesar de las muchas precauciones tomadas por el Vi-

(1) Segun tengo entendido, el Vice-consul don José Rico gozaba entonces 12000 reales de sueldo, y hoy por castigo de tantas atrocidades está jubilado en Cádiz con la misma ó mayor cantidad de reales vellon. Muchos de los emigrados que él persiguió, viven en la miseria.

ce-consul, la alta providencia dispuso fuesen descubiertas sus inicuas determinaciones, y que quedásemos libres de sus garras, presentándole á la faz de la Europa entera, como indigno de ejercer tan honrosos cargos.

Eran las tres de la madrugada cuando nos llevaban al embarcadero; mas al ver se nos acercaba el peligro, por un movimiento superior, nuestras fuerzas se reaniman, y tratamos en lo posible de dar gritos, aunque mal articulados para llamar la atencion de los vecinos: los moros que ya acudian á sus trabajos y ocupaciones, al oir gritar ó mas bien bramar, les llama la curiosidad, y apenas divisan la escolta, se admiran, y mas que todo, les choca ver dos hombres maniatados cruelmente, con pañuelos ensangrentados en la boca, brotando sangre y con los ojos vendados. Semejante espectáculo jamas visto les horroriza, y de unos en otros corre la noticia, con la que á poco tiempo se llena el puerto de moros, judíos y cristianos, que voceaban preguntando la causa de tamaño atentado: el tumulto se acrecienta, y sin embargo el Vice-consul no aspira mas que á consumir su obra, tratando de embarcarnos lo mas pronto po-

sible para entregarnos al gobierno español, con quien sin duda alguna se puso de acuerdo, á fin de lograr á toda costa nuestra devolucion, para hacer con nosotros un castigo horroroso, tal como habia ofrecido á todos los liberales, y no era de estrañar asi lo hiciese, pues como es público, tiene dadas el Rico muchas pruebas de ser hombre dispuesto naturalmente á complacer á los tiranos.

El capitan del puerto, al oir el bulli-
cio se presenta, y sorprendido y horro-
rizado de la novedad, le preguntó al Vi-
ce-consul la razon por la cual nos llevaba
de aquel modo tan estraño y cruel, pi-
diéndole ademas la orden del Bajá para
podernos embarcar. Aturdido el Vice-con-
sul con semejante intimacion, pretendió
con ardides sincerar su iniquidad, abu-
sando para ello de su misma autoridad,
manifestándole al capitan del puerto, que
eramos dos criminales, que habiamos co-
metido un horrendo atentado, y que por
esta razon nos conducia de aquel modo
para embarcarnos, que por consiguiente,
en este caso no necesitaba orden alguna
del Bajá, pues por lo dicho estaba sufi-
cientemente autorizado. Se contesta agria-
mente por ambas partes; se disputa so-

bre si era libre ó no para embarcarnos, y notando el capitán del puerto que los criados ya nos tenían dentro del agua y al punto de subirnos en el barco, manda que inmediatamente se apoderen á la fuerza de nosotros, y que se nos conduzca á la Aduana: al momento se cumple su mandato, llevándonos al referido punto, en la misma posicion que teníamos, ínterin recibia órdenes del Bajá al efecto.

A consecuencia de este aviso, el Bajá enfurecido manda fuésemos conducidos á su presencia en la misma disposicion en que estábamos, y que nos acompañase el Vice-consul: llegados que fuimos, se horrorizó al vernos tanta sangre, las manos totalmente negras de las fuertes ligaduras, y vendados boca y ojos; y encarándose al Vice-consul, le dice: «En nuestros tratados con Europa hay un capítulo, como tú sabes, que dice: todo emigrado que arribe á las costas del imperio de Marruecos, deberá ser presentado á los Bajás ó Alcaldes para preguntartes si quieren ó no ser moros; y enterados lo remitirán á los Consules á que pertenezcan, para ratificar igual pregunta, y practicadas estas diligencias; si quedase cristiano, no podrán embarcarlo los Consules sin una ór-

den espresa del Bajá, y si moro, despues de tres dias queda separado de todos los pabellones , á quienes no podrán jamas ser acogido.» En esta inteligencia, ¿por qué tú no lo has practicado como está mandado? semejante proceder, te aseguro, ha escitado mi justa irritacion, y sin duda alarmará al Sultán, á quien daré parte para que exija de tu corte las satisfacciones competentes en desagravio de esta infraccion de nuestros tratados. ¡Hombre cruel é inhumano! retírate; tu presencia me hace que olvide mis restricciones, como tú lo has hecho, y abusando de mis facultades proceda al castigo de que te has hecho acreedor. ¿Es posible que quieras entre nosotros caracterizar tu barbarie, en descredito de tu nacion y de tu religion? vosotros decis que los cristianos son humanos, sensibles y que profesan la civilizacion en alto grado; pero me choca, que siguiendo estos principios, cometais tales crueldades con vuestros semejantes y hermanos: si es cierto que estos infelices son delincuentes, y aunque merezcan la muerte, yo no encuentro una razon para que antes de sufrirla, te complazcas tú en atormentarlos: detesto semejantes procedimientos, y en

el sitio que yo mando, jamas permitiré se holle la humanidad afligida de este modo: quiten todas esas infernales ligaduras á esos desgraciados: dejéseles libre el conducto de esplicarse, y entonces veremos si puedo, ó no está en mis atribuciones acceder á embarcarlos. Al momento se ejecutan sus órdenes, y luego que respiramos y descansamos un poco, le manifestamos al Bajá todos los pormenores de nuestra historia, asi como el proceder infame del Vice-consul de Tetuan, y el de Tánger que estaba presente. Luego que el Bajá se enteró por nuestra relacion, se irritó en extremo, y dió orden de que trajesen á su presencia á los moros que nos habian escoltado desde Tetuan, que aun permanecian alli, y reunidos con los demas criados del Vice-consul, les mandó dar quinientos palos, sentencia que se ejecutó al momento á vista de nosotros y del Vice-consul, que aun no se habia retirado. «Ahora bien, dijo el Bajá, esto sirva de escarmiento para que en lo sucesivo no coadyuven á semejantes atentados; y en cuanto á estos infelices, si quieren persistir en su religion, entonces te los entregaré y te daré orden para que puedas embarcarlos

cuando mejor te parezca: tú mismo los has precipitado, y conozco en este caso cuál será su decision.» La imaginacion de un filósofo tiene aqui mucho en que detenerse, comparando la humanidad y lenguaje de un musulman llamado Bárbaro, con la tiranía y pérfidas asechanzas de un Europeo llamado cristiano y civilizado. Nuestros apostólicos que tanto gimen por la pérdida de sus ollas de Egipto, y que hipócritamente hablan de religion cristiana y de mansedumbre, para engrosar las filas de Zumalacarregui, verán que este hecho histórico de los dias de su reinado, es bastante para convencer aun al mas estúpido español, de que la religion no existe donde hay tiranía, y que el cristianismo es imposible sin virtudes y sin legalidad, bases en que se apoya el sistema liberal, que inútilmente quieren combatir en el siglo XIX.

No tardamos un momento en darle al Bajá una prueba de que no se habia equivocado en su concepto, satisfechos del cruel sacrificio de nuestras vidas, si nos entregaban al Vice-consul, y acordándonos que el tiempo de los mártires no es el nuestro, y convencidos de que en ninguna época podria ser infame esta ac-

cion, atendidas las críticas circunstancias en que nos hallábamos, esperanzados de que la suerte nos facilitaria una indemnizacion en todo caso, no titubeamos en decir queriamos ser moros: lo que bastó para que el Bajá nos acogiese diciéndonos.

«Hijos míos, alcanzo el verdadero sacrificio que acabais de hacer: vuestra desgracia escita mi entera sensibilidad, y preveo que vuestros corazones se hallarán atormentados del cruel recuerdo de vuestras familias, á quien abandonais para siempre por esta confesion: yo os prometo que por mi parte procuraré suavizar vuestros quebrantos por cuantos medios me sean dables, á fin de que en todo tiempo conozcais que los moros, cuya religion detestais vosotros los cristianos, proceden con humanidad, y estiman y aprecian los sacrificios que se hacen en favor de nuestra religion. Desde este momento sois mis hijos: no sois, segun entiendo, hombres vulgares, y por lo mismo me afanaré en proporcionaros toda la tranquilidad posible, y que si perdeis vuestras familias, reconozcais á los moros por hermanos: vuestro cuidado y esmero corren de mi cargo desde este dia.»

Despues que le dimos las mas espre-
5:

sivas gracias, nos llevaron á una de sus habitaciones, y á poco rato comida de que seguramente teniamos buena necesidad, pues hacia mas de veinte y cuatro horas que no nos habiamos desayunado. Vino la noche en fin, y nuestro pensamiento no paraba un solo instante, recorriendo todas las vicisitudes de que habiamos sido juguete, y el desenlace de la posicion que nos abrumaba: en fin, lo que pasaba en nuestra imaginacion acalorada en aquella noche, lo dejamos á la penetracion del lector. Por ahora diré, que fatigados de todo, nos rindió el sueño que hacia tiempo no podiamos reconciliar.

CAPITULO IV.

Cuando la suerte adversa se propone perseguir á los hombres, los va precipitando de escollo en escollo, en términos, que escita su desesperacion, sin que esa hidra se sacie; muy al contrario, les presenta de dia en dia mas inquietudes, peligros y sobresaltos: ¡dichosos aquellos que despues de ser el juguete de este monstruo, consiguen la felicidad y el reposo que anhelaban!

Vino por fin la aurora, y nuevamente fuimos mortificados con ideas nada agradables; se nos presentaba un porvenir que cada vez nos hacia ver mas amarga nuestra penosa situacion, cuyo desenlaze no podiamos alcanzar, y solo preveíamos infinidad de males para lo futuro. La desesperacion y la tristeza se iban señoreando de nuestras almas, cuando vino á sacarnos de tan lúgubres pensamientos la orden del Bajá para que nos presentásemos á él:

marchamos sin dilacion y luego que nos vió, dijo asi: Segun los tratados que rigen con las naciones estrangeras, es requisito indispensable ratificar ante el Consul la abjuracion que el dia de ayer hicisteis; y aun os queda tiempo para retractaros, si lo teneis por conveniente; á él os mando; medid las razones que tengais para ratificaros ó no, y siempre contad con mi benevolencia.

A consecuencia de ello, salimos acompañados de una competente escolta y el Adul, ó escribano, y fuimos á la casa del Consul, donde se presentó el Vice-consul D. José Rico, unido á los frailes que sostiene el gobierno español en aquel punto, so pretestó religioso; pero que lejos de cumplir con su ministerio, usan de una absoluta arbitrariedad y estan entregados á la vida mas inmoral, abusando mas que otros de ella, en aquellos paises, pues estan independientes de la crítica cristiana: dicho Vice-consul nos preguntó: si queriamos ser moros ó cristianos: no pudimos menos al oir por su boca semejante pregunta, de contestarle en estos términos: «Ente aborrecible y detestable, cuya conducta tiránica y cruel nos ha precipitado en el

abismo forzoso que hemos abrazado : ¿ tienes valor para inquirir de nosotros otra contestacion que aquella que tú mismo nos has forzado? moros somos, sí, y no dudes nos avergonzamos, no de serlo, y sí, de que un cristiano nos haya comprometido hasta este extremo : recreate en tu obra, da parte de tus bárbaras ejecuciones al tirano que te protege, y si las pintas como ellas han sido, recibirás tu galardón; pero no, solo tu castigo, pues no has cumplido las obligaciones que estan á tu cargo: por mi parte te doy las gracias á que te has hecho acreedor, asegurándote no olvidaré jamas el perjuicio que nos has causado; pero ínterin, te desprecio altamente, y como los conozco, desprecio tambien á esos malos frailes, tus viles secuaces y fieles servidores de tu barbarie: no, esos no son religiosos, pues se apartan del evangelio: el autor de la naturaleza permitirá que algun dia España conozca hasta donde llegan vuestras iniquidades, cuando se presenten á la faz del mundo en público vuestros hechos feroces y detestables : esos miserables instrumentos, que te ayudan en tus infernales planes, pudieran haberte acon-

sejado la humanidad para evitar nuestro crítico lance; pero ¡oh Dios! ¿cómo sería posible que así obrasen, quienes no desean sino el esterminio de cuantos hombres sensatos conocen sus tramas supersticiosas? moros somos, te repito, y me admiro de ver que entre los moros hayamos encontrado el asilo y humanidad que tú nos has reusado, atormentándonos del modo mas bárbaro, inicuo y cruel: te detesto, y deseo se acabe esta acta y ceremonia para huir de tu odiosa presencia.» Oído lo cual por el Adul, ó escribano, y testificándose y firmándose esta ceremonia, se finalizó la infernal comparecencia, con lo que regresando á casa del Bajá, mandó nos afeitasen la cabeza y demas partes del cuerpo segun la costumbre del pais, llevándonos en seguida á el Jamame, ó baño de vapor; y luego que concluimos de bañarnos, nos pusieron la ropa que como tales moros debiamos usar: despues de vestirnos nos presentaron al Bajá, quien muy alegre de vernos de aquel modo, nos dijo: «hijos míos, ahora os voy á advertir las obligaciones que habeis contraido: sabed, que desde hoy en adelante no podeis comer tocino, beber vino, ni otro

licor que no fuese de la religion mahometana: teneis pena de la vida si intentais fugaros y llegais á ser sorprendidos al tiempo de ejecutarlo, lo que indudablemente se practicará al momento: teneis que aprender el acto de fe y demas instituciones religiosas, que os enseñarán: tambien lo que debeis practicar y observar en la chama, ó iglesia, como igualmente en el rondan ó cuaresma; y por último, cuando llegue el tiempo, os enviaré ante el Sultan para practicar vuestra circuncision: tú, en lugar de Leon, te llamarás en adelante Mojamet, y tú, dijo á mi compañero, Ali. Para todo, entre mis hijos y yo, os instruiremos en las demas costumbres y usos mahometanos. En efecto, este humano Bajá se desvelaba en acariciarnos, procurando disipar nuestras tristezas por cuantos medios le eran dados, ya proporcionándonos mil distracciones, ya llevándonos á paseo por el pueblo, campo, huertas, castillos y baterías de aquella plaza; ya á cuantas funciones se presentaban, y últimamente, este anciano respetable procuró manifestar su honradez por cuantos medios le era susceptible, á fin de endulzar en cierto modo nuestros dias amargos.

En estos entretenimientos pasábamos la vida; pero como jamas perdiamos de vista el loable objeto de reunirnos con D. José María Torrijos, tampoco perdonábamos ningún recurso para ponernos en relaciones. La poca proporcion que presentaba el sistema de aquel pais, que nos prohibia á los renegados tratar y escribir á los cristianos, era un obstáculo para nuestros logros, pues en todos casos teniamos que valernos de la confianza de los portadores de las cartas, por cuya inseguridad podrian descubrirse los planes de fugarnos y ser cruelmente castigados: sin embargo, nada nos arredraba, y logramos al cabo de unos tres meses escribir á dicho Torrijos, contándole nuestra historia y trabajos padecidos, pidiéndole hiciese de modo de sacarnos de alli y le acompañásemos en sus expediciones: felizmente tuvimos la deseada contestacion por medio de un patron ó capitán de barco que arribó desde Gibraltar, con la orden de embarcarnos con el mayor sigilo y cuidado.

Figúrese el lector nuestra alegría al ver que se nos aproximaba la salida del nuevo cautiverio, y lograr el fin que tanto deseabamos. El contento estaba pintado

en nuestros semblantes, y casi una demencia sucedió á nuestros arrebatos: ya contábamos las penas acabadas, y nos figurábamos la satisfacción de emplear los brazos y nuestras vidas en obsequio de la patria, y de la monarquía representativa; pero ¡qué ajenos estábamos de los nuevos apuros y tormentos que el hado cruel nos tenia preparado! Despues de mil proyectos premeditados para conseguir la deseada fuga sin comprometernos, se adoptó como el mejor, que fuésemos de noche á un sitio determinado, y que á la hora y punto que se convino, nos embarcáramos. Con efecto, marchamos, y á pesar del grande peligro que habia al acercarse á la costa, por causa de las muchas centinelas que tienen los moros repartidas en la playa, no obstante, pudimos lograr escondernos para aguardar allí el barco; mas la suerte se esmeró en atormentarnos: las olas embravecidas por los vientos y fuertes huracanes impidieron por tres noches continuas realizar nuestro plan. Viendo la imposibilidad que habia de poderlo ejecutar de noche, determinamos se hiciese de dia, pues en las mañanas se mostraba el mar bastante tranquilo, por lo que nos pusi-

mos en marcha para el punto que se señaló. Bien veíamos que esto era mayor peligro, pues prescindiendo de la hora del medio día que se eligió, y la distancia de dos leguas de Tánger, los moros que habitan por los campos, así que divisan algún barco que se acerca á su costa, se ponen con anticipacion escondidos para salir de repente, sorprenderlo, y despues robarlo como acostumbran hacer muy á menudo; no obstante, quisimos probar fortuna acordándonos de que ninguna empresa grande se vence sin peligro; pero esto mismo nos causó muchos padecimientos; apenas llegamos al sitio, y al crítico tiempo de embarcarnos, fuimos de repente sorprendidos por multitud de moros, quedando en el acto presos con los marineros y barco. Conociéndonos como renegados, y asimismo nuestra determinada fuga, despues de maltratarnos á todos cruelmente dándonos bastantes palos, se decidió fuésemos presentados al Bajá, y que se nos acusase del hecho, y al patron y marineros por cómplices en él: en su consecuencia, nos pusimos en marcha para Tánger aquel mismo momento.

Júzguese cual seria el sentimiento

nuestro al vernos presos , apaleados y frustradas todas nuestras esperanzas , y sobre todo , ser conducidos á presencia del hombre sênsible y humano que tanto nos habia distinguido y acariciado: ademas , sabiamos nos darian la muerte sin remedio alguno , como ya se nos habia manifestado el dia de nuestra rene-gacion ; la hubiéramos ciertamente preferido , antes que ser privados de nuestra libertad tan deseada , y ser presentados ante el hombre á quien no hubiéramos seguramete querido comprometer. ¡De todos modos se complacia la suerte en afligir nuestros mas nobles sentimientos! Llegados que fuimos á la presencia del bajá , al vernos este buen anciano , enmudeció por algunos instantes , hasta que por último , cuando se enteró por nuestros conductores , nos dirigió la palabra del modo siguiente: «Hijos mios, ¿qué causa ó motivo os he dado para que pretendais abandonarme , faltando á la nueva religion que habeis abrazado , y á mi amistad que siempre se ha esmerado en distinguiros? Verdad es, que conozco demasiado vuestra penosa situacion ; pero con todo , como autoridad en este pais, no puedo menos de administrar justicia

y aplicaros , á mi pesar , la pena á que os habeis hecho acreedores :» Despues, encarándose con los marineros , les preguntó á que nacion pertenecian ; y sabido que eran ingleses , mandó en el acto llamar á su cónsul , y asi que le vió le dijo : «Estos hombres que aquí ves, han cometido un delito , cual es el de proteger y auxiliar la fuga de estos dos moros, delito que como sabes, está en mis atribuciones exigirte que los castigues ; sin embargo , para que me conozcas cada dia mas , y darte aun mas pruebas de mi humanidad y aprecio á tu nacion, te los entrego con su barco , para que hagas de ellos lo que mejor te parezca ; previéndote antes, que por mi parte , no exijo se les cause el mas leve daño : que en cuanto á estos dos moros, quedan sujetos á nuestras leyes.

Perplejo el buen anciano sobre la resolucion que debia tomar en aquel lance tan comprometido , y presintiendo la suerte que nos amagaba , permaneció taciturno por algunos momentos ; al fin, rompiendo su silencio, dice á los adules, ó escribanos, y demas moros que estaban alli para presenciar la justicia segun costumbre : «Señores , el escandaloso de-

delito que acaban de cometer estos dos moros desgraciados, al paso que escita mi sensibilidad, arma tambien mi brazo en su justo castigo: la muerte sola de ellos, puede desagraviar la ofensa que nos han hecho: no puedo, aunque quisiera ser indulgente de ningun modo; y sin embargo, no puedo menos de poner á vuestros ojos sus muchos padecimientos con el inicuo trato que á vuestra presencia sabeis, han sufrido del Vice-consul español, que los atropelló y atormentó, haciendo alarde de su barbarie, aun con infraccion de nuestros tratados: vosotros habeis sido testigos oculares de todo esto, asi como tambien del esmero con que he procurado sean considerados en mi casa como mis hijos, á todo lo cual han faltado hoy con su hecho: no obstante, no puedo permitir que á mi presencia sean castigados; pero ni tampoco que quede impune su delito: la pena de muerte á que se han hecho acreedores, solo el sultan como sabeis, puede decretarla, para que inmediatamente se ejecute; y asi, soy de parecer, y aun os pido, que atendidas todas estas circunstancias me eximais del justo sentimiento que tendria, si viese morir dos

hombres á quienes he amado: moros, cuya obediencia en todos lances ha sido el timon de mi ministerio; dispensadme esta vez, de que yo sea testigo de su muerte: condúzcanseles ante el sultan con seguridad, y este pronunciará y hará ejecutar su sentencia; pero siempre será lejos de mí y de la vista de mis hijos, cuya amistad han grangeado.» Dicho lo cual, esperó impaciente la resolucion de los adules y populacho que habia reunido; pero la fuerza eléctrica de la virtud, se comunica aun en los corazoues mas insensibles y empedernidos: la asamblea susurra en favor nuestro: se oyen mil articuladas razones, que hacian conocer que los moros penetraban la dolorosa suerte en que nos habia precipitado el injusto y cruel Vice-consul con sus malos tratamientos, que nos forzaron á abrazar la religion mahometana, por la cual aquel dia nos hallábamos próximos á sufrir un castigo; por último, convienen en que fuésemos enviados á disposicion del sultan; visto lo cual por el bajá, dispuso que al dia siguiente fuésemos conducidos á la presencia del soberano, con otros seis mas, que tambien habian acabado de renegar, concluyéndose asi este consejo de guerra,

á satisfaccion del bajá y toda aquella asamblea.

En efecto, al dia siguiente se nos presentó el bajá seguido de una competente escolta, á la que nos entregó sin poder decir mas que la suerte precisaba á separarnos; y á poco rato nos pusimos en marcha para Fez, que es una de las cortes del sultan, y adonde se encontraba en aquella época. El lector juzgará cómo marchariamos al suplicio que nos esperaba. Nos acompañaban don Juan Michilena, don Manuel Real, don Luis María Guerra, don Juan Bautista Lopez, don José Verás, y don José María Ortega, que fueron los oficiales de la columna que se alzó en san Fernando cuando las ocurrencias de Cádiz y muerte de aquel gobernador, quienes perseguidos en el pueblo de Beger por el general Quesada, se vieron obligados á fugarse, y llegando á Tánger el vice-consul español don José Rico, les obligó á renegar tambien: estos dignísimos compañeros procuraban distraernos en todo el camino, para disipar nuestra penosa y desesperada situacion; mas ¿cómo lograrlo, acercándose por momentos el fin de nuestras vidas? Por último, llegamos á la referida ciudad, y

al dia siguiente fuimos todos presentados al sultan ; pero ¡cuál fue nuestra sorpresa al ver que éste lejos de pronunciar nuestro castigo, como verdaderamente nos temiamos, nos acarició y aseguró que todos seriamos tratados como sus hijos, porque el bajá de Tánger nos recomendaba en su carta con el mayor interes , y que ya sabia lo que nos habia hecho el vizce-consul de España , á quien le habia advertido y mandado se abstuviese en su tierra de cometer en lo sucesivo otro semejante atentado , y que asi tambien lo habia escrito al rey de España.

Considérese la alegría que recibiriamos ; pues dos hombres condenados á morir , y que de pronto nos hallamos libres , pasando de una profunda tristeza nos encontrábamos atónitos y enmudecidos de ver el cambio de nuestra suerte ; y solo pudimos espresar nuestra gratitud al sultan , sin sernos dado manifestar el fondo de nuestros sentimientos en favor del hombre , modelo de virtud y sensibilidad, que habia sabido engañar á los moros , y sustraernos del castigo que nos amenazaba , manejándose en aquel expediente con el estudio y artificio que hemos visto , y despues consumó su grande

obra , recomendándonos á su soberano, para que fuésemos por él mismo distinguidos.

Hombre sensible , cuyos procederes ennoblecen el suelo africano ; sea para ti de eterna recompensa la publicacion de tus hechos tan recomendables , hechos que sin duda alguna escitarán la gratitud de todos los seres de la sociedad en tu favor , y que do quiera que nosotros nos encontremos , y aun en los últimos momentos de nuestra vida , los repetiremos sin cesar á nuestros parientes y amigos: recibe el galardón de tus nobles virtudes, y sírvate al menos de satisfaccion, el que todo mortal que lea esta historia, te admirará como modelo de sensibilidad, y apreciará tu talento , que supo distinguir cuán forzado fue el juramento que se nos habia obligado á hacer: no es dado sino á almas como la tuya penetrar nuestro sacrificio, y tu conducta honrosa formará en todos tiempos un contraste opuesto á aquella que siguió con nosotros el vice-consul de España don José Rico.

El sultan mandó que ratificásemos el mismo juramento que teniamos hecho ante el consul y bajá en Tánger; y practicado que fue quiso saber el mecanismo con que

6 :

nos habian atormentado, para lo que se buscó un judío y al que nosotros mismos le pusimos la mordaza y demas ligaduras, de modo que concibió el sultan nuestros padecimientos casi como nosotros mismos los habiamos sufrido, y luego que se hubo enterado de todo, muy admirado exclamó diciendo: ¡qué mal suena el nombre de cristianos en unos salvages que quieren igualarse con las fieras, jactándose al mismo tiempo de ser los hombres mas humanos del universo! Por último, nos mandó conducir á su fondak, ó posada, previniéndonos una cómoda habitacion, y cuidó que nada nos faltase, quedando libres y contentos en medio de nuestros seis compatriotas.

A pocos dias de permanecer en esta Corte, donde fuimos tratados con el mayor esmero y cuidado; se nos dió la órden de salir para la ciudad y corte de Mequinéz, porque el Sultán pensaba marchar á la guerra que habia en aquella época, y se nos manifestó que en dicha ciudad tendria el Bajá las órdenes correspondientes para nosotros: como no nos fue posible encontrar caballerías para salir en compañía de la Majala, ó ejército, que marchaba de guarnicion al referido

Mequinéz por la mucha precipitacion con que salimos, nos determinamos á emprender esta marcha, fiados que como no habia mas que dia y medio de camino, podriamos resistirla en compañía del ejército; pero nos engañamos, porque á la mitad del camino no podiamos continuar, y determinamos quedarnos atras para poder seguir con mas comodidad, lo que fue motivo de nueva desgracia: en medio de aquellos bastos desiertos, nos salieron al camino cinco moros á caballo y muy bien armados, los que despues de llenarnos de golpes, nos robaron no solo ocho mil rs. que tenian en su poder dichos oficiales y compañeros, y que ya eran masa comun entre todos, sino lo mas doloroso fue dejarnos totalmente en cueros, sin zapatos, ni nada absolutamente que pudiésemos cubrir nuestras carnes contra los rigores de aquel clima ardiente y caluroso, y mucho menos impedir las continuas picaduras de tábanos y otros insectos, de que son muy abundantes aquellos paises; en fin, atormentados en extremo, no nos quedó otro arbitrio que seguir la marcha, y tratar de acelerar el paso á fin de poder soportar la desgracia que nos rodeaba.

Llegamos á la referida Córte tan maltratados, que unos á otros nos causábamnos compasion: rotos los pies, todo el cuerpo y cabeza lleno de begigas del fuerte calor, y por todas partes heridos: sin hipérbole se podia asegurar eramos unos verdaderos imitadores de S. Lázaro. Antes de entrar en la ciudad, nos salió al encuentro por casualidad un renegado español, quien luego que nos conoció, nos preguntó el motivo por qué íbamos de aquel modo; y apenas se enteró, nos manifestó que no nos convenia entrar en la ciudad de aquella manera, siquiera por la decencia de nosotros mismos; que esperásemos un momento que él iria á dar parte al Bajá, quien regularmente tomara alguna providencia á favor nuestro. En efecto, fue y volvió acompañado de un soldado que nos traia ropa para vestirnos de cualquiera forma, á fin de que pudiésemos presentarnos ante la autoridad; y cuando nos condujeron á su presencia y se enteró de nuestra desgracia, nos manifestó que ínterinvolviese el Sultan de la guerra, que se habia determinado, segun las órdenes que tenia, que marchásemos al depósito de renegados del pueblo de Burey, en cuyo punto recibi-

riamos veinte rs. mensuales cada uno, para cuyo efecto ya tenia la órden competente el Alcaide de aquel pueblo; y que en cuanto al robo, él informaria al Sultan y haria de modo que todo se nos devolviese inmediatamente, cosa que jamas tuvo efecto. Despues que descansamos y se nos curaron las heridas, sin mas que con la poca ropa que se nos dió, salimos para nuestro destino, al cual llegamos juntos; y viendo que ya no se podia salir de alli sin esponerse á un castigo, por fuerza nos conformamos á pasar nuestra suerte desgraciada, hasta tanto que se nos abriese camino para salir del sepulcro en que nos habiamos enterrado.

Se deja conocer al momento como deberiamos pasar con un duro cada mes; pues aunque es verdad que todo está alli tan barato, que con solo este sueldo se puede comer, aunque mal; sin embargo, no podiamos pagar casa, cuidar la ropa, y en fin, las demas menudencias que debian salir de esta escasa y miserable asignacion; por consiguiente nos faltaba todo, y nos invadió con abundancia la miseria de insectos asquerosos tan comun en aquellos paises, en los que no sirve el esmero y cuidado continuo; pues no es dado

á la pluma describir lo abundante que es en los moros esta infernal plaga; bastará decir que ni aun el Sultán ni los mas bien establecidos, estan exentos de ella, por ser ya constitucion, ó mejor dicho, deribado de aquel ardiente clima á lo que se atribuye: de aquí se puede inferir cuál estaríamos nosotros, que no teníamos mas ropa que la que llevábamos puesta, y esta ademas de ser toda de lana, por momentos se iba cayendo á pedazos: á pesar de las continuas tareas que tomábamos para poder extinguir esta raza, jamas podíamos conseguirlo llegando ya á tal extremo, que nos saliamos al campo, nos poniamos en cueros, tendiamos nuestros trapos en el suelo, los cubriamos con dos dedos de arena que quemaba con la fuerte calor de aquel clima, permanecian asi por un rato, y cuando veíamos que los insectos subian, de pronto lo sacudiamos y volviamos á repetir por dos ó tres veces esta operacion que habiamos visto practicar á los moros; pero á pesar de esto nada adelantábamos, llegando ya á causarnos aburrimento y desesperacion tan deplorable estado.

En esta cruel y penosa vida pasábamos ya hacia mas de cuatro meses, y

siempre en una insoportable incertidumbre sobre nuestra futura suerte: al fin, anhelando, como es de presumir, la salida de nuestro cautiverio, decidimos dar parte al general Torrijos, y se dispuso de comun acuerdo reunir el poco dinero que se pudiese, y ya que no era dable salir todos de una vez, al menos, que lo hiciesen dos que de oculto volviesen á Tánger y mirasen el medio de salvarse, ó al menos, que llegasen del modo posible las noticias al referido general Torrijos, del triste estado que nos rodeaba. Formado este plan, se decidió por fin que D. Juan Bautista Lopez y D. Manuel Real tomasen á su cargo esta comision, tan penosa como arriesgada, como en efecto se pusieron en marcha; llegaron á Tanger y felizmente se pudieron embarcar para Gibraltar, en cuya plaza se reunieron con todos los patriotas españoles. Enterado dicho general Torrijos de las desgracias que nos abrumaban á los demas que habiamos quedado en el pueblo de Burey, siguiendo sus benéficas intenciones y patrióticas ideas, no se detuvo en tomar todas las disposiciones mas convenientes para acudir al remedio; buscó, indagó y habló á todos los capitanes, patrones y marineros de los

buques que mantenian relaciones mercantiles con Tánger, el Arache, Rabata y demas puertos de los moros, mandándoles que do quiera que fuese, así que se presentase un renegado en su nombre á todo coste, no dudasen ni vacilasen embarcarlos, pues él salia fiador á todo resultado. Aun hizo mas este dignísimo y desgraciado general, cuya triste memoria quedará indeleble grabada en los corazones de todos los buenos españoles, y la historia en sus fastos algun dia inmortalizará sus heróicas y bizarras empresas; dispuso por sí mismo remitir un barco para el puerto de Rabata en busca de nosotros, deshaciéndose para ello hasta de la cadena de su relox, y cubrir los gastos y dispendios que se ocasionasen.

Consecuente á estas disposiciones, tuvimos el consuelo de encontrarnos un dia con el aviso que nos dió uno de los renegados que habia en Tánger, que se habia proporcionado por mano del inmortal Torrijos, para que inmediatamente nos presentásemos en el puerto de Rabata, y que alli encontraríamos á un patron que llevaba la comision de trasportarnos en su barco para la plaza de Gibraltar. Con esta noticia ya no oiamos mas que los

gritos de nuestra libertad, y las esperanzas de ver nuestra cara patria, en compañía de los patriotas escogidos para las empresas árduas, que solo á un Torrijos era dado poner en planta; pero con dolorosos resultados, pues no le faltaron traidores de que siempre se puede afirmar con ignominia nacional, abundan los partidos! Deslumbrados con estas alhagüeñas ideas y como fuera de juicio, ya no pensábamos mas que en marchar al punto señalado, sin arredrarnos en lo mas mínimo la marcha de mas de treinta leguas, sin encontrarse poblacion alguna, en medio de dilatados desiertos intransitables, que ni aun agua se podia encontrar para poder siquiera soportar lo ardiente y árido de aquel clima; pero nada nos detiene, y con firme resolucion tratamos de fugarnos y emprender la deseada marcha: para ello entresacamos de los demas renegados y con el mayor sigilo once mas, que se obligaron á seguir nuestra suerte hasta el último extremo, pues estaban poseidos de las mismas ideas, y por cuya causa, tambien eran desgraciados ya hacia mucho tiempo: por último se acordó que en la noche siguiente efectuaríamos nuestra fuga y empre-

deriamos la marcha con el mayor sigilo y cuidado: así conformes esperábamos con impaciencia la hora para ejecutar cuanto se había pensado.

CAPITULO V.

Como el pueblo de Burey está amurallado, y de noche queda cerrado, fue preciso bajar de la muralla por unas cuerdas, y á deshora de la noche, para no ser vistos ni oídos, pues si nos hubiesen descubierto, indudablemente nos habrían castigado al momento: salimos así, y nos pusimos en marcha para Rabata, sin que nada nos sucediese en mas de la mitad del camino; pero, como era de esperar, en un pais tan bárbaro donde se hace un comercio de la guerra que se declaran unas provincias á otras, y que ademas está puesto en uso el robo y el pillage, fuimos sorprendidos en los desiertos por una porcion de moros, quienes despues de llenarnos de golpes, nos robaron hasta el extremo de dejarnos como á nuestro padre Adan, y en un estado de perecer víctimas de la sed y hambre. El cuadro que á nuestra vista se nos presen-

taba era muy rígido é imponente, y sin duda otros en iguales circunstancias hubieran tenido por mejor partido regresar al pueblo de Burey, antes que esponerse á una muerte que veíamos tan cercana en aquellos países: formamos consejo, y atendidas por una parte las dificultades que se nos presentaban para seguir la marcha, y por otra pintándonos nuestra viva imaginacion, que en arrostrando los peligros é inconvenientes podriamos mejorar nuestra libertad, fue esto último lo suficiente para decidirnos á preferir ser víctimas de una vez, ya de las fieras, ó ya del hambre, que aislarnos nuevamente en nuestro penoso cautiverio: esto resuelto de comun acuerdo, en aquella triste posicion, continuamos la marcha atropellando por todas las dificultades y pasando no solo las horas del camino, sino las del hambre y sed, que fueron mas crueles en aquellos climas, donde el sol quema en extremo con sus ardientes rayos; pero á pesar de todo nos figurábamos felices, porque nos dirigiamos al puerto de nuestra salvacion, á cuya idea se nos redoblaron nuestras fuerzas ya amortiguadas. No contenta la cruel estrella que nos dirigia con tan inmensos é incalculables trabajos, consumó

su obra al siguiente dia, presentándose á nuestra vista un campamento de caballeria de los muchos que habia para acudir al auxilio y estincion de las guerras y rencillas provinciales: el alcaide ó general de dicho egército, luego que nos hicieron marchar á su presencia, nos hizo decir la copla ó acto de fe que debe saber todo moro, para conocer si efectivamente éramos ó no renegados, preguntándonos si veniamos de la tierra de los cristianos, ó si nos habiamos fugado del depósito de Burey, por qué ibamos desnudos, y cuál era nuestra dirección: fácil es penetrarse muy bien que tendríamos gran cuidado en desfigurar nuestro proyecto; pues aunque es verdad que en aquellos paises es libre viajar sirviendo solo de pasaporte saber decir con perfeccion la doctrina mahometana, no sabiamos qué salida dar á tantas preguntas, y contestamos con mil evasivas al caso, contándole asimismo que nos habian robado hacia pocas horas, y era el motivo de hallarnos totalmente en cueros: enterado de todo, nos aconsejó volviésemos á Burey, porque estábamos muy espuestos en la guerra que azotaba aquella parte, y al efecto dispuso al momento darnos una carta pa-

ra el depósito, á fin de que no se nos castigase ni se metiesen con nosotros; pues desde luego penetró éramos verdaderamente fugados, y aun la mayor parte de nuestro misterio, intimidándonos que de no hacerlo así, nos castigaria rigurosamente; esto dispuesto, ordenó nos diesen pan y algunas otras frioleras para que nos sirviese á nuestro retorno; y comprometidos nuevamente le dimos las gracias y ofrecimos no separarnos de sus órdenes, con cuya protesta nos dejó libres: nos internamos en un bosque muy espeso y allí abrimos consejo para decidir aquello que nos pareciese mas prudente: se oyen las objeciones que á todos se presentaban: vemos la imposibilidad de arribar á Rabata sin ser nuevamente interceptados: medimos la distancia que nos separa: y por último, nuestras fuerzas ya agotadas por el cansancio y debilidad que habíamos contraído, y apareciendo á nuestra vista un abismo impracticable, ya se iba á decidir de nuevo nuestra esclavitud; pero, ¡oh libertad, deidad hermosa que hacías en aquella asamblea un poderoso contraste! á tu recuerdo se recobran nuestros ánimos desmayados, se superan los inconvenientes, y juramos

unánimemente morir, antes que retroceder un solo paso. Alentados con nuestras lisonjeras ideas, se determinó dividirnos en cinco trozos y que se tomaran diferentes rumbos, caminando por todos los lugares mas solitarios y desiertos, á fin de evitar ser sorprendidos de nuevo, en cuyo caso nos temiamos el mas rigoroso castigo: asi dispuesto, se repartieron las únicas y escasas provisiones que llevábamos para regresar al pueblo de Burey, que con este fin nos dió el Alcaide del referido campamento.

Aqui la pluma desmaya y la sensibilidad se halla vivamente conmovida, al repasar la escena interesante de que fueron testigos aquellos campos incultos, cuando llegó el cruel momento de la separacion, conociendo lo impenetrable de aquellos espesos bosques llenos de árboles, jaras y demas malezas, cubiertos de fieras que estremecian los aires con sus rugidos: al ver tan inminentes peligros, unos á otros nos dábamos abrazos y el ósculo de un eterno á Dios, reiterando de nuevo nuestros juramentos de reunirnos en Rabata si la suerte nos favorecia, para embarcarnos y cooperar en defensa de la libertad de nuestra patria, norte

que dirigia todos nuestros pasos. Haciéndonos superiores á los padecimientos, rompemos la marcha, divididos ya, sin mas camino ni direccion que hácia poniente, pues era adonde venia á caer el pueblo de Rabata, y sin saber cual seria nuestra suerte: de esta forma caminábamos, precisados á subir de noche á los árboles y sitios mas elevados para libertarnos de las fieras que hay en abundancia: para mas atormentarnos en aquellos dias, el sol, cuya carrera era el norte y guia para nuestra direccion, estaba tan nublado que no sabianos cual era su verdadero curso con la espesura de las nubes: perdido el tino, andábamos deslumbrados y sin saber qué hacernos: ¡pudiera decirse que el ser supremo queria hacer de nuestra constancia la prueba mas terrible! pues á la verdad, no es dado á los alcances humanos concebir los inmensos trabajos que se arrostraron en aquella penosa marcha: júzguese de unos hombres metidos en un pais extraño, totalmente desnudos, rotas las carnes, perdidos en un inmenso bosque, en medio de innumerables peligros, últimamente acosados de sed y hambre, pues las escasas provisiones ya se habian concluido, y so-

lo suplían hierbas y frutas silvestres sin sazonar. A pesar de todos estos apuros, que no los mide sino el que los pasa, despues de seis dias llegamos á las orillas de Rabata, como es de presumir, medio muertos, ensangrentados de pies á cabeza, tan desfigurados, que apenas ya nos conociamos los unos á los otros, teniendo el sentimiento de habernos reunido nada mas que catorce, faltando cinco en esta desgraciada marcha, que quizás murieron de hambre, devorados por las fieras, ó degollados por los árabes montaraces, pues no se pudo saber su paradero, y mucho menos de su existencia.

La suerte no cansada aun al fin de tantos trabajos y penalidades que sufrimos en la confianza de encontrar el deseado barco que nos prometiamos, dispuso que todas nuestras esperanzas fuesen fallidas, porque no habia la mas mínima noticia de su llegada á Rabata. Aqui fueron nuestras confusiones é indecision, por estar en un punto muy peligroso para nosotros: los moros al vernos reunidos tantos en un puerto no podían permitirnos permanecer alli, y si hubiesen sospechado alguna cosa de nuestro intento, nos hubiesen castigado rigorosamente: por ello

7:

y no tener medios ni recursos para cubrir nuestras carnes, ni para nuestra subsistencia, se determinó dividirnos en varios puertos para desde allí comunicarnos mutuamente las noticias que se pudiesen adquirir. En efecto, determinado que fue, partieron unos para el puerto de Arache, otros á Tanger y otros permanecieron en Rabata. Yo quedé en este pueblo, con D. Juan Michelena y tres de los agregados.

Entramos en la ciudad por la noche, dirigiéndonos á un fondak, ó posada, donde ya teníamos noticias habia otros dos renegados que vivian allí vendiendo café y otras frioleras para mal pasar aquella vida triste y miserable: luego que nos vieron los infelices, inmediatamente partieron su ropa con nosotros, y desde aquel momento cuanto tenían se hizo bienes comunes: al siguiente día fueron al bajá á pedir licencia para que pudiésemos permanecer allí por un poco de tiempo, lo cual se logró sin ninguna dificultad.

Como la referida industria no daba lo suficiente para todos, fue preciso discurrir medio para salir de la suma estrechez en que estábamos, porque á la verdad el hambre ya nos abrumaba demasiado, y ella me obligó á fingirme *Tavive*, ó médico,

atendida la mucha estimacion que hacen en aquella tierra de todos los cristianos á quienes suponen poseer la facultad de medicina, careciendo los moros de todo conocimiento en esta ciencia; y aun están en la creencia de que sabemos secretos, hasta poder volver el hierro plata y oro: por esta razon, y sobre todo, como la necesidad no teme nada, publicamos al siguiente dia cuando se vendia el café, que acababa de llegar un Tavive, ó médico, que lo habia sido del Rey de España, caracterizándome al mismo tiempo como un segundo Hipócrates.

Aunque en Europa es preciso para adquirir algun grado de conocimientos en la medicina, afanarse los hombres y entregarse á un estudio continuado, y con todo eso vemos á nuestro pesar en ocasiones muy malos resultados, yo me determiné á emprenderla sin mas conocimiento ni razon que lo que ya llevo manifestado; ademas, porque no habia otro recurso en un pais donde las costumbres son en un todo opuestas á las de Europa: desde luego me dediqué á estudiar al hombre y conocer de cerca la naturaleza, y mi empresa tuvo por fruto, como despues veremos, los mejores resultados: la

naturaleza, madre de las ciencias es capaz de mucho : sus arcanos se hacen incomprendibles á los hombres, cuando fiados en ella sola, no se ayudan con el arte: el estudio es hijo de la observacion de otros que anteriormente se han dedicado , ya á especular las plantas , las minas , los animales é insectos mas pequeños, y últimamente al hombre , sacándose de todos los desvelos diferentes tratados que conocemos en práctica de la medicina.

Luego que se hizo saber por todo el pueblo, me preparé á hacer los ensayos para al mismo tiempo ir aliviando nuestra suerte , ínterin se nos abriese algun camino por donde salir de nuestro penoso estado. En aquel mismo dia se presentó un judío diciendo que tenia comision de algunos otros para que los visitase y curase , en cuyo caso él me serviria de intérprete en todas las curas que en adelante se presentasen de moros, supuesto que con los judíos no se necesitaba porque todos hablaban perfectamente español. Yo no tenia ropa para vestir y salir á visitar , y entre todos me pude componer alguna cosa y salí con el intérprete al barrio de los judíos , que son mirados y tratados con bastante desprecio, por

cuya razon , aunque les resalte la justicia es muy difícil castigar á un moro por ellos ; asi es que marchaba mas descuidado , pues los moros tienen la costumbre de que todo el que se meta á médico, debe estar acreditado por doce certificaciones de doce enfermos curados de varias enfermedades , y autorizada cada una por un escribano , á falta de un título que da el sultan para que se pueda curar sin responsabilidad ni restriccion alguna , y de lo contrario , si se les figura que el enfermo se ha gravado mas, ó se ha muerto por falta ó culpa del médico , tienen en este caso el arbitrio de repetir contra él , y pedirle el daño y los perjuicios que se han originado , hasta hacer que se le corte una mano , ó se le quite la vida. Luego que llegamos al Melag, ó barrio de los judíos, me llamó uno que era sacerdote, ó sabio de ellos, quien me preguntó si sabia algun remedio para que su muger pudiese quedar embarazada , pues aunque era muy jóven no lo habia podido lograr en el espacio de seis años que hacia estaban casados : tomando yo un carácter imponente y propio de un verdadero facultativo, despues que pulsé á la esposa y pregunté aquello que me pare-

ció regular, les contesté que efectivamente sabia muy buenos remedios para el caso, que ya los tenia muy bien experimentados, no dudando se podia prometer el logro de lo que tanto deseaba; pero que con motivo de haberme robado, no tenia de pronto las medicinas necesarias; que si queria era preciso me adelantase dos duros, y que si lograba salir con la empresa, me debia dar doscientos reales mas por mí trabajo y cuidado (costumbre que hay de ajustarse antes). No se detuvo mi buena judía en aprontarme los dos duros, encargándome la tratase con mas cuidado y preferencia que á los demas enfermos, pues quedaria por ello bien recompensado: el marido tambien me lo encargó, contándome al mismo tiempo, que segun la ley tanto Hebrea como Mahometana, la muger que no da fruto al mundo, era muy mal vista, y ademas la ley permitia en este caso poderla repudiar y casarse con otra, y que por lo mismo, yo hiciése un empeño á fin de que no quedasen desairados y comprometidos á la vista de los demas, pues ya habia tenido muchos disgustos sobre este particular. Al oir yo semejante relacion, me ocurrió la idea para tranquili-

zarlos, de decirles que aquella ley no estaba muy conforme con la razon, porque muchas veces no depende la falta en la muger y sí en el hombre, y no era justo se condenase á la muger cometiendo la falta el marido; que lo mejor que se debia hacer en este caso, seria conformarse con la voluntad de Dios, y vivir sin disgusto alguno. La judía que ignoraba lo que yo manifesté, se alegró tanto, que despues de reconvenir al marido, me suplicó me esperase un momento, que iba á llamar á otras dos amigas suyas que se encontraban en el mismo caso: en efecto vinieron, y no fue necesario decirles nada, pues estaban ya enteradas de todo por su amiga: sacaron otros dos duros cada una, diciéndome exigian de mí lo mismo, y que las viese para si se encontraban ó no en iguales circunstancias, lo que les aseguré en un todo, ofreciéndoles volveria á visitarlas luego que tuviese preparadas las medicinas; con lo que me despedí y regresé á la posada muy contento con el fruto de mi primer ensayo.

Aquel dia comimos muy bien, y despues me puse á reflexionar que salida darle al compromiso que acababa de contraer: por casualidad llegó á mis manos

un libro en español que trataba del cultivo de las huertas y de las virtudes de sus hortalizas, y con las pequeñas observaciones que dicho libro me proporcionaba, y las que hice cuando estaba empleado en la contaduría del hospital de Ceuta, tuve lo suficiente para animarme á hacer unos unguentecillos á mi capricho, comprar lanzetas, navajas de afeitar, y constituirme desde aquel momento barbero, sangrador, boticario, médico y cirujano de todo el imperio de Marruecos. A pocos dias me ví precisado á cumplir con las judías, que ya impacientes esperaban sus medicinas: aquí de mi apuro y confusion: yo no sabia qué hacerles, qué decirles, ni qué remedio darles: al fin, despues de discurrir, ordené unas bizmas de pez, cera, incienso, resina y trementina, las que preparadas que fueron, se las llevé mandando se las ciñesen bien á la cintura, se fajasen despues y refrescasen por espacio de cuarenta dias que debian llevarlas puestas, sin que en este tiempo pudiesen dormir con sus maridos ni hacer excesos algunos, y que las visitaria en el ínterin para observar el efecto que causaba el régimen adoptado, con lo cual salí por entonces de mi primer apu-

ro, tomando en seguida algunos otros enfermos de poco ó ningun cuidado; de forma, que con algun remedio sencillo, la naturaleza misma fuese suficiente á remediar los males, sin comprometerme en ningun caso funesto por las restricciones y responsabilidad á que estaba espuesto.

En esta situacion nos hallábamnos cuando llegó el barco tan deseado, y ocultamente se le pudo hablar al capitan ó patron, llamado Ferrer, natural de Malta, quien nos manifestó ser el mismo que esperábamnos, entregándonos al mismo tiempo las cartas de Gibraltar, que nos dirigian los compatriotas que residian aun en aquella plaza: despues que se le enteró de los puntos que ocupaban nuestros compañeros de desgracia, manifestó que se les avisase para que permaneciesen allí hasta tanto que él los fuese recogiendo; que descargaria lo que traia de comercio para Rabata, despues subiria á otro puerto mas arriba para el mismo fin, y que al momento volveria para embarcarnos á todos y llevarnos hasta Gibraltar. Llenos de regocijo y alegría, mandamos á uno de nuestros compañeros á todos los puntos en que estaban los demas, y darles noticia de lo que pasaba; que estuviesen pre-

parados para cuando se presentase el barco, y ademas las señas correspondientes al efecto: todo estaba ya dispuesto, pero el patron ó capitan marchó con ánimo, segun nos habia manifestado, de volver muy pronto, y hasta ahora no hemos podido saber jamas el cómo ó por qué nos dejó engañados y comprometidos, pues no regresó jamas, y no pudimos saber de su paradero. En esta confusion y tristeza no hubo otro remedio que seguir con la medicina y pasar una vida miserable y desesperada; y para mas desconsuelo mio, saliendo un dia D. Juan Michelena y todos mis demas compañeros como á pasearse, tambien desaparecieron sin decirme nada, ni tampoco alcancé la suerte que les habia cabido.

Dudoso y sin resolverme á nada, no tuve otro arbitrio que esperar á que el tiempo me sacaria de dudas, ó que quizas se me abriera camino para que diese fin á todos mis apuros y ansiedades; mas en el ínterin redoblé los trabajos de la medicina, logrando por ellos adquirir una buena reputacion y aprecio entre todos los moros. Un dia me llamaron de parte de un moro llamado Mulei Taibi, hombre muy venerable y respetado de todos, por

ser santo, sábio, y sobre todo, pariente del Sultan, como se dirá mas adelante: este hombre, despues que nos saludamos en perfecto español, me manifestó lo siguiente: «Amigo, he corrido la mayor parte de Europa desde niño, he estudiado en Gibraltar y Cádiz, bajo de otro nombre el español, italiano, frances, ingles, matemáticas, y particularmente astronomía y náutica: he hecho una observacion y recopilacion de todo lo que me ha parecido mas regular, y despues me he vuelto desengañado al seno de mi familia: tengo los diarios y gacetas que puedo recoger, y desde aqui veo todo lo que pasa fuera: vivo muy tranquilo, aunque con sentimiento de verme postrado en cama hace once años, y por mas remedios que he tomado hasta con los médicos cristianos, nunca he podido mejorar mi suerte: si tú conoces me puedo aliviar algo, pondrémos en práctica cuanto sea necesario para que no me quede nada que probar.» Luego que acabó su relacion, me ví obligado á contestarle, que aunque hacia tiempo no habia ejercido la facultad de medicina, por haber seguido la carrera de las armas y otras ocupaciones, sin embargo de todo, podria hacerle al-

gun remedio, prometiéndome un resultado favorable; pero que seria mejor, esperar hasta tanto que hiciese mejor tiempo, y que entonces se podria poner en práctica. Conformándose con este parecer, mandó llamar á un negro para que sacase un vestido nuevo, que ya tenia preparado, manifestando que sabia me habian robado, que por lo mismo recibiese aquella corta espresion en prueba del aprecio que hacia de todo desgraciado, y en particular de los europeos, de quienes habia recibido sus principios: «desde este dia tienes en mi casa, siguió diciéndome, habitacion separada para tí, la comida y demas cosas necesarias, y ademas, un negro destinado á tu servicio, y sentiria en el alma recibir el desaire de que no aceptases este pequeño obsequio:» al oir un lenguaje tan ingénuo y franco, no pude menos de demostrarle mi gratitud y darle las mas espresivas gracias, admitiendo el ofrecimiento que me hacia, y aquella misma noche dormí ya en casa de mi bienhechor.

CAPITULO VI.

Al dia siguiente me mandaron llamar para comer , y al entrar en el cuarto , me sorprendí un poco , viendo tres mugeres sentadas en el suelo cerca de una mesa baja y muy pequeña para poner la comida que ya estaban aguardando : fue motivo de esta sorpresa , que escepto las negras esclavas, á ninguna otra mora se puede ver, por ser contra religion, y aun se castiga con rigor : Muley-Taibi que estaba en su cama y muy cerca de la mesa , notando mi detencion , me sacó de la sorpresa, manifestándome , que de mí no queria guardarse de seguir en sus costumbres europeas por la confianza que hacia ; pero que de los demas se ocultaba cuidadosamente, para evitar los disgustos que tendria, si supiesen los mahometanos su vida privada. Siguió esplicándome, que de las tres moras que habia presentes, dos eran sus mugeres , y la otra su hija,

y me encargó muy particularmente, las apreciase como á mis dos madres, y á una verdadera hermana. Despues de haber hecho los cumplimientos y demostraciones de reconocimiento, y dádoles las mas infinitas gracias por el singular favor que se me habia dispensado; trajo una negra la comida, y Lela-Tájara (así se llamaba la hija) que sabia hablar un poco en español, se levantó y vino á sentarse á mi lado, con tanta franqueza y sencillez, como si hubiéramos sido en realidad los hermanos mas queridos, encargándome no estuviese triste, y que comiera sin rubor ni cortedad alguna: estas demostraciones de aprecio me robaban toda mi gratitud y estimacion, de que tan digna era aquella amable familia; pero por mas que me esforzaba en patentizarlo y aparecer contento, no podia borrar de mi semblante la imágen de la tristeza; ¡tal es el corazon humano, cuando llega en él, á fijarse y apoderarse cualquiera idea! En la libertad, en mi patria, en mi esposa, parientes y amigos, era solo en lo que pensaba. En otra ocasion, sin duda alguna, me hubiera sacrificado todo á Lela-Tájara, por su hermosura y sencillez, su amable corazon, su edad tierna, su

traje seductor, y en fin, por el conjunto de sus gracias, que con su nobleza de alma interesaría al hombre mas austero é indiferente. Pero el amor no se engendra en los corazones tristes: cuando ya ha nacido, lo alimenta mucho en la desgracia una hermosura amable que comparte las penas, pero no era este mi caso. Lela era bella, mas mi posicion solo podia inspirarme, lo que el reconocimiento me impedia ejecutar.

Luego que se concluyó la comida, me convidó ella á que fuese á ver el jardin, y tomándome la mano, me fue enseñando y esplicando todo lo mas particular, escogiendo varias flores que me presentó, diciéndome: «Todas estas son de tu pais, yo misma las he plantado y cuidado, prefiriéndolas á las demas; sea esta corta espresion en prueba del afecto que te tendrá tu hermana en lo sucesivo; exigiéndote que tu tristeza y congoja desaparezca, pues de ello depende la mas ó menos alegria y satisfaccion que tendré en adelante.» Estas palabras y ofrecimientos, dichos entre árabe y español, de un modo tan sencillo y tierno, con tanta espresion y gracia, á pesar de mi suerte, no pudieron menos de conmover mi sen-

sible corazon , y la aseguré que quedaria complacida , y que mi gratitud sellaria para siempre la estimacion mas profunda; con lo que nos retiramos cada uno á nuestro cuarto, quedando antes comprometido á enseñarle con perfeccion el castellano.

Volví á visitar á las judías que dejé con las bizmas puestas, las que les mandé quitar , y dándoles algunos estimulantes, tanto á ellos como á ellas , fue su resultado despues de algun tiempo , que de las tres , quedó una embarazada, la cual ademas de cumplirme el trato que se estipuló, me hizo algunos regalos: asi seguia curando algunos otros enfermos ; pero de gratis, adquiriendo por ello una estimacion profunda entre todos , y con estos entretenimientos pasaba los dias , en los cuales Lela-Tájara me marcaba cada instante mucho mas su estimacion y cariño, no perdonando modo , palabra , medio, ni fatiga alguna , que no fuese dedicado todo á complacer á su hermano querido. ¡Hermano sí , pues yo no podia ser mas! Mi corazon no pertenecia entonces á la galantería, y por otra parte , jamas me ocupó mas el recuerdo de mi desgraciada esposa!

En este tiempo llega un barco de Gi-

braltar á comerciar, y no pudiendo yo descansar un solo momento hasta poder conseguir hablar al capitán ó patron, al fin lo proporcioné, y logré ajustarme con él en 400 reales, para que me embarcase y condujese á aquella plaza, indicándome que debia aguardarme hasta tanto que hiciese su comercio: alegre con esta novedad, y aunque no tenia una suma tan crecida para mí, en aquel pais, no omití medio alguno hasta que la reuní, esperando con impaciencia el dia deseado para mi marcha. Luego que hubo acabado el patron de hacer sus negocios, y llegado el dia de la partida, concertamos ambos que por la noche lo esperase como á una legua de aquel sitio, marcando y señalando la hora, y que al tiempo de echar lumbres con eslabon y piedra, por una y otra parte, aproximaria una lancha, y me embarcaria; pero que era preciso le diese el dinero antes, pues que lo habian engañado ya bastantes veces, y no queria ser chasqueado y burlado mas, y que me daria para ello todas las garantías necesarias. No reparé un solo momento en nada (tal era mi deseo), al instante le entregué los veinte duros, y dispuse salir al sitio marcado, á esperar con el

8:

mayor riesgo y peligro á mi conductor: en efecto, me aproximé á la playa, y arañando con las manos en la arena, me introduje en un pocito ; allí esperaba , mas llegó la hora , y aun pasé toda la noche en aquella posicion y sin cerrar los ojos, aguardando al patron , el que no pareció mas , y se marchó con el dinero, que tanto tiempo me habia costado para reunirlo con tantas y tan repetidas esposiciones. Triste y pensativo , volví al pueblo, admirado del chasco é infamia que me acababan de hacer por parte de los cristianos ; pues prescindiendo del dinero , sabia muy bien el patron , á qué peligro me espuso , no solo por las leyes mahometanas que rigen sobre la fuga de los renegados , sino porque en aquellos dias , los moros montaraces , tenian guerra contra los de Rabata , y se robaban y mataban unos con otros. ¿Y con cuánta mas razon lo hubieran hecho conmigo , luego que me hubiesen visto en la orilla del mar, y en disposicion de fugarme? ¡Hombres viles y bajos , que sacrificais á vuestros semejantes , á costa de un pequeño interes! ¿qué castigo seria bastante para almas tan empedernidas? Tal hombre merece el ódio y desprecio á que se hace

acreedor un villano, que engañó y robó á un patriota que tantas veces ha espuesto su vida en obsequio de la felicidad de todos.

Por último, me volví á casa de Muley-Taibi, manifestando que salí á buscar unas yerbas, y que á mi regreso encontré las puertas de la ciudad cerradas, y que por este motivo me habia quedado fuera. Toda esta buena familia no durmió aquella noche; me buscaron por todas partes, y no encontrándome, creyeron por cierto y seguro que me habian pillado los moros de la montaña. Lela-Tájara á quien se conocia en sus ojos llorosos la mala noche que habia pasado, luego que me vió entrar, me abrazó con mucha alegría y regocijo diciéndome: «La mala noche que nos has dado, sírvate en lo sucesivo para no volver á ponernos en la pena y congoja en que hemos estado! La conducta de aquella familia, con la del hombre que acababa de engañarme, formará siempre un contraste tan opuesto, que al paso que el lector admirará y apreciará la virtud de todos los de aquella casa, estoy cierto, que odiará y mirará con horror al bajo é inicuo patron. Dí las mas espresivas gracias á aquella noble familia,

reiteré de nuevo mi gratitud y eterna amistad; y me retiré á mi cuarto para descansar y tranquilizar mi espíritu, que seguramente estaba muy agitado.

Despues que descansé y reflexioné, que no habia otro remedio sino esperar que el tiempo y la suerte me proporcionase un dia mas favorable, me decidí á entablar en toda forma la facultad de medicina, y poner en cura á Muley-Taibi, que ya estaba esperando con ansiedad. Para ello dispuse un baño que tenia en su casa por el estilo árabe, en el que el enfermo tomase, en lugar del baño de vapor de agua comun, uno de vaho, ó vapor de varias yerbas aromáticas, y otro de muchos minerales, en la misma forma. En el primero debian curar todos los dolores internos, como perlesías, aires y reumatismos; y en el segundo todo humor que proviniese de la sangre, como sarna, tiña y herpes, y en caso de no probar bien, cambiar los baños, esto es, los del primero trasladarlos al segundo, y los del segundo al primero. Concluido y preparado todo, principié á ensayar y experimentar con otros enfermos los efectos que producian, para asegurarme mucho mas en la cura de Muley-Taibi; ¡pe-

ro qué admiracion! la mayor parte de ellos, sin hacer cambio alguno, quedaban buenos y sin resultado nocivo, sin mas método, que á los del primer baño los purgaba, y en él se les estaba frotando con cepillos suaves toda la parte enferma, mientras estaba recibiendo el agua y vapor aromático; por la noche en la cama les daba una untura con aceite de olivas, que se preparaba al fuego lento con mosca de cantárida como si estuviera en infusion; al siguiente dia por la madrugada, les daba una fumigacion ó sahumerio de las referidas yerbas aromáticas, y no debian beber mas agua que la que se le preparaba con salvia, llevando al lado de la perlesía en la boca una nuez moscada continuamente, sin abstenerse de ninguna clase de alimento, pues solo se les prohibia con todo rigor el uso de mugeres y todo exceso de esa clase. A los del segundo les mandaba despues del baño mineral, refrescos en abundancia, en seguida les daba una untura compuesta de jabon blando, piedra lipis, ácido de limon, sal y tártaro de vino, templándola si estaba muy fuerte con agua comun, pues es excesivo el dolor que causa al paciente por espacio de media hora: así cu-

raban con la mayor prontitud, siendo de notar que á los tiñosos le salia pelo con abundancia, si eran jóvenes. No pretendo haber hecho un descubrimiento para la ciencia, puede ser que haya adivinado algun método muy conocido, y puede ser tambien que entre mil vegetales inútiles, la suerte me proporcionase alguno de virtud específica; tal vez lo mismo me sucederia en el reino mineral. De todos modos, yo relato estos hechos, que no creo merezcan mi elogio, pero menos la sátira de los facultativos ó químicos.

Viendo los buenos efectos y maravillas que causaban mis fatigas y observaciones, me determiné á curar á Muley-Taibi. Este buen moro, era de edad de mas de sesenta años, que aunque estaba muy fresco y robusto, hacia once que estaba postrado en cama, con medio cuerpo, desde la cabeza á los pies, muerto ó insensible, y sin ningun movimiento: sus carnes estaban por ambos lados de igual robustez, sin mas diferencia, que las coyunturas eran demasiado sueltas en la parte enferma y de muy poco color. Le hice observar todo lo que se lleva manifestado en el baño aromático, sin mas añadir ni quitar, que darle descanso algunos dias,

porque tenia bastantes dolores en la parte enferma. A los primeros dias fue sintiendo como una especie de hormigueo ó lo mismo que se dice generalmente que se duerme el pie ó mano de alguno: despues sufría algunos dolores, y en seguida algun movimiento en la mano y pierna; se fue repitiendo alternativamente la operacion, hasta cuarenta dias, en los cuales, fue tan rápida y maravillosa la cura, que se paseaba solo, aunque con algun trabajo; y por último, salió á la calle bueno y sano de un todo. La alegria y satisfaccion que reinaba en aquella casa, y en la de los amigos de Muley-Taibi; dejó al lector que la juzgue, asi como tambien la que en mi pecho se encerraba.

En estos dias me mandaron llamar, para que fuese á una iglesia, donde habia una muger enferma porque se decia que los diablos ó tentaciones se habian apoderado de ella, y que con este motivo la habian llevado alli en su cama, para que el santo la curase: marché á verla, seguro que los diablos y santos de aquel pais, no se meterian conmigo, y que en caso de hacerlo, les echaria un par de conjuros, y me libraria indudablemente de sus garras; satisfecho de esto, llegué hasta

la cama de la enferma, que era una muger alta y muy gruesa, un color amarillo, de tal modo que hasta los ojos parecia que la habian pintado, causando espanto y horror el verla. La mandé incorporarse un poco, la registré muy bien, y viendo que tenia el vientre demasiado hinchado, hice mil preguntas y me convencí de que lo que tenia era una hidropesia de agua; pues por las observaciones que habia visto practicar en el hospital de Ceuta sobre esta enfermedad, asi como tambien de su operacion y cura, no me quedó ninguna duda de ello, mandando al marido que se viniese conmigo y hablariamos sobre este particular. Nos retiramos á mi casa, y delante de Muley-Taibi y otros muchos amigos suyos que alli habia, le hablé del modo siguiente: »Amigo, la enfermedad que tiene vuestra muger, no es otra, que la que Dios tiene á bien mandar á las criaturas, sin que se pueda creer jamas, ser ni diablos, duendes, brujas, ni fantasmas; es un mal que yo conozco muy bien, y que regularmente le costará la vida antes de un mes: admirado el marido y demas personas que habia presentes al escuchar lo que yo acababa de decir, me suplicaron le hiciese algun remedio,

sin tener cuidado alguno, aunque se muriese, pues que ya les constaba mi capacidad sobre la medicina, atribuyéndolo si moria, á la voluntad de Dios y no á otra cosa, dándome para mi resguardo cuantas garantías exigiese. Muley-Taibi, que habia escuchado todo, y á quien le habia explicado la enfermedad en español para que no se penetrasen los demas, me dijo; que me convenia desengañar á los moros de los errores en que están si yo tenia certeza de que podria patentizar, que efectivamente era agua lo que tenia la enferma, pues los moros, tanto á esta enfermedad como á otras muchas, que no han podido aun conocer, las atribuyen á hechizos, diablos y otros absurdos semejantes, y que ningún cuidado tuviese, supuesto que él estaba al frente de todo. En fin, despues que con mucho empeño lo pidieron, les ofrecí hacer cuanto estuviese de mi parte; pero que nada les aseguraba de la cura, pues era muy segura su muerte, á pesar de cuantos remedios se le aplicase: encargué que para el domingo proximo, estuviese dispuesto todo lo necesario, dándoles palabra de ir á hacer la operacion. Llegó el dia y hora señalada; y estaban esperando mas de

doscientas personas, que fueron por curiosidad al desengaño sin duda de lo que habia ya pronosticado. Puse la enferma en disposicion, y estando todo preparado, tomé el trócar que mandé hacer á un platero por el mismo orden que en España; pinché, segun el método que habia visto practicar, y tuve tal acierto, que inmediatamente, tirando del punzon y quedándose puesta la cánula de plata, salio un caño de agua, que duró mas de media hora, sacándole lo menos treinta cuartillos. Los aplausos de los concurrentes, y sobre todo la admiracion, la alegria y algazara de toda la familia, en obsequio y elogio mio fueron tan escesivos, que llegó hasta el extremo de gritar diciendo, que los diablos que tenia la enferma los habia convertido y reducido á agua, las medicinas del famoso Médico Mojamet; al ver hasta donde llegaba la supersticion é ignorancia de aquellas pobres gentes, me admiré, pues no solo no querian acercarse al barreño del agua, sino que la tocaban con los palos, insultándola con improperios y amenazas; escena que me hizo reir, y me precisó á derramarla, pues de no haberlo verificado, hubiera permanecido alli eternamente. Por último, le

mandé á la enferma , que no comiese mas que carne asada y otras cosas semejantes, absteniéndose de beber agua ni ningun líquido mas que únicamente lo preciso, y volvíme á mi casa, con cuatro duros que el marido me regaló: La enferma se alivió al pronto; pero se fue hinchando nuevamente , y no pude saber su resultado por haberme marchado antes que estuviera en disposicion de repetir la operacion, siendo lo regular que muriese, pues era enfermedad mortal.

A los pocos dias de la referida operacion , me mandaron llamar para visitar á una muger que hacia dos dias estaba de parto; y aqui de nuevo entró mi confusion, pues prescindiendo de que yo no sabia ningun remedio para semejantes casos, jamas en todo el curso de mi vida, habia visto tal espectáculo; por lo que me hallé mas embarazado aun, que la misma enferma; discurri salirme de la casa con pretesto de hacerla una medicina, y ver si en el ínterin salia del cuidado; mas el marido no quiso dejarme y se vino conmigo bajo pretesto de ser el portador de lo que yo la recetase ; llegué á mi casa, y sin saber qué hacerle, tomé el medio de preparar un vaso de agua con

limaduras de hierro, y luego que se puso un poco negra la colé y se lo entregué al marido, encargándole que se la tomase y que á poco rato bebiese un poco de vino de los moros, del mas fuerte, con unos vizcochos, y que lo repitiera de cuarto á cuarto de hora, haciendo todos los esfuerzos posibles cuando le apretasen los dolores; por último, que si nada resultase volviese para preparar otra medicina; y con tal charlatanería quedé fuera del compromiso, pues á las dos horas ya habia vuelto el marido á participarme la noticia que su muger acababa de parir, dándome despues de las gracias, un duro en recompensa de mis cuidados. Ahora bien, ¿sería la casualidad ó efecto del agua de hierro, y demas encargos que se practicaron segun lo habia ordenado, para que pariese la mora? El Lector ciertamente nada podrá asegurar: el facultativo calculará segun su instruccion, su filosofia é imparcialidad; pero debo confesar al propio tiempo que mucho menos podré explicarlo, y sí diré, que quedé yo como en muchas ocasiones por un hombre científico en la medicina sin entenderla ni aun en lo mas mínimo, así como suele suceder tambien acá en Europa con mu-

chos de nuestros curanderos ó vampiros.

Con todos estos progresos , solicité por medio de Muley-Taibi un titulo , ó licencia del Sultan , para poder curar en todas partes sin que nadie me pudiese incomodar ni pedirme restriccion alguna, lo que logré á poco tiempo y redoblé mucho mas con este motivo todos mis ensayos. Sangré á mas de seis mil personas sin que desgraciase alguna , rompí, corté, y curé sintasa ni medida obteniendo resultados tan favorables y maravillosos, que verdaderamente me persuadia , como en la comedia del Médico á palos, que yo era un facultativo sin saber que tal gracia tenia , hasta aquella época. Recibia algunos regalos , pues en cuanto á interes nada llevaba , y esta misma conducta me adquirió una reputacion y estima sin igual entre aquellas pobres gentes. Para convencer al Lector del atraso en que estan , bastará decirle , se persuaden que las mugeres estan embarazadas de cuatro , seis , diez ó mas años; pero que con motivo de estar hechizadas por las brujas que le han tenido mala voluntad , no pueden parir por haberse quedado dormido el feto en el vientre todo el tiempo que tiene á bien el hechicero ó

bruja : con estos y otros errores , yacen en una ignorancia y supersticion sin igual, la que no me impidió convencer á muchos y desengañarlos, aunque con mucho pulso, siendo preciso hacerles ver y patentizarles , como era justo , que sus enfermedades dimanaban de otra cosa, curando al propio tiempo estas y otras enfermedades, de modo que se quedaban satisfechos y desengañados de semejantes disparates.

Con todas estas satisfacciones y particularmente las que reinaban en casa de Muley-Taibi, no cesaban de proporcionarme cuanto creian apetecia yo , de fiestas, convites , danzas, juegos, músicas y demas diversiones ; pero veia con todo esto que se iba encadenando mucho mas mi suerte, impidiéndome lograr mi deseada libertad, pues no me dejaban un instante solo y disimulaba los sentimientos que abrigaba en mi corazon, contribuyendo á la satisfacion de aquella buena casa por cuantos medios me eran susceptibles. Añádase á esto, que Lela-Tájara me demostraba con sus esmeros y cuidados el afecto y cariño de que su corazon se hallaba poseido, de tal forma , que me veía á veces comprometido sin saber qué hacer ni qué responderla, porque á la verdad , yo

no podia de ningun modo recompensarla, aunque sin embargo era digna de todo esta amable y hermosa jóven; y por lo mismo evitaba yo sus encuentros cuanto podia: si tenia algunas horas desocupadas, me salia á pasear con su padre, bajo pretesto que le convenia mucho para que su salud se afirmase mas. Y en una de estas tardes, nos fuimos por la orilla del mar, donde como inteligente me fue esplicando lo perteneciente á la náutica y astronomía, recayendo despues la conversacion en la política europea, y particularmente en todas las guerras que reinan en el dia: fue tanto lo que disputamos, que acalorado se sentó, y me pidió atencion sobre lo que me iba á esplicar. Entiéndase que mi ánimo de insertar cuanto le escuché, no es otro que contar la historia tal como pasó, y dejar al lector que juzgue de todo lo mejor que le parezca.

CAPITULO VII.

Despues de haber descansado un poco de tiempo , tomó la voz Muley-Taibi en los términos siguientes : «Si alguna vez, amigo mio Majomet , te has detenido á reflexionar sobre el concierto constante del universo , único modo de calcular fácilmente las leyes de la naturaleza , y aun de aquellos fenómenos que estan al alcance de nuestro entendimiento ; habrás observado cuán fácilmente se ayuda ó se facilita aquel , con un fluido de atraccion, colocado por la naturaleza en todas las especies vivientes , sensibles , y aun en todos los reinos, sin escluir aquellos que á nosotros nos parece que no sienten: esta fuerza hace que todos los seres y todo lo creado , ó cuanto vemos , giren y se muevan entre sí , guardando simpatía, cariño, orden y perpetuidad , que les asegura el aumento, propagacion y aptitud , para llenar las miras de la Suprema inteligencia secreta , que preside á la naturaleza ente-

ra, ó que quizás forma parte de ella, aunque sea el director y agente supremo del todo. ¿ No es una desgracia que el hombre se haya separado del orden natural, y de su círculo verdadero? Ha creído que estraviándose así, é inventando dioses falsos y religiones desfiguradas de la moral, con soñar premios para la virtud, que lo lleva solo en sí misma, y castigos para el delito que jamás puede dejar de ser castigado; se agradaría mas á los ojos del supremo Hacedor, Dios único y verdadero; pero nos hemos engañado: con tal orgullo solo disgustamos á Dios; porque como debia suceder, hemos degenerado en disputadores eternos, y exaltado nuestras miserables pasiones: la vanidad ha reemplazado á la virtud, y en lugar de la fraternidad y recíproco cariño que debia reinar entre nosotros, solo nos animan la desunion, los odios y las venganzas que causan la calamidad del género humano. ¡ Hé aquí el efecto de haber querido averiguar lo que no es dado penetrar! Pues siendo el autor de la naturaleza incomprendible á nuestro débil entendimiento ¿ no es un absurdo ridículo y grosero, pretender ser superior á su voluntad? ¿ No es acreditarse de insensa-

9:

to , loco y presuntuoso? Aquellos teólogos falsos y los pretendidos filósofos, ¿qué bienes han proporcionado á la sociedad, queriendo esplicar lo que no entienden, y lo que no es posible comprender? ¿Han conseguido mas que dividir el género humano y deslumbrar los entendimientos? ¿Por qué en vez de fomentar disputas quiméricas , no se ha dedicado el cristiano á esplicar el evangelio, á recomendar su observancia , y de este modo consolidar la union y la armonía que vemos en la naturaleza, solo porque Dios quiere? Y ya que nos hemos dividido en tantas religiones, ¿por qué cada uno no obra en ella del mismo modo , sacando de sus preceptos y leyes , cuanto encierran para el mismo fin que recomienda el cristiano? ¿Por qué los hombres no se han ceñido despues de esto , á recomendar el estudio de ese orden armónico de la naturaleza, que nos ha enseñado antes que los libros? ¿Por qué ya que tenemos la desgracia de vivir sin religion , en medio de tantas religiones, no han dicho esos filósofos y teólogos , que negros y blancos, moros y cristianos, europeos y africanos, son iguales los unos y los otros , aunque engañados unos y acertados los demas? ¿Por qué no

han proclamado que á los individuos de la especie humana, no los debe separar de un centro ó círculo, único y natural, ni las diferentes religiones, ni los colores diversos, ni los mares, rios y montañas? No creas, querido Mojamet, sea mi idea criticar ninguna religion existente, y menos la católica que tú seguiste, y aun sospecho guardas en tu corazon: yo me quejo de la multitud de religiones, y quisiera que todos pudiéramos vivir bajo aquella que estuviese mas en armonía con la verdadera virtud, y mas lejana de la supersticion y del fanatismo. El hombre cuya presencia, palabra y trabajo ennoblece á la tierra, y á quien respetan los demas vivientes, ¿no es un dolor guarde menos que los séres inferiores á él, el amor debido á sus semejantes, que se prive de la misma felicidad que anhela, y aunque se haga indigno de poseerla? Nada ha contribuido mas á propagar y perpetuar esos odios y rencores, como el influjo y preponderancia de los malos ó falsos sacerdotes de muchas religiones. El imperio de ellos, es tanto mas antiguo quanto que se funda en la época mas remota en que los hombres no sabian esplicar las causas naturales, ni poner límites á sus investigaciones;

pero queriendo ciegamente dar salida á sus temores y esperanzas, se echaron en brazos del charlatanismo. Escucharon á muchos de sus semejantes que pretendian esplicarlo todo, y que prometian lo que no poseían, dándose por intérpretes privilegiados de una voluntad superior, directora de nuestros destinos, dispensadora de premios y castigos. Pero los falsos sacerdotes de varias religiones, desentendiéndose de toda consideracion humana, seduciendo al pueblo crédulo é inocente, han inventado por casi todo el mundo dogmas y disciplinas á su capricho é interés, ridículas en nuestro siglo, pues con pocas escepciones, solo son mentiras, seducciones, usuras, latrocinios y bajezas. Asi han apartado al hombre de su dicha, y aprovechándose de la ignorancia, han hecho á la especie humana vil juguete de pasiones impías y miserables.

Aun las instituciones mas útiles á la sociedad, las vemos viciadas y llenas de ponzoña, por tan maligno influjo, que desvirtua á los gobiernos. La facilidad con que los malos sacerdotes se apoderaron desde los primeros tiempos del ánimo de muchos gefes de los estados, les hicieron á aquellos poseedores del inmenso botin

con que empobrecen á los pueblos; pues no atendieron mas, que á gozar del comun de bienes que la pródiga y justa naturaleza nos dió bien repartidos, atendiendo al cariño, armonía y fraternidad que tiene por sistema en todo cuanto vemos. Sin embargo de esto, no podemos negar al cristianismo que valiéndose de la moral sublime, logró civilizar á los salvages, y darles leyes benéficas: ¡ojalá que la supersticion y el interés no hubieran despues hecho degenerar los principios, y el fin loable que se propusieron muchos santos y sábios varones! Contra el parecer de ellos y ofendiendo á Dios, principio de toda razon y virtud, nos vemos hoy metidos en un caos de que es difícil salir. Envueltos en la supersticion é ignorancia, por ideas que aun ni merecen la mayor parte nombre de opiniones, y que por lo mismo son imposibles de esplicar, han tenido que sucumbir los pueblos, bajo la astucia de cuantos tomando en boca la razon, solo han predicado errores y mentiras groseras é insipidas. Prohibiendo de este modo al hombre el uso de la razon y del exámen, le quitaron la única guia que tenia para conducirse, y se ve avezado á adorar ciegamente los ídolos del paganis-

mo, vestidos bajo diferentes aspectos, que rara vez les hacen recordar al Dios de paz, de virtud y de dulzura.

Por otra parte, muchos de aquellos caudillos que en un principio nombraron los pueblos para que los gobernasen y dirigiesen hácia el progreso de todo bien, han olvidado todas estas obligaciones, y las han confundido con los derechos que no hay duda tienen desde el instante que se les concedió la púrpura; mas con tal confusión de deberes y privilegios, que inventaron ya en otros tiempos; dispusieron y disponen arbitrariamente de la vida y hacienda de los súbditos. Mira, amigo Mojamet, cómo vivimos en Africa, y mira cómo se vive también en muchos países de la civilizada Europa. Hiciste bien en sacrificarte por la libertad racional de tu patria, y no creas estéril este sacrificio tuyo acompañado como está del de tantos vivientes: tú verás un día dichosa á España; el sólio de tus reyes afirmado por la verdadera filosofía, y sostenido por el cariño de los pueblos; porque este es el sosten mas fuerte de los reyes: ¡no sé cómo el hombre mas rudo y ciego no fija una vez su inquieta imaginacion en los objetos del porvenir...!

Mira este suelo africano á quien prodiga naturaleza ha favorecido con un hermoso clima, con caudalosos rios, con campiñas feraces, cuyo cultivo pudiera abastecer á toda Europa de cuanto es capaz de desear y disfrutar el hombre: mírale convertido en áridos desiertos y en montes intransitables: los hombres andan errantes vagando de una parte á otra, llenos de miseria, ociosos, tetricos, solitarios, pasando esta vida cabizbajos con el rosario en la mano, y marchándose á la otra llenos de vicios y con una supersticion que les hace creer que tal estado miserable es el único para gozar la gloria: mira á estos hombres persuadidos de que el odio y la guerra contra las demas religiones, forma todo el mérito para que el profeta Mahoma les recompense con el paraiso celeste. Las costumbres jamás han cambiado en este pais; pues desde remotos siglos está armado el brazo del sacerdote y de los monarcas absolutos con el palo y con el alfange contra todo aquel que piense infringir en lo mas mínimo los preceptos: nunca salen de la ignorancia, y con ella es imposible destruir la tiranía, ni romper las cadenas que nos oprimen.

En España, desde que nosotros deja-

mos de dominarla , las luces se han esparcido bastante , al paso que nosotros las hemos apagado , y nos vemos casi en el estado de la primitiva barbárie. En España, pues , se han conocido ya los derechos sociales ; pero llorarán mucho tiempo el mal que causaron algunos reyes absolutos, quienes apoderándose de la riquezas y propiedades , las repartieron á su antojo para hacer mercedes con lo que nosotros poseiamos por derecho de conquista. Es cierto, merecieron entonces recompensa de la patria, los ilustres príncipes, duques, condes , marqueses y varones que la rescataron y nos espulsaron á nosotros. Las riquezas y honores , fueron bien merecidos bajo este punto de vista; pero ¿cuántos las adquirieron en tiempo del feudalismo , solo por premios dados en guerras civiles , ó por haberse alzado contra sus mismos reyes y señores? En las reparticiones de nuestras riquezas y propiedades, los reyes absolutos se olvidaron del pueblo cuando se trató de los premios : ¡Se olvidaron que los brazos de todas las clases, se armaron y dieron gloria y brillo al cristianismo, á sus caudillos y á la restauracion! Mira los exorbitantes conventos cuántas riquezas han adquirido por dona-

ciones excesivas , y que solo han servido para embrutecer y esclavizar la gran masa del pueblo. De este modo se ha establecido un sistema social, cuyo grito es , vivan unos pocos, y triunfen , á espensas de la gran mayoría ; para lo que ha sido preciso sumirla en la ignorancia , en la miseria, é impedirle la competencia , contra los que la oprimen y esplotan.

Dos clases principales dividen la sociedad y la destruyen. La primera fundada por el absolutismo y el feudalismo , se compone de individuos aforados y privilegiados que se separan de la comunidad, y tratan de gobernarla y aun de oprimirla. La segunda tambien aforada de monjes ; y esta clase perjudica mas á la sociedad , porque de hecho y de derecho se aisla enteramente de la gran masa. Estos poseen una gran parte y la mas florida de la riqueza territorial , de modo que no solo dominan al pueblo, sino desde la primera clase privilegiada, hasta la magestad del trono. En las monarquías absolutas, y con especialidad en Rusia , hay otra clase mas indispensable y honrosa ; pero que se aparta de su instituto , porque asi lo exige el absolutismo : háblote de la milicia. Esta clase , que no fue sola su obligacion de-

fender los derechos del trono, sino con ellos los de la nacion, de quien son hijos, han venido á ser ciegos instrumentos para oprimir á sus conciudadanos: yo no pretendo quitarles sus laureles, ni desconvenir en la utilidad de los ejércitos; pero deseo conozca un dia por medio de gobiernos representativos el verdadero modo de servir al soberano. Entonces dejará el pueblo de estar sumido y sepultado en la esclavitud; mas para ello, es preciso que este se persuada de lo que es y lo que vale; que se penetre de sus derechos, y tambien de sus obligaciones. Entonces conocerá el disparate de repartir con un fraile el fruto del trabajo que adquiere con el sudor de su frente. Y no creas confunda yo un encaustrado con un digno párroco de tu pais.

Los gobiernos absolutos, ademas de sacrificar á la nacion en guerras de puro capricho ú orgullo, que nada interesan al bien comun, la sacrifican con contribuciones exhorbitantes; y al paso que el despotismo ensancha su poder, reduce al pueblo á mayor estado de miseria y de esclavitud.

Los conventos y malos sacerdotes, con sus ardides y pretensiones que proclaman

sagradas , sacan el fruto que se proponen, y disputan el botin al trono y á la nacion á un mismo tiempo. Despues de las innumerables riquezas que poseen , aumentan el número de arzobispos, obispos y demas dignidades, solo para multiplicar sus rentas y regalías. ¡Mira tu patria! que no contenta todavía esta clase , levantan y exige diezmos , primicias, voto de Santiago, bulas , cobran dinero por administrar todos los sacramentos , por predicar , por sacar ánimas del purgatorio , por dar dispensas de matrimonios entre parientes , y por último , ves marchar los frailes de puerta en puerta con las alforjas al hombro , para arrancar al infeliz menestral y al padre de familias el pedazo de pan con que sustentára á sus infelices hijos: y aun se atrevieron con escándalo de todo el mundo civilizado á levantar el tribunal llamado de la santa inquisicion , donde sacrificaban á todo el que conocia y rebatia sus maldades ; á todo el que tenia luces y capacidad para rechazarles , aunque no lo hubieran intentado ; y sin que los reyes ni humano poder alguno fuese bastante á libertar las víctimas que cayeron bajo tan infernal prision. La naturaleza se considera justamente insultada, al acordarse de

aquellos jueces feroces , que sacrificaron hasta lo mas precioso del universo , por apagar las luces , extinguir el saber , amortiguar el entendimiento ; y últimamente , por embrutecer al pueblo para dominarlo en obsequio de viles intereses.

Si los que hoy dia se obstinan en una ciega y supersticiosa idolatría hácia aquellos ministros que quieren devorar á las naciones , no llegan á despertar de su letargo ; si no sacuden el necio respeto que profesan , no á la religion divina , pero sí á instituciones que la zapan y destruyen , se verán indudablemente reducidos al bárbaro y desgraciado estado en que yacemos los musulmanes : y perdiendo hasta la sensibilidad , para llorar sus males cual salvajes é irracionales , se hallarán arrastrados por el embrutecimiento , hasta que cayendo bajo los golpes de otros pueblos mas ilustrados y poderosos , pierdan la independencia de su patria , y hasta el nombre de nacion : se verán conquistados los conquistadores , si se empeñasen todavía en mantener sus errores insultando al Dios de paz y de misericordia.

¡ Cuánto mas valdria que los individuos de una nacion , y las naciones entre sí , en vez de enconarse unas contra otras , se

estrechasen por los vínculos de simpatía que la naturaleza observa en todo su sistema! Entonces no se verificarían las divisiones que se han creado de colores, ni distancias: entonces, se uniformarían las costumbres, y la religion mas santa y mas moral haría mejores á los habitantes de toda la tierra: y entonces, en lugar de devorarse, se prestarían mútua ayuda. Si desde ahora todos trabajásemos á estos fines, veríamos pronto nuestra dicha, pues como la felicidad no tiene límites conocidos, se trasmítiria de unos á otros, ensanchándose por medio de las relaciones y fraternidad general de la especie humana. Hasta que se entiendan entre sí todos los miembros de la gran sociedad, no comprenderán sus verdaderos intereses, ni se alcanzará la perfeccion de los gobiernos, ni el hombre dejará hasta entonces de verse afligido por la actual amplificacion de intereses particulares y mezquinos. ¡Solo entonces habrá gobiernos, de tal modo fuertes, que protejan al ciudadano inocente, al laborioso, al honrado y virtuoso, sujetando á la vez al díscolo y al revolucionario para impedir el vicio, y para castigar al criminal. ¡Pero yo veo una utopía! ¡Mi deseo me engaña! Nuestra ge-

neracion no será capaz de tal esfuerzo de virtud, aunque es verdad que con pasos agigantados se va despejando la atmósfera; pero hay mucho que hacer para limpiar de escombros esta tierra, que la obstruyen y ciegan, y no nos queda mas que arrostrarlo todo en el ínterin exista la veloz carrera de nuestros dias, por si podemos ver cumplidos nuestros deseos; y cuando no, tendremos el consuelo de dejar principiada esta grande obra á las generaciones futuras.»

Tal fue el discurso de Muley-Taibi, que me dejó sorprendido y admirado, no solo por el sentido de lo que dijo, sino por la energía y entusiasmo con que se espresó en uno de los parajes menos civilizados de Africa. Yo en aquel momento no aprobaba tal vez todo cuanto pensaba aquel moro; pero me deleité sin embargo, al oírle hacer los mismos votos que yo hacia constantemente por la libertad política y por la felicidad de mi patria. Asi fue que nos retiramos muy contentos y gozosos hasta casa, donde ya nos esperaba la comida.

CAPITULO VIII.

Sin embargo de cuantos finos obsequios me prodigaba la familia de Muley-Taibi, y á pesar de que por mi parte hacía todo lo que estaba á mis alcances para complacerla, notaban la tristeza que reinaba constantemente en mi corazón; pues á la verdad, al ver la imposibilidad que había de lograr mi deseada libertad, esta idea siempre estaba atormentándome. Mi exaltación y mi espíritu fogoso, hacía en mi naturaleza el mayor estrago; pues las pasiones violentas, luchando con mas vigor y energía, destruyen á la persona que las padece. Por esta razón, no fue extraño cayese como me sucedió, en una suma melancolía; nada me lisonjeaba, todo me era indiferente y aun fastidioso, por mas esmeros y cuidados que se tomaba toda aquella buena familia, á fin de disipar el mal humor que se iba apoderando y reconcentrándose en mi pecho.

Muley-Taibi que nada se le oscurecia, una tarde ínterin seguíamos nuestro acostumbrado paseo, aprovechándose de la conversacion que llevábamos, me habló del modo siguiente: «Mi querido Mojamet, los hombres deben ser superiores á todo y no abandonarse á sus pasiones: cuanto mas grandes sean los padecimientos, mayores deben ser los sacrificios para vencerlos; y por lo mismo asi como en la próspera fortuna no debe ninguno deslumbrarse, asi tampoco ha de abatirse en los reveses de la adversa suerte. Bajo estos principios, quisiera saber de tí qué tienes, qué te falta, y por qué es esa tristeza que hace tiempo he observado: ¿no sabes tú que cuanto yo tengo y valgo, está siempre á tu disposicion? Deja correr al tiempo que es el que nos enseña cual ningun otro lo que se debe practicar: yo conozco tu corazon y penetro lo que puede padecer; pero, mi querido Mojamet, todo el mundo es patria, y en todas partes se puede encontrar la felicidad: en este supuesto, quisiera proponerte una ventaja para tí y para toda nuestra casa; mas quisiera saber antes qué es lo que sufres, sin cuyo requisito no quiero adelantar nada de lo que pienso manifes-

tarte con la mayor franqueza é ingenuidad.) Para satisfacerle y ver el resultado de su conversacion , le manifesté que mi tristeza solo dependia de unos dolores de cabeza que se habian apoderado de mí; pero que ya tomaba algunos remedios para aliviarme : que nada me faltaba ni apetecia , y mucho menos teniendo el placer y satisfaccion de estar en su amable compañía. «Pues bien; siguió diciéndome, mis mugeres y yo, le hemos manifestado á Lela-Tájara que siendo ella gustosa , la casariamos contigo , viviriamos juntos, y gozariamos de la satisfaccion y felicidad que todos deseamos: su contestacion ha sido , que léjos de oponerse á nuestra voluntad , tendria mucho gusto en verificarlo porque te estimaba demasiado. Bajo esta inteligencia , solo esperamos tu respuesta para quedar satisfechos en un todo. Conozco tu carácter y circunstancias y por lo mismo aseguro no quedaremos desairados : para que pueda verificarse vuestro matrimonio , será preciso que te hagas jáche (ó noble) lo que pronto lograré , siéndome preciso para ello tener que marchar á practicar cuanto es necesario , y hecho , nada faltará , pues queda todo lo demas á mi cuidado. En verdad,

10:

sorprendido al escuchar la pretension de Muley-Taibi , de la cual estaba yo tan remoto , no sabia qué respuesta darle : yo le hubiera franqueado mi pensamiento, manifestándole las ideas que reinaban en mi agitado corazon ; pero como lo vi tan decidido y entusiasmado con semejante boda, me pareció prudente callar y disimular por entonces , concretándome á manifestarle , que jamás podria dudar de mi gratitud y eterno reconocimiento, por cuya razon estaba muy obligado, y mucho mas gustoso en completar cuantos deseos apetecia ; pero que supuesto tenia que marchar fuera para poder verificar nuestro enlace , no debía esponerse en la guerra que habia , á que le sucediese algun funesto resultado , ó tambien porque su enfermedad estaba aun muy recientemente curada y podia recaer y agravarse mucho mas que lo habia estado antes : que por lo mismo debia dilatarlo, hasta tanto que lo pudiese verificar sin esposicion alguna , mucho mas cuando era lo mismo que se verificase un mes antes que despues: que por lo mismo quedaba en el encargo de avisarle la época mas oportuna. Esto bastó para llenar de alegría á toda aquella buena familia,

esperando yo que el tiempo quizás abriría camino para poder salir de una vez de todos mis compromisos.

Pocos dias se habian pasado, y notando Lela-Tájara que yo nada le decia ni menos le manifestaba lo que ya sabia por su padre, me convidó á pasear en el jardin con la demas familia, sin duda con la idea de manifestarme los sentimientos que abrigaba en su corazon. En efecto, en la mejor ocasion que tuvo, me habló en un lenguaje muy tierno lo que sigue: «¡Ah, mi querido Mojamet! Si posible fuera pintarte la alegría que reina en mi corazon palpitante, desde el momento que supe la respuesta que diste á mi padre, verías en el marcadas las señales mas vivas de gratitud y satisfaccion; pero al propio tiempo notarias tambien que un funesto presentimiento está luchando en mi viva imaginacion, sin saber á qué átribuirlo: yo que esperaba me manifestases tu corazon con la ingenuidad y franqueza que te es propia, nada me has dicho ni menos has querido lisonjearme; pues en igual de presentarte á mi vista como un amante tierno y espresivo, lo verificas siempre tímido, frio, insípido é indifere-
rente. ¿Dime, aman asi en tu España?

¿Recompensan las finezas con ingrati-
 des? ¿Este es el pago que das á mi pa-
 sion? ¡Ah, no lo creo á pesar que veo
 tu desden! Yo sé por mi padre que el
 amor europeo, el cariño, la dulzura y
 ternura estremada de los españoles, es-
 tan en el grado mas eminente de una ve-
 hemencia ilimitada.... Y ¿ha de estar fue-
 ra de esta regla mi querido Mojamet? ¿No
 será galante? ¿El orgullo musulman ha
 reemplazado las finuras de tu patria? ¿No
 las merezco yo porque soy africana? ¡Ah,
 no es posible creerlo! eres demasiado
 sensible, y no dudo de que mis deseos
 quedarán cumplidos; por lo mismo sé
 franco é ingénuo, háblame con claridad,
 y tranquiliza de una vez mi agitado cora-
 zon.» Conmovido en extremo, le contesté:
 «Querida Lela, si pudiese patentizar-
 te mi corazon, nada tendria que decir y
 quedarias satisfecha: en él verias mi ca-
 riño y respeto, y conocerias no es des-
 agradecido Mojamet, y que sabe amar: mas
 ya que no me es dado, ni tampoco hallo
 espresiones que puedan demostrarte mi
 cariño, el tiempo, fiel intérprete de los
 sentimientos, te probará que tus bellezas
 y virtudes no han sido indiferentes al al-
 ma de tu hermano, y que por el contra-

rio , están indeleblemente grabadas en mi corazón : africana eres , sí , mas mis ojos despreocupados , solo ven tus gracias , y en mis oídos solo suena la voz de tu amor : bien conoces á los europeos , su sensibilidad es exaltada , y su agradecimiento no tiene límites : en mí mismo , sí , en mí conocerás esta verdad el día que se quite el velo á mis operaciones ; respeta hasta entonces mi silencio , que yo te juro por el alto ser que nos oye , que no te quedará duda de que no ha habido ni habrá otra belleza que haya sido mas amada y respetada que tú , de tu apasionado Mojamet.» Contenta y satisfecha la infeliz y amable jóven con esta sola respuesta , nos juramos de nuevo una eterna amistad , y nos retiramos todos á comer : luego me marché á mi cuarto , en el que me puse á pensar muy detenidamente , sobre lo que me acababa de pasar en el jardín , y entre muchas dudas que luchaban en mi imaginacion , me hacía las reflexiones siguientes : «Si yo rompo todas las leyes del honor y me dedico á Lela-Tájara dejándola despues abandonada , ¿no sería un delito imperdonable? ¿No manchaba con un borron infame , el nombre de español , y por el cual tantos elogios y fá-

vores habia recibido en esta misma casa? ¿No se lamentaria de mí, y me llamaria el mas cruel, vil y bajo de todos los hombres? ¡Ah! esto no es fácil poderlo ejecutar con una deidad, que solo su delito es quererme con demasiado extremo. Sí, tus virtudes, tu inocencia, tu estremada hermosura, todo, todo está en tu favor, y yo decidido á comprometerme; mas.... ¡qué pronuncio! ¿Cómo conservarla en un pais, donde todas las costumbres son tan opuestas, tan repugnantes y odiosas? Y sobre todo, ¿no abandonaba mi libertad, la de mi patria, mi querida esposa, y todo lo mas precioso que me liga, y por lo que tanto llevo padecido...? ¡Ah, esto no es posible...! Perdona, Lela-Tájara: tú conocerás despues el compromiso de aquel que le llamabas tu hermano querido, y al que habias preferido para tu esposo, y cuán grandes motivos le obligaban á no mirarte, mas que con respeto y estimacion; y podrás estar siempre firmemente persuadida que llevaré estampada en mi corazon la gratitud mas profunda; ¡pero tú mereces mas que gratitud! ¡Oh patria, esposa, parientes y amigos...! A vuestro nombre, todo lo antepongo, y á vosotros solo me consagro.

Luego que me resolví á no atender más que al modo de desenlazar todas mis aventuras y compromisos, sin que me espusiese ni menos me aventurase á mayores peligros con Lela-Tájara, tomé el partido de visitar muchos mas enfermos, con cuya ocupacion evitaba los encuentros de ella, pues ya no perdonaba ningun modo, medio ni fatiga alguna, que no fuese dedicado á complacerme por cuanto creía oportuno. Sin embargo, nada adelantaba en mi tranquilidad, pues Lela-Tájara por una parte, y por otra su padre, que no cesaba de importunarme para que le manifestase el dia que estaba en disposicion de poder efectuar su marcha á hacer cuantas diligencias eran necesarias practicar en nuestro matrimonio, me pusieron en tal disposicion, que me resolví á franquearme de una vez con ellos, ó marcharme á otro punto que me proporcionase mi deseada fuga, para salir al menos del compromiso y apuro que me amenazaba.

La casualidad me proporcionó que nada necesitase, porque en aquellos dias saliéndome á pasear con algunos moros amigos mios, me encontré un renegado, el cual me entregó una esquila diciéndo-

me al mismo tiempo, que en aquel sitio aguardaría mi respuesta. Como todo esto fue con disimulo por evitar alguna sospecha de los que me acompañaban, nada pude preguntar, ni menos me atreví á leer el contenido de la referida esquila, por lo que impaciente me separé de la compañía, y retirándome á mi cuarto leí lo que sigue: «Querido Leon, es preciso é indispensable que sigas al dador de esta, para comunicarte un asunto reservado; tu amigo José Ortega.» Como este era uno de los amigos y compañeros que marcharon á los otros puntos para darnos aviso si alguna cosa hubiese en cuanto á nuestra fuga, no tardé en decidirme á ejecutar lo que mi amigo me encargaba.

Con el gusto y placer que recibiría esta noticia, lo dejo á la penetracion del lector, pues ya parecia en todos conceptos que la suerte se mostraba mas propicia, y no dudé un solo momento en marchar con mi amigo, porque daba por cierto que seria para reunirnos con nuestros compatriotas de Gibraltar. Sin embargo de todo, no sabia como verificar mi fuga de una casa que tantos favores habia recibido, sin que pudiese disgus-

tar ni ofender á toda aquella buena familia ; y que en el caso que me viese obligado á regresar á ella , no quedase la puerta cerrada , sino que me recibiesen con el mismo gusto y placer , como hasta entonces habia sucedido. Así , pues , me resolví antes de salir , dejar en mi cuarto dos cartas escritas , en los términos siguientes:

«Mi padre y bienhechor Muley-Taibi: nada os puedo decir de mi resolución , porque no sé á donde marchó , ni con qué fines ; solo sí , os aseguro , que uno de mis compañeros me llama á toda priesa , sin decirme mas , que siga al guía que para esto solo me lo manda. Señor , cuando vuelva , os lo manifestaré todo ; mas si el acaso permite que no nos veamos mas , estad firme y seguro , que jamás olvidaré los favores que habeis dispensado á vuestro hijo Mojamet.»

La otra para Lela-Tájara : « Querida de mi corazón : como la suerte de los hombres , no depende de ellos mismos , yo no puedo asegurar nada de lo futuro ; pero sí , el que aun marchando , te llevo siempre conmigo : á mi vuelta podré decirte mas , y si mi suerte fuese tal que no pudiese volver á mirarte , puedes estar

ségura y cierta que ha sabido distinguir y venerar tu corazón el más sensible y puro Mojamet.»

Concluí mis cartas, las cerré, salí á incorporarme con el guía, y despues de haber pasado el río que baña los márgenes de Rabata, nos pusimos en marcha. Toda aquella noche caminábamos en silencio, haciéndome mil reflexiones, porque el guía nada me satisfacía á mis preguntas, y lo único que pude saber fue, que nos dirigiamos á las orillas de Tánger, y adonde mi compañero me esplicaria todo el misterio: Además, mi imaginacion iba muy confusa, y mi corazón muy atormentado. Conocía que mi fuga habia puesto en conflicto á una familia honrada y por mil títulos respetable para mí. No me quedaba duda de la desesperacion en que debía estar la sensible y desgraciada Lela-Tájara: en fin, á ocasiones me consideraba yo como un monstruo de crueldad y de ingratitude. En medio de tales delirios no me abandonaba la reflexion y me consolé algo con decirme á mí mismo: á pesar de la despreocupacion de Muley-Taibi; él no era dueño de arrostrar contra las costumbres africanas: jamas hubiera consentido mi vuel-

ta á España, ni que su hija viniera á cambiar de religion y de costumbre. Es verdad que me protegió mucho ; pero yo tambien lo saqué del estado mortal en que se hallaba ; ¡mas su hermosa hija...! ¡Ah! esta idea me atormentaba mucho ; pero yo no la habia seducido : jamás la sollicité : concibió por mí una pasion desgraciada que nunca quise alimentar, pero casi la consentí en nuestro enlace! ¿Era esto una perfidia...? No: solo fue una necesidad imperiosa. Tales fueron poco mas ó menos mis reflexiones, que en parte me tranquilizaron; pero yo no hallaba consuelo completo al recordar tantos favores como debí á aquella familia, y no debo ocultar que por Lela-Tájara yo sentia algo mas que gratitud.... Como todos los demas amigos se repartieron en otros puertos de la costa del mar Océano hasta Tánger, juzgué que debiamos marchar por todos ellos, y ver si los hallaba para que me esplicasen y sacasen de las dudas que yo llevaba, pues el camino rodeaba muy poco. Llegamos al romper el dia al pueblo de Megedía, ó la Mamor, y no encontrando á ninguno de ellos, despues de descansar un rato y pasar otro rio que hay en sus orillas, continuamos nuestra

marcha, y entramos al dia siguiente en la ciudad de Arache, adonde no encontrando tampoco á ninguno de los referidos compañeros, fue preciso descansar dos dias para subsanar la estremada fatiga que nos habian causado los anteriores; y despues de haberlo logrado volvimos á pasar otro rio que hay en sus orillas, y seguimos nuestra marcha hasta llegar á la villa de las islas ó Arcila, en la que averiguando no hallarse aqui ninguno de los amigos, sin detenernos continuamos nuestra marcha hasta el dia siguiente que avistamos á Tánger, y en una de sus huertas perteneciente al cónsul de Dinamarca, tuve el gusto y satisfaccion de encontrar y abrazar al compañero don José Ortega, que ya me aguardaba con impaciencia. Esta es la única vez que nada nos sucedió en el camino, á pesar de la guerra continuada que habia.

Despues que cenamos mi amigo y yo, y nos retiramos á descansar, me manifestó que todos los demas compañeros se habian ya salido, y que se hallaban unidos en Gibraltar con el ilustre don José María Torrijos y demas compatriotas; que el motivo (segun escribian) de no haberse podido verificar nuestra fuga, fue por la

distancia y puntos , que en aquellos dias nos encontrábamos los dos; pero que sin embargo de todo, hiciésemos por reunirnos en Tánger , y se les avisase inmediatamente para sacarnos de nuestro cautiverio , y tener el gusto de vernos todos en dicho punto de Gibraltar; que por esta razon me habia mandado llamar de Rabata , y que se debia dar inmediatamente el aviso competente , para que dispusiesen y arreglasen las cosas del modo mas conveniente. En efecto , escribimos , y á vuelta de correo , por un marinero de toda confianza , y del mismo que se habian valido los demas compañeros ; tuvimos la contestacion mas satisfactoria , pues nos decian que estuviésemos quietos y tranquilos hasta la primera ocasion que se encontrase barco para marchar á sacarnos del cautiverio.

¡Júzguese la alegría y regocijo que tendríamos creyéndonos próximos á ser libres y á disfrutar de otra mejor suerte, y mucho mas cuando ibamos á reunirnos con nuestros queridos compatriotas! Con tan halagüeña esperanza avisamos nuestra llegada á Tánger á varios europeos que residian alli , los que inmediatamente vinieron con sigilo á visitarnos y ofrecer-

nos sus servicios; pues estos buenos amigos y compatriotas, como ya sabian y habian visto todas nuestras vicisitudes, siempre estaban en todo en nuestro obsequio, y de ellos nos valiamos para practicar cuanto era necesario en nuestro favor, y aun se interesaron de tal manera, que formaron empeño en proporcionarnos por cuantos medios fuese susceptible nuestra libertad. No nos dejaban ni abandonaban un solo instante y nos proporcionaban comida y cuanto era necesario en aquel encierro. Por mi parte, yo no queria salir ni ser visto de los moros por respeto y consideracion que le tenia al bajá, á quien le debí por dos veces la vida, y que en caso de descubrirse mi llegada á Tánger, se patentizaba la mentira y chasco que este señor habia dado á los demas moros, cuando les ofreció en público que nos mandaria á que el sultan ejecutase alli el castigo, como he relatado ya anteriormente. Tambien me oculté para que si al tiempo de fugarme de nuevo volvian á sorprenderme, no pudiese ser conocido en el acto con facilidad, pues ya estaba desfigurado enteramente con los trabajos pasados.

En esta situacion ocupaba los dias, es-

perando con la mayor impaciencia noticias de Gibraltar; pero la primera diligencia que hicimos en la referida huerta, fue ir á visitar bajo de una higuera grande que hay haciendo parte del cercado de zarzas, en el lado del mediodia, á la izquierda de la noria, el sepulcro del compañero y digno amigo don José Verás, uno de los que no pudiendo soportar como los demas tantos trabajos y desgracias, murió y lo enterraron al pie de la referida higuera, mirando al poniente: y allí, para tributarle á lo menos la memoria, con la punta de nuestros alfanjes labramos el siguiente epitafio: «Aquí yace don José Verás, que murió por la libertad, en los campos africanos.» Esta inscripcion, durará ínterin exista la referida higuera, pues la profundizamos bastante al efecto.

Ya se habia pasado algun tiempo, y el deseado barco no venia, ni menos aviso alguno, por lo que estábamos en un desasosiego y disgusto continuo, á pesar de las distracciones referidas.

Don José Ortega mi compañero, como nada temia por parte del bajá ni de persona alguna, entraba y salia en Tánger muy á menudo, y en uno de estos dias se encontró cerca de la casa del con-

sulado español á un fraile , con el cual se puso en conversacion, y en medio de ella, sea que dicho fraile lo insultase , ó sea por la desesperacion ó poca pacienciá del Ortega, lo cierto y seguro es , que sacando el alfanje , le tiró una cuchillada, que no alcanzándole , le siguió corriendo hasta cerca del cuarto del consul español, quien luego que oyó ruido y se enteró de lo que habia , principió á vocear á los moros y criados que tenia en su casa , los que acudieron y lo prendieron en el acto mismo. Lo condujeron ante el bajá, quien lo mandó en seguida á la cárcel, donde le pusieron un par de grillos y la cadena al cuello , hasta tanto que se averiguase lo que habia sucedido, y esta desgracia descompuso todo lo que teniamos en planta con los de Gibraltar.

Yo nada sabia de lo ocurrido , pero vino á la huerta el hijo del cónsul de Dinamarca , y me contó todo lo que acababa de suceder, y que ademas el vice-consul español don José Rico, se habia quejado al bajá de que se intentaba asesinarle, y que nadie podia ser el autor sino mi compañero Figueroa y yo, porque ya sabia que el sultan nada nos habia hecho, ni menos castigado , y que regularmente

estariamos en Tánger escondidos con este fin , por lo que habia exigido del bajá nos buscase y nos prendiese para averiguar y castigar semejantes atentados : me dijo el mismo sugeto , que con este motivo era preciso marchase yo al interior , mientras se sosegase y tranquilizase todo , en cuyo caso podia volver á la referida huerta , seguro de encontrar en ella la proteccion que hasta el dia habiamos disfrutado , pues temia viniesen á registrarla , porque estaban buscando con escrupulosidad á los renegados , y prendian á todos los que se encontraban. Me dió dos duros que llevaba , y quedamos que al dia siguiente muy de madrugada marcharía : yo no me determiné á ejecutarlo en aquella hora por no ser visto de algun moro.

El vice-consul español don José Rico, acusándole y remordiéndole el delito atroz que habia cometido con nosotros , sin duda no satisfecho de su seguridad , su vil cobardía llegó hasta éste extremo ; no contentándose con el daño que por su parte nos habia causado , y sintiendo que el sultan no nos hubiera castigado como esperaba ; trató pues , este monstruo , que por el hecho de Ortega , y del cual está-

bamos tan inocentes, recayese en nosotros el delito para saciar toda la furia que alimentaba su pérfido corazón. Conociendo yo las intenciones que llevaba, no vacilé un solo momento para eludirme de sus garras, y por lo cual escribí aquella misma hora á mis amigos en Tánger, y en particular á don Bernardo de Borja y Tarrius, diputado que fue en la época de la Constitución, á quien conocia por sus ideas liberales y filantropía, y le manifesté mi crítica posición; habiendo sido tal su generosidad, que inmediatamente me mandó con su hijo 300 reales á pesar de estar como todos los demás, en un estado de persecucion y suma indigencia. Este rasgo de beneficencia jamás olvidado en todo el curso de mi vida, fue suficiente para poder superar los trabajos que hubiera indudablemente sufrido. Al dia siguiente á las ocho de la mañana, salí de la huerta y me puse en marcha, sin saber que direccion debia tomar.

CAPITULO IX.

Embebida mi imagiuacion en repasar tantas desgracias, caminaba distraido con ideas nada favorables en el porvenir que me esperaba. Ya habia andado como media legua, y al subir una pequeña cuesta, de repente me encontré con el vice-cónsul español don José Rico, en compañía de una señora que sin duda seria su esposa, cuatro moros y tres europeos, todos á caballo. Sin embargo que me causó bastante sorpresa, y que al momento conocieron ser yo un renegado, se pararon y entablamos el diálogo siguiente:

Vice-cónsul. ¡ Ola amigo! ¿De dónde se viene?

Leon. Llegué de Rabata con el fin de buscar que trabajar en Tánger, pero al tiempo de entrar me indicó un moro que no lo verificase, porque estaban prendiendo á todos los renegados, y que si yo lo verificaba, regularmente

me llevarian á la cárcel como á los demas. Este motivo me hace volver al interior, por serme indiferente encontrar trabajo en cualquier punto de Marruecos.

Vice-cónsul. ¿De qué pueblo es usted?

Leon. De la Mancha, de un pueblo que llaman el Provencio, dos leguas de san Clemente.

Vice-cónsul. ¿Cómo se llama usted?

Leon. Francisco de Paula Aguilar en español, y en moro Maimon Audalá (1).

Vice-cónsul. ¿Cuándo ha renegado usted?

Leon. Dos años hace por mi desgracia que en su misma presencia de usted, fue el dia mas amargo de mi vida.

Vice-cónsul. ¿Ha estado usted en Burey, que es el pueblo ó depósito de los renegados que tiene alli el sultan para servicio de su artillería?

Leon. Sí señor: y hace unos veinte dias que salí de allí.

Vice-cónsul. ¿Conoce usted á un tal Espi-

(1) En Marruecos habia otro individuo renegado, con las circunstancias que se citan poco mas ó menos, y para dar salida á aquel lance tan crítico, me ví precisado á fingirme el referido sugeto.

la, á Figueroa, y á otros seis mas que tambien fueron juntos al referido depósito?

Leon. Sí señor, á todos conozco muy bien, y en particular al Espila, por ser paisano mio, con el cual siempre estaba en compañía: allí se queda con los demas compañeros, que tambien fueron juntos.

Vice-cónsul. ¿Usted se habia escapado de Ceuta cuando renegó?

Leon. Sí señor.

Vice-cónsul. ¿Qué causa era la de usted para haber ido á Ceuta, y qué motivo tuvo para fugarse?

Leon. Jamás negaré que fui sentenciado á ocho años de presidio en dicha plaza, por opinion liberal. El motivo de mi fuga ha sido por no poder soportar mas tiempo los rigores y crueldades con que tratan á todos los infelices que caen en manos de tantos verdugos como rodean aquel presidio, cuya causa me obligó á huir con riesgo de mi vida, y he venido por mi desgracia á sumirme en mayores desdichas y trabajos, como en la actualidad estoy sufriendo.

Vice-cónsul. ¿Y por qué no se fué usted á

otra parte, y no haberse envuelto entre estos brutos, salvages y enemigos de todos?

Leon. Es muy cierto lo que usted dice, pero á veces el hombre se vé en la dura precision de igualarse con las fieras, y aun adular, complacer y besar las manos que quisiera ver cortadas; tal me sucede á mí en mi actual estado....

Sin embargo de todo, he encontrado en algunos moros la hospitalidad y humanidad que los cristianos muchas veces me han reusado, cosa que podia patentizárselo á usted de una manera incontestable. En fin, esta es mi suerte sin culpa mia; yo bien hubiese querido ponerme á salvo y libre de persecucion y de miseria; pero no permitiéndoseme buscar otro asilo desde Ceuta mas que el de esta tierra, para despues poderlo verificar á cualquiera otra parte, me ví no solamente equivocado, sino que vine á dar con los hombres mas enemigos de mi partido y de la humanidad.

Vice-cónsul. Yo no entiendo muy bien lo que usted dice: hable usted con mas claridad y franqueza, y entonces le podré contestar lo que sea mas oportuno.

Leon. Es muy facil comprender todo lo que le manifiesto ; pero usted dice que me esplique mas , lo haré segun mi capacidad me dicta. Ya que logramos poder nos fugar de Ceuta con tanto riesgo , ¿por qué no nos protejen ustedes para evitar que abracemos la ley mahometana? Si tanto interés tienen los cristianos en que esto no suceda , ¿por qué no se nos deja libres para marchar á cualquier punto que no sea de España , supuesto que hemos tenido la suerte de escapar del presidio , y la libertad de escoger lo que mas nos agrada? ¿Por qué negarnos tan justa peticion y obligarnos ó á renegar ó á ser devueltos y castigados precisamente en los presidios de donde nos fugamos? ¿Esto , no es decir que se tiene sumo gusto en sepultarnos en este abismo? Vea usted la razon por que gimen tantos centenares de infelices y miserables en esta tierra.

Vice-cónsul. El cónsul y yo bien quisieramos hacer cuanto usted dice , y sentimos no poderlo ejecutar , pero las rígorosas órdenes que tenemos al efecto , nos lo prohiben absolutamente , y por otra parte , aunque nos alegrariamos po-

der favorecer á todos, nos es imposible mezclarnos en los asuntos de los moros, pues una vez que se ha renegado, ya nos es prohibido todo roce y trato con ninguno, pues seria esponer á la nacion española.

Leon. Todo esto estaria concluido si ustedes informasen al gobierno de cuanto pasa; y si el santo padre estuviera tambien informado, creo que por recoger (como vulgarmente se dice) las ovejas perdidas, influiria y reclamaria tantos males que se estan originando con semejante abandono, que gravitan sobre las conciencias de muchos titulados fieles cristianos, que tienen parte en estas monstruosidades: y sobre todo, debian atender á tantos gritos y lamentos de padres, hijos, hermanos, parientes y amigos, como diariamente estan implorando por nosotros.

Por último, despues de otras varias preguntas y contestaciones, la esposa del vice-cónsul, adolecida de la triste situacion que me rodeaba, con disimulo escitó al marido para que me diese algun dinero, y llamándome á su lado, y alargándome veinte reales, me encargó que tuviese paciencia, rogándole á Dios me

diese fuerzas para sufrir los trabajos , y que cuando volviese otra vez á Tánger, no dejase de verla para tener el gusto de aliviar mis penas , en todo lo que estuviese de su parte: yo le aseguré asi lo haría, diciéndole al mismo tiempo que aquel duro que recibia en tan crítica ocasion, jamás se borraría de mi memoria; con lo que nos despedimos y seguimos cada cual nuestro camino. ¡Qué contento y admirado me puse con lo que acababa de pasar! pues cuando esperaba me prendiesen los moros que llevaba haciéndome regresar á Tánger , inculcándome en el hecho de Ortega , no solamente salió bien toda mi estratagema , sino que interesándose por mí y lamentando mi desgracia , me hice acreedor á la beneficencia, recibiendo un duro de mi enemigo mayor, por mano de su benigna esposa , quien sé , sufría muchos disgustos por las atrocidades de su marido.

Me dirigí á la villa de Huasan , y lo primero que practiqué fue visitar á un moro que estaba en la mejor opinion de santo , en tal grado que todo el imperio lo veneraba y respetaba con el mayor estremo. Se llamaba Sidi-Jáche-Alarbe , y era tambien pariente del sultan y de Muley-Taibi, mi bienhechor en Rabata. Lue-

go que me presenté á él y recibí su santa bendicion , le conté que residia en Rabata ejerciendo la facultad de medicina, pero que dirigiéndome á la ciudad de Tánger con el objeto de hacer unas medicinas, no pude entrar en dicha ciudad, por causa que estaban prendiendo á varios reneados , por lo que me retiraba á Huan hasta tanto se apaciguase la persecucion , ó que pudiese regresar á Rabata cuando lo permitiese la guerra que habia por aquella parte con los de aquella ciudad, y los moros de la montaña; y como en tales casos están cerradas las puertas, no podría entrar de ninguna manera. Me preguntó que si yo era el médico que habia curado á su primo Muley-Taibi , y contestándole que sí , dijo: me alegro infinito que hayas venido, pues ya por mi primo tenia noticias de quien eras. Aqui puedes quedarte en mi casa hasta tanto que quieras, ó hasta que se arreglen todas las cosas ; pero en el interin me ayudarás con tu facultad en los muchos enfermos que diariamente se me presentan, para que yo les indique como santo , algunas medicinas. Me señaló una habitacion , y todo lo demas necesario para la vida. En efecto , alli vivia quieto

y tranquilo, aunque molestado de muchos enfermos que el santo me mandaba, y al que le habia venido muy bien que yo fuese á su casa para estar mas descansado. Yo recetaba y aplicaba las medicinas, y que curasen ó no, se quedaban tan contentos y satisfechos, pues todo, decian, dimanaba de la mano del santo: ningun dinero ganaba; pero me adquirí algunos regalos y una sin igual reputacion y aprecio.

Como el santo me elogiaba en sumo grado, es indecible los moros de muchas leguas en contorno que acudian á curarse, y particularmente los de aquel bendito pueblo, que la mayor parte de él son santos, santas y vírgenes: estando muy contentos y satisfechos conmigo, me ví muy apreciado de toda aquella corte celestial musulmana; pero particularmente de las once mil vírgenes á quienes curaba y aliviaba gratuitamente en honra y gloria del profeta Mahoma. Asi pasaba en el pueblo, sin que pudiese averiguar el resultado de Ortega ni de los de Gibraltar, hasta que por fin supe por un renegado que vino de Tánger, que á don José Ortega por empeños de los muchos amigos que tenia allí, se habia logrado

que no le castigasen, y sí que lo internáran hasta el depósito; pero que habia logrado fugarse en el camino, y dirigirse á la ciudad y corte de Fez, donde llegó despues de haber sufrido infinitos trabajos y se estableció tambien ejerciendo la facultad de medicina, con lo que pasaba bastante regularmente, caso no extraño, pues habiendo sido uno de los buenos boticarios de España, obtuvo en poco tiempo una estimacion y fama como médico africano. El mismo renegado me contó que Tánger estaba muy quieto y tranquilo con respecto á los renegados; que se entraba y salia sin que se les digese nada.

Con esta relacion me puse á meditar de nuevo, para elegir lo que me pareciese mas oportuno á mi futura suerte: estaba indeciso en si permanecer allí, si volverme á Rabata, si incorporarme con mi compañero en la ciudad y corte de Féz, ó marchar á Tánger á saber de cierto lo que habia, no solo del asunto de Ortega, sino tambien de todos los negocios que quedaron entablados con los compatriotas de Gibraltar. Este último partido, me pareció mejor, y para ejecutarlo, tomé el pretesto de marchar á

Tánger á hacer unas cuantas medicinas que me faltaban, para cuyo efecto fui á pedir licencia al santo (por si tenia que volver) y luego que me fue concedida, y ofrecídole que volveria lo mas pronto posible antes de ir á Rabata, me puse en marcha para Tánger. A las ocho ó diez leguas de camino, los soldados que habian salido de alli para incorporarse con el sultán en la guerra que entonces habia entre algunas provincias, dos de ellos, que habian estado juntos conmigo en casa del bajá de Tánger, cuando estuvimos en su casa tratados como verdaderos hijos, me reconocieron en el momento, y me maltrataron cruelmente, diciéndome: «ven acá perro cristiano, ¿vuelves á Tánger para quererte escapar á tu tierra? Por esta vez, te aseguramos que no lo has de lograr; y echándome una cuerda al cuello, la atan á los caballos, y sin escucharme en lo mas mínimo, en tan penosa posición, me conducen para el pueblo de Burey, que justamente era camino de ellos. Los trabajos que pasé en esta cruel marcha, son incalculables: ya me pegan, ya corren para acabarme de fatigar, ó mas bien arrastrarme; no me dan de comer, me hacen pasar todos

los rios á nado atado como iba , y por último pasé lo que el lector puede imaginarse. El mal no paró aquí, pues luego que me entregaron al alcaide del depósito , y que este se enteró no solo de la fuga de él , sino que mis conductores le hicieron una minuciosa relacion de cuanto habia pasado en Tánger, se irritó contra mi de tal forma que no me dió lugar á esplicarme, ni menos á suplicarle; y mandó que inmediatamente se me tendiese en el suelo boca abajo, se me sujetase entre cuatro y se me diesen seiscientos palos en las espaldas, trasero y pantorrillas: ¡ah, qué horror! ¡Qué castigo tan cruel se ejecutó con un hombre que no cometió otro delito, que el de querer gustar el dulce fruto de la libertad! El sentido se trastorna, las palabras faltan, y por último la pluma se cae de las manos al querer pintar este cuadro lastimoso: mis carnes hechas mil pedazos, chorreando sangre , humeando mis heridas , y angustiado de dolor, me llevaron á una casa donde despues de seis dias me volvió el sentido ; y como asombrado, y sin saber lo que me pasaba , rompí por último con un torrente de lágrimas diciendo : ¡ Oh , cara patria , cuánto por tí padezco.....! ¡Es-

posa...! ¡ Parientes y amigos...! Ya que no pueda volver á veros mas , recibid el último suspiro , cuando dé fin mi amargo vivir trágico y funesto...! ¡ Compadeceid á un desdichado , y tened presente lo que trae consigo la supersticion y la tiranía...!

La suerte quiso que en medio de tantas penas y angustias me restableciese poco á poco ; ¡ sin duda lo hacia para prepararme otra borrasca , y hacerme el juguete de sus inconstancias y caprichos! Me acobardé tanto con lo que me habia acabado de suceder , que ya no me determiné á intentar salir otra vez de aquel destierro , constituyéndome á pasar una vida solitaria y triste. Asi se pasaron algunos meses , sin poder saber de nadie ni menos pude escribir á Muley-Taibi por estar el pueblo de Rabata en guerra , y el mio enteramente aislado , constituido verdaderamente como en el mas rígido presidio , y bajo un alcaide el mas bárbaro de todos los moros : todo me era fastidioso , y reconcentrando por instantes un odio eterno contra cuantos séres veía , me hice en toda la estension de la palabra un verdadero misantropo.

En esta situacion me hallaba cuando

mandó una orden el sultan pidiendo algunos renegados , para ayuda de la artillería que iba á salir á guerrear contra el pueblo de Rabata y su provincia, cabiéndome la suerte de ser yo nombrado para esta expedicion: y sin embargo que nada entendia de semejantes maniobras , me puse muy contento por ver si con este motivo podia favorecer á mi bienhechor Muley-Taibi , caso de quedar vencidos los de aquella ciudad y todo á nuestra disposicion ; pero nada de esto se pudo verificar, porque cuando salimos y llegamos al campo de batalla, se encontró con muchas fuerzas de los enemigos, y tuvimos la precision de retirarnos , y aun muchos se dispersaron siendo yo uno de los que aproveché esta fuga , con ánimo de entrarme en casa de Muley-Taibi, porque sabia hubiera sido muy bien recibido. En efecto, marchaba con esta intencion ; pero nada pude practicar porque los moros de Rabata se habian puesto en defensa y cerrado las puertas de la ciudad . no me fue posible poder verificar mi idea , y me pareció prudente retirarme de aquella tierra á fin de esperar que todo se tranquilizase , en cuyo caso obraria con mas seguridad, pues de otro

modo podria haber sido atropellado ó muerto por los moros montaraces, como sucedia á menudo en semejantes guerras.

Me dirigí á la ciudad de Arache, y apenas llegué á sus puertas, me prenden y me llevan en casa del bajá de aquella ciudad, de donde acababan de fugarse otros renegados para España, llevándose un barco de los moros: con este incidente, apenas me vió el bajá, me manda dar otra paliza igual á la que me dieron en el pueblo de Burey. ¡Oh suerte cruel! Tú que te recreas y alimentas con las víctimas sacrificadas con sangrienta guadaña: Tú que jamás te cansas y satisfaces en atormentarlas: Tú que persigues hasta la inocencia mas pura, ¡con cuánta razon eres aborrecida y detestada de todos los mortales! Despues que pasaron pocos dias en curarme y restablecerme, me llevaron los moros por orden del bajá fuera de Arache, y me dejaron como unas seis leguas en medio del campo, manifestándome que si volvia á la ciudad me cortarian la cabeza.

Luego que hubieron desaparecido de mi vista, confuso, ó mas bien desesperado, exclamé, diciendo: «Hado adverso,
12:

si no estás contento aún, pronto quedarás satisfecho, pues de una vez, ó salgo del caos que me rodea, ó acabaré con tantas fatigas y trabajos que me persiguen en esta vida miserable. Dicho lo cual, partí como un rayo, ciego, soberbio y dispuesto á todo, dirigiéndome á la ciudad de Tánger, con el fin de apurar todos los recursos y hacer el último esfuerzo para mi fuga; y por último, cuando nada resultase, volveria á Rabata y trataria de entrar á todo riesgo en casa de Muley-Taibi.

Llegué á la huerta del referido cónsul de Dinamarca, en la que encontre como siempre la mejor acogida: escribí á mis amigos y conocidos en Tánger, y al momento vinieron á visitarme y ofrecerme de nuevo sus servicios, sintiendo y adoleciéndose, luego que los enteré, de todas mis vicisitudes que en la ausencia me habian pasado. Estos buenos amigos no perdonando ningun medio para favorecerme en cuanto estuviese de su parte, hicieron las mas vivas diligencias para encontrar proporcion de que me pudiese embarcar y salir de tantas fatigas y quebrantos como aquella tierra aborta por todos lados; pero despues que probaron

todos los recursos que estuvieron á sus alcances , nada pudieron conseguir , y se determinaron á hablar y empeñarse con un embajador francés llamado el señor conde de Morney , quien á la sazón estaba tratando con aquel sultan sobre los asuntos de Argel y del imperio de Marruecos; mas como este señor manifestó su sentimiento , y que por su parte no podia mezclarse en ningun asunto de esta naturaleza por no esponer las relaciones internacionales , no quedó otro arbitrio que suplicarle al patron de un barco que el señor embajador francés habia fletado desde Gibraltar para conducir unas fieras y otros animales que el sultan de Marruecos regalaba al Rey de los franceses; pero tambien se escusó, pretestando que mucho menos podia verificarlo , mediante á que él era un mero encargado del barco, y que no queria esponerlo de ninguna manera. El señor conde de Morney tenia en su comitiva á don Francisco Ferrari, natural de Módena , y lo nombró para que haciéndose cargo de conducir el referido regalo , lo entregase en Francia; y este señor Ferrari , cuando se enteró por mis amigos de la pretension que llevaban entre manos , fue tan humano y generoso,

que ofreció hacer por mí cuanto estuviese de su parte, pidiéndoles que lo llevarsen á la huerta para tener el gusto de hablar conmigo. En efecto, luego que me vió y se enteró de todo, no pudo menos de enternecerse y ofrecerme su entera proteccion, ofreciendo al mismo tiempo, que él veria el modo de arreglarlo todo con el patron del barco, y que estuviese tranquilo y satisfecho que haria cuanto fuese posible, á fin de lograr que marchásemos juntos á Francia. Le di las mas espresivas gracias, y marchó comprometido en un todo á mi favor. Aquel mismo dia vinieron mis amigos á darme noticia de que dicho señor habia ya arreglado con el capitan del barco, para que fuese admitido en él como un pasajero, para lo cual me habia sacado el competente pasaporte y carta de sanidad, á fin que en ningun caso se pudiesen meter conmigo los muchos guardacostas españoles que andaban por el Mediterráneo en persecucion del contrabando y de los liberales; pero que en cuanto á poder lograr la fuga y tomar su barco, que por su parte era absolutamente imposible, y que este asunto le dejaba por nuestra cuenta.

Mis amigos y yo nos pusimos confusos al ver que la última dificultad que había que vencer era bastante grande, pues el barco estaba anclado mas de media legua en el estrecho de Gibraltar, y aunque yo sabia nadar, no era esto suficiente para poder vencer las grandes corrientes y marea de aquellas aguas, pues si hubiese tratado de verificarlo á nado, indudablemente hubiera perecido. Se fueron mis amigos á ver si encontraban algun pescador europeo de toda confianza para que me pudiese de oculto embarcar y transportarme al referido barco, y volvieron llenos de regocijo diciéndome que estaba ya todo corriente; que habian encontrado uno de toda confianza, que se obligaba á ponerse en medio de la distancia que mediaba desde el barco á la tierra, y que alli permanecería, hasta que se verificase mi llegada á la lancha, en la que encontraria ropa y vestido europeo. En efecto, se arregló y se pagó al pescador, quedando conformes en que á la noche siguiente se verificaria: se señaló el sitio y hora, y se convino que se echarian lumbrés por una y otra parte al instante señalado, en cuyo caso yo me arrojaría al agua, y nadando llegaría á la lancha; pe-

ro que para mayor seguridad tuviese una luz pequeña á fin de no dudar su paradero, y que jamás huyese ni se moviese de allí aunque oyese voces, tiros ú otro ruido, pues en este caso una vez arrojado al agua, ya no podia volver á tierra, y de no encontrarlos, pereceria indudablemente. Por último, dispuesto y preparado todo, llegó la hora en que debía salir de la huerta para llegar al punto citado con anticipacion. Me despedí de todos mis amigos, y habiéndoles dado las demostraciones y señales mas vivas de gratitud y eterno reconocimiento, marché y llegué cerca del parage en que debía echarme á nadar; pero me oculté de las guardias que habia existentes en toda la costa, no distando unas de otras mas que sesenta pasos, porque en aquellos dias habian redoblado los moros su vigilancia, con motivo de la referida embajada francesa. Luego que fue bastante de noche, con el mayor sigilo y cuidado me puse en el sitio donde debian hacerse las señales para verificar todo lo concertado: desnudo y preparada la ropa para llevármela conmigo ó echarla al mar (pues no podia quedarse allí sin ser señal de sospecha que hubiera causado el registro de los barcos, con

grande compromiso de todos): así permanecía esperando la primera señal que decidiese de una vez mi penosa situación. ¡Ah, si fuese posible poder expresar lo que luchaba y pasaba en mi imaginación en estos momentos tan críticos, sería preciso admirarme y compadecerme á un mismo tiempo! Por un lado, miraba mi sepulcro abierto si llegaban á sorprenderme por segunda vez los moros; mas por otra parte se me presentaban á mi vista las ideas mas halagüeñas para mi futura suerte. Por último, veo la primera señal y me dispongo para arrojarme al agua. En este momento, mi corazón redoblando su agitada palpitación, resuelto á todo, y tomando el alfange en la mano, exclamé diciendo: «Suerte, muéstrate una vez propicia, pues llegó el último extremo; de lo contrario, ó quedarás satisfecha con mi sangre, ó con ser pasto de los peces.» Esto dicho, me arrojé á las aguas, y luchando con sus grandes olas, tuve la dicha de no ser visto ni oído por las guardias: llegué al bote, y despues hasta el barco, donde abracé á mis bienhechores don Francisco Ferrari y capitán del buque, quienes me estaban esperando en la mayor agitación con la cena que ya tenían dis

puesta. Al dia siguiente dimos la vela para el puerto de la ciudad de Marsella, dejando el suelo africano en el que habia agotado tantas y tan repetidas veces el cáliz de amargura, al paso que tambien habia encontrado la humanidad y hospitalidad mas sincera y pura en los corazones de Muley-Taibi, en su amable y sensible hija, tal vez desgraciada por mi culpa inocente; en los del gobernador de Tánger, don Bernardo de Borja y Tarrius, don Pedro Gimenez Castellanos, don Enrique Freiser, doña Margarita Grin y su hija doña Elma Grin, el señor Cabrera y demas amigos que habian contribuido á mi favor y libertad, á quienes enviaba mis adioses llenos de la mas grande gratitud y reconocimiento, deseándoles la felicidad y prosperidad, de que son tan dignos y acreedores.

Despues que los marineros acabaron de hacer todas sus maniobras y que navegábamos con la mayor comodidad, todos me pidieron y suplicaron les hiciese relacion por menor de mi historia, y particularmente de cuanto habia observado en el imperio de Marruecos con las demas particularidades que juzgase oportunas, para quedar enterados de una tierra

desconocida para ellos. No pudiéndome negar á tan justa peticion y curiosidad, les manifesté despues de mis muchas vicisitudes, los preceptos religiosos, tanto del alcorán de Mahoma, como de los judíos que no refiero en esta obra, porque son muy sabidos, y particularmente se da una noticia exacta de ellos en el libro y tomo segundo titulado: La religion cristiana autorizada por el testimonio de los antiguos autores gentiles; escrita por el padre Colonia, de la estinguida compañía de Jesus, y traducida al castellano por don José De-ellas, en el año de 1785, y otros muchos que posteriormente se han escrito sobre este particular, y solo me concretaré á manifestar al lector todas las curiosidades que siguen y que conté á los patrones y marineros segun se insertan en los capítulos siguientes.

CAPITULO X.

Cuando nos fugamos de Ceuta, el primer pueblo que vimos fue Tetuan (ó Tetagüe), que está situado á legua y media de la costa del mar Mediterráneo, siete leguas de Ceuta, al medio dia y enfrente de Gibraltar: tiene sobre unos cincuenta mil habitantes, contando los de sus alrededores ó arrabales: está amurallado, aunque no tiene cañones para su defensa, y solo en la costa hay alguna fortificacion, en la cual está establecida la aduana cerca de un rio que desemboca por aquella parte. Las puertas de esta ciudad se cierran de noche, como tambien se verifica en todas las ciudades que están amuralladas en todo el imperio de Marruecos: hay abundantes huertas pobladas con muchos árboles, y en particular de naranjos y limoneros: sus calles y casas no guardan ninguna proporcion ni simetría como en Europa: no tienen balcones ni

ventanas, y sí solo unas pequeñas lumbreras construidas de tal forma que dan luz; pero no se puede ver desde la calle á ninguna muger, por ser privado en la religion mahometana : no tienen tejados, sino unas azoteas como las de Cádiz, muy bien acondicionadas, (que se puede pasear todo el pueblo si no estuviesen divididas ó cortadas por las calles que atraviesan. Es muy sucia la poblacion, porque como no conocen la policia, todo está en el mayor abandono, y sus calles llenas de inmundicias, pues en el invierno llega el barro y porquería hasta las rodillas, y en el verano hay muy mal olor : las casas por fuera aparentan en lo general ser muy malas, pero por dentro las hay bastante buenas. Hay un barrio de judíos (que se llama el Melag) separado de los moros, aunque dentro de murallas : este barrio tiene una puerta, la que se cierra de noche ; y los sábados, que son los de fiesta de los judíos, en cuyos dias no pueden salir ni hacer trato alguno : en dicha puerta hay un alcaide ó gobernador moro, para corregir y castigar á los judíos ; pues como ellos estan en un todo sujetos á las leyes mahometanas, no tienen ninguna autoridad, y reclaman todos los escesos que

cometen para que sean castigados por el gobierno mahometano : este alcaide está allí destinado al efecto , y tambien para evitar que los moros cometan excesos con los judíos , ni beban ni saquen ningun licor de los que tienen estos , por serles tan prohibido como el de los cristianos , segun sus preceptos religiosos.

En todo el imperio de Marruecos hay trescientos mil habitantes judíos; siguen la religion hebrea , y de todo delito, tanto en materia de su religion como en lo demas , tienen que dar parte para que ejecuten el castigo los moros ; pues ellos en ningun concepto pueden verificarlo aunque entre sí tengan sus gefes, como ya se lleva manifestado. El sultan (que llaman al emperador ó rey) tiene mucha utilidad con los judíos , porque todos poco ó mucho tienen giro y comercio , y les saca con este motivo grandes contribuciones : no pueden salir del imperio sin una orden espresa por la que dan una cuota de dinero muy fuerte ; y aun para salir á comerciar fuera de él les cuesta la licencia un derecho bastante regular, lo que tambien sucede con los moros sobre este particular : tratan á los judíos con la mayor indiferencia y desprecio , pues hasta

los esclavos de los moros les mandan como quieren. Este pueblo en su clase es de los mas ricos del imperio , aunque su comercio con Europa es muy pequeño, y solo de frioleras y vagatelas; hay un grande mercado (que llaman el sok) adonde todos los moros del imperio hacen su comercio: es muy abundante de frutas, ganado y trigo.

Las casas de los judíos por fuera parecen muy malas, pero por dentro son muy buenas y algo lujosas, aunque todo construido al estilo árabe: tienen magníficos patios con columnas de mármol, jaspe y alabastro; sus buenas fuentes ó saltadores, todo embaldosado de azulejos de varios colores y figuras, formando dibujos bastante regulares: lo mismo estan desde los cimientos de las paredes á la altura de un hombre: sus salas son grandes y espaciosas, pero sin muebles ni cuadros de pintura alguna; y solo hay algun espejo y harañas; buenas esteras y alfombras con almohadones, para recostarse ó sentarse, pero no usan asiento alguno, pues se sientan generalmente en el suelo como en España los alpargateros valencianos y murcianos, ó las mugeres en misa: hay algunas camas como en España, pero la ma-

yor parte duermen en el suelo. No les permiten usar á los judíos mas trage que el que visten todos los hebreos, y ha de ser con condicion que el bonete ó gorro sea negro, y que no puedan cubrirse la cabeza con la capucha, para que siempre sean conocidos de los moros: tampoco les permiten usar zapatos mas que del color negro, pues los moros los llevan amarillos y encarnados, y no quieren por esta razon que se confundan con ellos. Tienen ademas los judíos (tanto los hombres como las mugeres) precision de quitarse los zapatos siempre que pasan por delante de la casa del bajá, alcaide, cadí, santo, iglesia, ermita, últimamente, hasta para pasar por delante del campo santo de los moros; y aun en muchos pueblos no les permiten usarlos, y van descalzos por todas partes. El traje de las judías es bonito y elegante si les permitiesen usar medias y zapatos. Lo primero que llevan puesto es una camisa como las españolas, sin otra diferencia que las mangas son de mas de una vara de largas, igualmente de anchas, de la figura de un embudo, concluyéndose lo estrecho cerca del hombro para evitar de este modo que se vea mas del brazo; des-

pues se ponen un jubon de color carmesí con manga corta y estrecha , todo muy bien guarnecido de oro y piedras brillantes; un refajo de paño verde tambien guarnecido de oro y terciopelo carmesí, que despues de liárselo al cuerpo, queda como si fuera un vestido á la española. En la cintura sujetan el refajo y el jubon, con una faja de oro y seda encarnada, quedando el talle y pecho como si llevasen un buen corsé: las mangas de la camisa interior, como son tan largas y anchas se las remangan de un modo, que atándose las puntas de ambas á la espalda, forman un hermoso pabellon de colores: el cuello y pecho queda descubierto, y los adornan con buenos collares de coral, perlas y piedras preciosas: los brazos como quedan descubiertos, los adornan con unas pulseras ó brazaletes de plata maciza y muy bien labrada: llevan en las orejas con unos fiadores, pendientes muy gruesos y grandes, de tal forma que con todos los adornos que cuelgan vienen á descansar y jugar sobre los hombros ó el cuello, haciendo con todo lo demas hermosa vista: en la frente llevan una hermosa y rica diadema guarnecida de piedras y perlas preciosas, dejándose lo demas del peina-

do dividido en dos trenzas sueltas , que cuelgan hasta las espaldas , y concluyen con dos borlas y cordones de oro. Como no usan medias , adornan las piernas con brazaletes ó grilletes de plata maciza y labrada , y chinelas muy bien bordadas. Son generalmente hermosas en extremo , muy sencillas y amables. Las casadas van vestidas lo mismo , con la diferencia que no se les puede ver el pelo , y lo llevan tapado con una toca encarnada , como si fuese una faja , que viene á prenderse por la espalda á la otra faja de la cintura formando un grande lazo , y asi se distinguen de las solteras , por su precepto hebreo. No pueden vivir mas que en las grandes poblaciones , y aun en estas tienen que habitar en barrios separados de los moros , porque en los demas pueblos pequeños y en el campo los robarian y atropellarian á cada momento los moros de la montaña , que por lo regular siempre estan en guerra , y los judíos pagarían sus rencillas y discordias ajenas. No se les permite arma alguna y por lo mismo no cuentan con ellos ni para la guerra ni para ninguna otra cosa , mas que para pagar las contribuciones , y que sirvan en todo lo que á los moros les es degradan-

te ; en fin , no hay hombres mas envilecidos en toda la estension de la palabra. Como estan criados con esta bajeza , sumision y respeto , son naturalmente cobardes , se asustan y tienen miedo de todo ; pero son muy falaces , susceptibles y dispuestos á cometer cualquiera vileza , por un pequeño interés , ó por congraciarse con los demas que les pueden ser de alguna utilidad y provecho por las razones referidas. Son capaces de sacrificar á todo el mundo , y aun entre ellos mismos no se guardan ninguna consideracion aunque sean padres , hijos , hermanos , parientes y amigos : si los demas judios son lo mismo que los de este imperio , se puede decir y asegurar lo que decia Napoleon , « que eran una canalla que no servia mas que para vender trapos viejos y engañar á todos. »

Tánger está distante catorcè leguas de Tetuan y siete de Ceuta , situada en la misma costa del estrecho de Gibraltar enfrente de Tarifa , á la parte meridional de España : es amurallada y cerrada con fuertes bastiones , y es plaza de las mas fuertes del imperio : hay por la parte de mar muchas baterías , aunque sus cañones no estan muy corrientes : tambien las

hay en toda la costa como una legua á derecha é izquierda : estan poblados todos sus arrabales de huertas llenas de árboles, y en particular de naranjos y limoneros: hay doce consulados generales de varias naciones, que tienen en todos los puertos de aquella tierra sus vice-cónsules, y con este motivo viven bastantes europeos en Tánger, ya avecindados bajo sus respectivos pabellones, y ya por temporada; mas nadie puede caminar por el interior, y tienen que valerse los referidos cónsules generales, por conducto del bajá con quien se entienden en todos casos, y mucho mas cuando necesitan manifestar al sultan que es preciso tener una entrevista con el cónsul ó algun embajador; le dan parte, en cuyo caso el referido bajá lo hace al sultan valiéndose de uno de sus soldados, porque no hay ningun correo en el imperio: entonces es cuando el sultan concede ó no el permiso de que puedan internarse hasta su presencia, para lo cual acompañan al cónsul ó embajador con una grande escolta de moros, con el fin de que no sea atropellado por el camino, y aun así, varias veces se pone mucha tropa en todo el tránsito para su resguardo, porque de lo contrario no podria

verificar su marcha , en la que á pesar de todos estos requisitos suelen ser insultados y maltratados. Los consulados inglés y español mantienen sus correos con Gibraltar y España, y por este medio se puede sostener comunicacion en este punto. Las casas de los referidos cónsules , estan construidas á la europea bastante regular; pero las demas, y las calles , son como las de Tetuan en todas sus partes , y es el único pueblo en que los judíos tienen mezcladas sus casas con las de los moros. No es tan sucio como los demas pueblos de Marruecos : hay un grande mercado adonde comercian los moros del interior : es abundante de granos , ganado y frutos ; pero no tienen comercio con los pueblos de Europa , á escepcion de los judíos y algun moro que con Gibraltar y España sostienen un pequeño giro: abastece esta plaza, y el interior, de ganado vacuno para Gibraltar, por orden del sultan , y le pagan un derecho segun tienen tratado, porque ningun otro puede hacerlo sin el mismo privilegio : es pueblo de diez y ocho mil habitantes con todos los de sus arrabales.

Lo primero que enseñan á los renegados , es saberse bañar : tienen para ello

unos baños de vapor muy cómodos para todo el pueblo, compuestos en una casa con cuatro habitaciones: la primera sirve para guardar la ropa, y en la segunda se entra con la interior: esta sala no tiene mas ventilacion que unas pequeñas ventanas en la bóveda del techo, con unas correderas para poder dar mas ó menos atmósfera: tiene una fuente de agua fria, y esta habitacion está perfectamente embaldosada con ladrillos bañados: alli se acaban de desnudar, se tienden, y se estan echándose (con unos cubos que hay á propósito) agua por todas partes, pero es con regla, y de cuando en cuando dicen una oracioncita para que el señor vaya labando todas sus culpas. La tercera tiene menos ventilacion, y en una pila ó caldera grande que hay llena de agua, en disposicion que por la parte exterior de la habitacion calientan, y con el vaho que sale y se estiende en toda la sala, reciben el vapor ó baño, lavándose al propio tiempo con las mismas ceremonias que en la antecedente, para cuyo efecto hay dos cubos uno con agua fria, y el otro para sacar caliente de la caldera y templarla cada uno á su gusto. La cuarta es lo mismo, no teniendo mas diferencia que ser

mucho mas caliente su agua y vapor, pues casi no tiene ventilacion ni respiracion alguna, de forma que apenas se entra se rompe á sudar por todo el cuerpo; en fin, son cuatro habitaciones graduadas de mas ó menos calor, que quiera percibirse. Por cada baño de estos se paga dos cuartos: hay obligacion de bañarse á lo menos una vez á la semana. Los hombres lo toman por la mañana y las mugeres por la tarde: las casadas no pueden dormir con sus maridos cuando estan indispuestas, hasta tanto no vayan al baño por ser precepto religioso.

Lo segundo que hacen los moros con los renegados es enseñarles el acto de fé, que generalmente se llama la copla de los moros, y dice así: Sedu-leilá, ilá-lá, Sidi-Mojamet-de Resulá, que traducida quiere decir: confieso que no hay Dios, sino Dios, y afirmo que su profeta solo es Mahoma. Luego que se sabe esta copla, vestido de moro, se puede caminar por todo el interior del Africa, pues es el único pasaporte que gastan y por donde se conoce el verdadero moro. Sino se tiene para comer en el camino, se dirige todas las noches á las chamas (ó iglesias) que hay en el campo, y alli encuentran ha-

bitacion y comida ; pues es una hospitalidad y obligacion que tienen los vecinos para socorrer á todo viagero , como de institucion religiosa , pero esto ha de ser antes de oscurecer , porque despues llega tarde.

Todo moro está obligado á rezar cinco veces al dia la oracion , (ó lo que se llama en España decir misa) : se puede decir en la iglesia , en el campo , en las calles , en las casas ó en cualquiera otra parte , con tal que sea mirando siempre al Oriente , y que se haya lavado primero los pies , manos y cara. Asi dicen en pie con los brazos abiertos en accion de implorar , tres veces la copla referida. En seguida se hincan de rodillas y se sientan sobre los talones , en cuya postura hacen otra oracioncita otras tres veces : despues besan el suelo otras tres ; y por último , sentados como se lleva manifestado , con la mas grande devocion y sin poder distraerse aunque los matasen en este acto , mirando al suelo , y señalando á él con el dedo índice , trazan en el aire un círculo , y en el ínterin repiten la referida copla tres veces , con lo que queda dicha la misa , que no dura mas que tres á cuatro minutos. Tambien cantan la

misma copla en las torres cinco veces, pues como no usan campanas, se valen de este medio los moros, así como en España tocan á las ánimas ú oraciones.

No tienen ninguna especie de confesion, porque aseguran que todo lo perdona Dios, cuando se lo piden con pureza y buena intencion: es un error creer lo que vulgarmente se asegura, de que se confiesan en un agujero y despues lo tapan.

Las chamas (ó iglesias) son muy buenos edificios: en el patio tienen una fuente adonde se lavan todos antes de entrar, y tanto en ellas como en las demas casas, no se puede entrar con zapatos puestos. No tienen ninguna efigie ni figura alguna pintada, por ser contra religion: estan muy bien esteradas, hay abundantes arañas ó lámparas perfectamente alumbradas: en la pared todo alrededor á la altura de un hombre, hay una tabla para poner los zapatos, pues no pueden quedar en el suelo, y aun en la tabla los ponen suela con suela, demostrándose con esto, que ninguna porquería debe tocar en lugar sagrado. Se reunen en las iglesias los viernes, que hacen sus domingos, en cuyo dia hay una misa y cánticos

para todo el pueblo , esplicándose al mismo tiempo algun capítulo del Alcorán. Todos llevan un rosario en la mano , y pasan ligeramente sus cuentas aunque estén en tertulia ó conversacion : al pasar cada cuenta no dicen mas que, Besmelá, que significa, en el nombre de Dios; en fin, son tan fanáticos y supersticiosos que olvidándose de su prosperidad y subsistencia , estan entregados en la mayor preocupacion religiosa.

El Roldan (ó cuaresma) la principian en el tiempo poco mas ó menos que los cristianos , pero estan aguardando que salga la luna nueva, y la concluyen cuando dicha luna se acaba: para ello estan observando la hora que sale: luego que la ven hacen muchas salvas, y desde aquel momento ya no se puede comer, fumar, tomar tabaco de polvo, beber agua, y últimamente, ninguna otra cosa durante el dia; pero por la noche, todo lo que quieran á cualquiera hora, hasta que avisan con un cañonazo al alba, ó con trompetas desde las torres, que tocan toda la noche, para recordarles el tiempo santo etc., y el que lo quebranta, es rigorosamente castigado: son muy exactos para observar el ayuno , pues tanto las moras que

están haciendo la cocina, como los moros que muelen el tabaco de polvo, ú otra cualquiera cosa, se tienen que poner un pañuelo de forma que les tape la boca y narices, á fin de evitar que cuando respiren no se les introduzcan los alimentos ni el vaho de los guisados ni el polvo del tabaco. Este tiempo de cuaresma lo pasan en las iglesias, bien cantando sus oraciones, ó bien esplicando el Alcorán, y raro es el moro que trabaja y camina en toda la cuaresma, redoblando á todas horas sus rezos: están siempre embebidos en su religion, particularmente en este tiempo, y con tal motivo son naturalmente ociosos é indolentes, importándoles poco el constituirse en el mayor estado de miseria; pero al mismo tiempo muy amigos de la rapiña y de promover guerras para aprovecharse de sus saqueos, ó robar en los caminos.

Sus pascuas y demas funciones se reducen á comer mucho y correr la pólvora; consiste esta funcion en juntarse muchos moros, andar por las calles y campo con escopetas, hacen muchos saltos, vueltas y revueltas, saltando y brincando; tirar al aire las referidas escopetas, jugar con ellas haciéndoles dar vueltas y moli-

netes como sí fuera manejar el palo ó sable, y por conclusion soltar el tiro, siguiendo esta alternativa todos los demas: al que mejor lo hace ó se distingue en algunas graciosidades, lo victorean las mugeres que van á presenciar la diversion, aunque tapadas de modo que todo lo ven sin que á ellas se les pueda observar quiénes son, pues lo único que se percibe es un ojo entre la abertura de la manta con que van tapadas, y en esta disposicion los aplauden con un fuerte relincho como si fuera el de un caballo, repitiéndolo bastantes veces. Lo mismo sucede con los que van á caballo, quienes hacen consistir su mayor habilidad en marchar á todo escape, bien solos ó en grandes grupos; en la carrera van tirando al aire las escopetas, y se ponen de pie sobre las sillas, y por último soltar los tiros, repitiendo bastantes veces estas habilidades.

En una de sus pascuas que celebran todos los años, tienen los bajaes una especie de revista de todos los moros de sus respectivas provincias, por consiguiente, vienen los del campo y demas pueblecillos á las capitales con armas y caballos; y en Tánger se reunen de in-

fantería y caballería algunos años quince ó veinte mil hombres : cada cavila ó pueblo , trae su bandera ó estandarte , que es por donde se conoce á qué parte ó pueblo corresponde , esto es , bajo qué santo trae su señal ó insignia , que es el nombre que cada regimiento tiene. Se juntan á grupos en toda la playa , y forman una grande línea , que en esto consiste el ser mas ó menos buena la funcion de aquel año. Alli se están haciendo fuego , principiando por una punta , y hasta concluir la otra no vuelven á principiar , siguiendo esta alternativa por espacio de una hora : concluido el fuego , pasan delante del bajá , que sale á presenciarlo , y le saludan con una profunda reverencia y un viva , retirándose cada cual á donde mejor le acomoda. En estos tres dias que dura su alegría y juegos , manda el bajá que todos los judíos y europeos no salgan á la calle para no esponerse á ser maltratados por los moros del campo.

El bautismo , ó circuncision , tiene su época en todos los meses de setiembre , para cuyo efecto da orden el sultan , asi como en España avisan los obispos á la confirmacion , que los moros llaman la pascua de la crisma. En estos tres dias,

tambien mandan recoger á todos los renegados para este objeto ; pero se libran la mayor parte , porque en los dias señalados huyen á las montañas , ó se esconden en los pueblos , salvándose asi , pues hasta otro año , ya nadie tiene facultades para hacerlo sin consentimiento del individuo , porque es una operacion cruel y peligrosa en edad avanzada , y no como se cree generalmente en Europa. Sucede á la operacion una grande hemorragia , despues la gangrena , y por último la muerte , como se verificaba antes con muchos de los renegados á quienes no los curaban como era necesario , y por lo mismo prohibió el sultan que nadie lo pudiese verificar con ellos , y sí cuando él lo mandase , para cuidar en tales dias de sus alimentos y medicinas , y no esponerlos á que fuesen víctimas del capricho de los demas moros. Con este motivo no los persiguen ni obligan mucho , mirando esto con demasiada indiferencia , apeteciendo solo que se observen bien todos los actos religiosos ; pero no pueden casarse sin estar circuncidados , aunque tambien hay muchos que lo verifican sin este requisito que se oculta por ambas partes.

Reniegan muchos cristianos, porque escapándose de todos los presidios de España, que están en sus costas, el cónsul español, no permitiendo darles libertad para otro punto fuera de España, les obliga de este modo á que ó abracen la Ley Mahometana, ó devolverlos al gobierno español; y esta es la razon de verse precisados á sumergirse en el precipicio que por parte de los cristianos se les tiene preparado en aquel pais, para sustraerse los infelices del castigo cruel que indudablemente se ejecuta con ellos en sus respectivos presidios; y se puede contar que hay lo menos mil y quinientos en solo el imperio de Marruecos, gimiendo y sumergidos en la mayor miseria y desesperacion, por los motivos referidos.

Se puede casar un moro hasta con cuatro mugeres, divorciarse con muy poco motivo y volverse á casar: la muger no puede hacerlo, á menos no se le dé mala vida, ó le falte el marido al trato de la boda; pero uno ú otro tienen que mantener á los hijos hasta que estos puedan ganarse por sí el sustento y demas necesario para la vida: no se pueden casar una vez divorciados, ínterin no pasen tres meses, para observar si la muger quedó

embarazada, y saber quien debe mantener en este caso al hijo que nace; en esto se conviene en las capitulaciones del matrimonio, ó divorcio, ante el escribano que los casó. Se casan muchas veces sin saberlo los novios, ni menos conocerse: los padres se juntan, hacen una pintura muy exacta de sus hijos, como tambien si la novia está ó no, virgen, y se ajustan despues como si fuera otra cualquiera cosa. Conformados en lo que debe dar el novio de dote á la novia, ya en el momento, ó ya á plazos, lo que le debe dar para vestir, y lo mensualmente para comer, y por último, lo que el novio debe darle particularmente al padre de la novia (por tener derecho de casar á su hija la primera vez, pues que habiendo salido de la patria potestad, ya no tiene acion en otra boda que se ofrezca con la misma hija, á exigir por su parte derecho alguno ni obligarla contra su voluntad), se cierra el contrato matrimonial, van á casa del adul (ó escribano) y con anuencia del cadit (ó cura) estienden la escritura, y queda hecha la boda: los padres se lo comunican á los hijos, y no tienen accion de deshacérsele, sino, conformarse con su voluntad. El dia que han señalado para juntar los novios, cada uno convida

á sus parientes y amigos en sus respectivas casas : allí entretienen á ambos cantando , bailando y comiendo ; pero las mugeres estan separadas en el cuarto de la novia , y los hombres en otro : concluida la fiesta llevan á la novia al baño muy tapada , y cuando vuelve la adornan muy bien. La pintan la cara, manos y pies, con blanquete , arrebol y lunares negros : en seguida la meten en una jaula , la cual cubren con una sábana para que no se pueda ver , y la adornan por fuera con muchas cintas y flores ; la suben en una mula dicha jaula , y la van sosteniendo, cantando , bailando , tirando muchos tiros , y tocando la música hasta la casa del novio , al que tambien le han paseado ya por el pueblo en un caballo , que aunque no lleva jaula , sin embargo lo tapan con un manto , y colgándole muchas armas , lo pasean de este modo por las calles ó campo , y todos sus amigos le van celebrando la boda con una música , y haciéndole salvas por todas partes. Luego que llega la novia , la colocan en el cuarto que ya tienen preparado y adornado , donde ha de dormir con su marido : allí redoblan las mugeres sus cánticos y baile ; y lo mismo hacen los hombres con

el novio en otro cuarto separado. Cuando es tiempo de que pase el novio al cuarto de la novia, lo acompañan hasta la puerta, y dejándolos solos, los cierran y se quedan esperando. Llega el novio á la cama donde encuentra á la novia sentada y tapada, guardando un profundo silencio: la va desnudando, y entonces es cuando se ven por la primera vez; ambos consideran si se gustan ó no; el novio si entró su consorte con la condicion de la virginidad, se acuestan, despues sale á la parte de afuera, tira un paño blanco que tenia la novia debajo preparado, lo toman todos los que estaban esperando para llevárselo á los padres de la novia, y entonces es cuando se desengañan de la buena ó mala conducta que ha tenido la hija. Si ha sido buena, llevan á los padres el referido paño con mucha música, tiros y algazara; pero si no, marchan con un profundo silencio; en cuyo caso tiene derecho el novio á devolvérsela al padre cuando quiera, y pierde otro tanto este de lo que tenia tratado, por haberlo engañado en las señas ó demas del contrato; pero rara vez sucede esto, pues saben lo bastante las morras sobre esta materia.

Las músicas de los moros consisten en llevar muchos bombos y una especie de clarinetes, con que tocan dos ó tres tocatas nada más en todo el imperio, sin que jamas se varíe en lo mas mínimo: esta música ó tocatas, se parecen en un todo á la armonía que en España hace la dulzaina, para que bailen los osos, ó una especie de gaita gallega. Los demas instrumentos de música particulares, no valen nada, y son en un todo estraños y opuestos á los nuestros.

Los entierros son poco mas ó menos como en Europa, sin mas diferencia que no necesitan ni para auxiliar ni para enterrar á ningun sacerdote, pues todo lo hacen los amigos del difunto. Las mugeres, bien sea en realidad, ó bien fingido, demuestran el mayor sentimiento: lloran, se rompen los vestidos, se arañan la cara, y se la ensangrientan mucho, se tiran de los cabellos, y por último hacen muchos extremos. Todos los viernes que son los domingos, se dedican á visitar en el campo santo cada cual á sus difuntos, le hacen compañía al lado de la sepultura, le rezan, y por último les dejan unas guirnaldas ó yerbas aromáticas, hasta otro domingo que las renuevan, si se han se-

cado. En este estado les dejé la relación de mi historia á los marineros y demas para dar lugar al descanso, ofreciéndoles continuaria al dia siguiente explicándoles el resto de sus costumbres.

CAPITULO XI.

Despues de habernos desayunado y arreglado todas las maniobras del barco, con la mayor ansiedad esperaban la continuacion ofrecida, y para complacerles la seguí en estos términos:

Todos los moros estan armados y dispuestos para la guerra; pero no se llama moro de rey ó soldado, sino aquel que percibe sueldo. Este es muy corto, pues los de caballería no tienen mas que treinta y dos reales mensualmente, y los de infantería veinte y uno, siendo de su cuenta mantenerse y equiparse de todo lo necesario.

Cuando estan en paz tienen precision de abonar cuantos robos hagan si se cometen antes de las cuatro de la tarde; porque á esta hora se concluyen todos los trabajos, y nadie puede caminar sino con su cuenta y riesgo: luego que se ha verificado el robo, dan parte al bajá ó

alcaide del término en que se ha robado, y le abonan el importe á cuenta de todo el vecindario ; pero se detiene para averiguar si es cierto lo que dice , ó hasta que parece el robo , dándole de comer en este tiempo para que no padezca detrimento alguno : mas si estan en guerra en la provincia por donde caminaba el robado , en este caso nada tienen que reclamar , pues se desentienden de todo. Luego que se ha dado parte de un robo , inmediatamente corre la palabra y salen á caballo , lo mismo que cuando el robado vocea para que acudan á su favor , pues en uno y otro caso , todos los moros tienen precision de acudir y auxiliarlo. Hacen esta llamada , subiéndose á lo mas alto de los cerros ó montañas , donde toman una manta y hacen como que estan sacudiendo entre dos y al momento acuden : indagan , averiguan , y buscan de tal modo , que por lo regular siempre parece lo robado , pues no se tiene ninguna consideracion , y se acusan unos á otros de tal forma , que hasta en sus mismas familias lo verifican , asegurándose que de callarlo faltan á la religion y particularmente decaen de la gracia del profeta Mahoma ; pero esta justicia rara vez sucede,

porque casi siempre estan en guerra cuando se roba. Todo ladron tiene pena de cortársele una mano ; si vuelve á robar, le cortan la otra, y por último le quitan la vida : para cortar la cabeza á los reos que sacan al suplicio , no necesitan preparativo alguno , lo sacan entre dos ó tres soldados, que lo llevan asido muy bien y le hacen que él mismo vaya publicando su delito ; le obligan tambien á que se vaya auxiliando, y cuando mejor les parece, el soldado que ya va preparado detrás con un buen alfange, le tira un tajo al cuello , que si no es suficiente , está dándole hasta que le corta la cabeza ; mas los hay tan diestros y forzudos , que por lo regular del primer golpe se la cortan: luego la presentan al bajá para testimonio de que se ha ejecutado la sentencia , y da parte al sultan en satisfaccion de su mandato.

No permiten hablar á los renegados con los cristianos , porque sospechan que es para tratar de fugarse , ó para faltar á la religion mahometana , bien bebiendo vino , ú otro licor , ó cometer cualquier otro esceso de los cristianos. Menos los dejan residir en los puertos, pues tienen los bajaes una real orden que lo prohíbe; sin embargo, hay mucha tolerancia por

los bajaes y alcaldes en este particular; pero cuando mejor les parece los mandan prender y los internan hasta el depósito. Tienen los moros sus sagrados como en España, y aun con mas amplitud. Es lugar sagrado toda iglesia y ermita donde está enterrado algun santo: si se agarra en la calle, casa ó campo, á uno de los santos de la familia de Mahoma, tambien es sagrado; y por último, si el sultan ha regalado algun caballo (en cuyo caso le cuelgan una señal para distinguirle de los demas) y si el delincuente puede asirse á él, ya no le pueden castigar, porque aseguran que tiene el caballo el goce de sangre real: pero ningun sagrado vale allí mas que por todo el tiempo que el delincuente permanece en él, pues al momento que lo dejan, los prenden y castigan; así sucede que por lo regular permanecen allí, hasta que se compone y arregla el asunto con las partes agraviadas, bien resarciendo el daño ó perdonándolo, y á veces se arreglan en el castigo que ha de sufrir.

Son tan fanáticos los moros, que creen como cosa cierta en duendes, brujas y hechiceros: para librarse de ellos, en muchas partes cuelgan las calaveras de

los caballos y mulas , porque aseguran que es un remedio muy bueno contra aquellos maléficis.

No pueden comer ninguna carne , sin que esté degollada segun manda la religion. Toman el animal , y mirando hácia el Oriente , le degüellan pronunciando al propio tiempo Besmelá , que quiere decir en el nombre de Dios. Para que se pueda comer , deben haberle cortado todas las vértebras , antes de que haya espirado , pues de lo contrario tienen precision de tirarlo. Los cazadores (que son muy pocos) al tiempo de tirar á la pieza , dicen la referida palabra Besmelá , y si antes de espirar no han llegado á tiempo para degollarla , tampoco les sirve ó la tienen que vender fingiendo que es muerta con todos los requisitos necesarios.

No se puede pasear en sala , plaza ó paseo , desde arriba abajo como lo hacen en Europa por ser contra religion , ni menos llevar las manos puestas á la espalda. Tampoco se puede saltar por encima de nadie al entrar por alguna puerta ú otra parte que estan sentados , y si se verifica , le mandan que deshaga el brinco , pues ademas de ser pecado , dicen que se iria secando y enfermado el

sugeto que estaba sentado. Siempre que se principia á comer ó á hacer alguna cosa, dicen la palabra Besmelá, y cuando se concluye pronuncian la de Janduilá, que esto quiere decir, gracias á Dios; en fin en todas cosas repiten dichas palabras.

Sus saludos son bastante regulares: los de una misma edad se tocan las manos derechas muy ligeramente, y cada cual se lleva su propia mano al corazon, como indicando su pureza en la amistad y cariño, y cuando no se la llevan al lado del corazon, se besa cada uno su mano, y concluyen preguntándose por su salud y demas; pero si son de diferente edad ó personas respetables, tales como el bajá, alcaide, cadí, santo, y anciano, en este caso, los menores les dan una cabezada ó reverencia, besándole la manga del vestido ó encima del turbante cuando estan sentados, y sigue despues la palabra, etc.

Todos aman la soledad y el retiro, por cuya razon tienen muy poca sociedad ó reuniones. Se sientan en cualquier parte de la calle, portales ó campo, y siempre con el rosario en la mano. No conocen mayor recreo y delicia que las

mugeres , el caballo y la escopeta : con las mugeres debo asegurar que no es por amor ni cariño , sino por su estremado temperamento , pues á pesar de estar casados con una , dos , tres y cuatro mugeres , tienen tambien jóvenes de su mismo sexo , de lo que sin dñda son causa sus alimentos ó clima. Es inesplicable la relajacion de costumbres que tienen sobre este punto , y sin embargo , son por orgullo é ideas religiosas muy celosos y adustos en extremo con sus mugeres. Ellas al contrario , son agradables , amorosas , tiernas y espresivas , aunque las tratan á las infelices del modo mas cruel é indiferente : las hacen trabajar mas que lo que les permite su sexo : las envian por leña , las hacen moler el trigo por unos molinos de mano que tienen en cada casa : trabajan la mayor parte de ropa en uuos telares que casi todas tienen ; y en fin , otras muchas cosas á este tenor , que puede decirse son las mulas de la casa. A todas estas faenas llevan al mismo tiempo á sus hijos pequeños liados y sostenidos en la espalda en una especie de mantas , y á pesar del mal trato é indiferencia que les tienen sus maridos , los respetan considerablemente , y viven con la mayor con-

formidad por no conocer otra cosa en el trato social. Son tan lascivas, que á pesar de los grandes castigos que tienen, parecen á las mas prostituidas en Europa, y esto lo causa no poder satisfacer y cumplir con ellas el marido, pues estando casado con mas de una muger, aunque se haya estipulado en el trato que deben dormir con cada una por dias, semanas ó meses, siempre se inclina y prefiere el marido á la que mas le agrada, y entonces la envidia ó competencia trae resultados de quimera y guerra continua en cada casa: tanto por esto como por sus inclinaciones, se abandonan con el mayor exceso. Como las castigan con todo rigor si se las pilla en alguna infidelidad, tienen mil ocasiones para hacer su gusto sin comprometerse, y rara vez se verifica ningun castigo. Es de religion no poder entrar el moro en ninguna casa á menos no lo consienta el dueño, en cuyo caso para no ser vistas se retiran y esconden las mugeres; esta es la razon porque no pueden jamas sorprenderlas. Tambien es de religion que las mugeres vayan al baño un dia al menos en la semana: con este motivo se juntan alli las amigas, y fraguan é inventan todos sus enredos,

protegiéndose mutuamente en sus planes. Se cambian la ropa , y cada cual se va á evacuar las citas que tiene : así , por mas que el marido la vaya siguiendo hasta el referido baño , como despues sale con otra ropa , solo sigue á la otra mora que efectivamente lleva el vestido de su muger , y se queda á la puerta de la casa en que dicha mora entra : despues su muger propia , que ya vuelve de la cita que tenia , se entra en casa de su amiga delante del marido que estaba en la puerta esperándola , y vuelve á salir con su ropa propia ; asi aunque el marido la pregunte y reconvenga , pone por excusa que fue á ver á su amiga que estaba enferma , y queda satisfecho : con este y otros enredos al mismo tenor , jamas puede descubrirse la verdad. Se pintan la cara con agujas y colores , como los dibujos que se hacen algunos soldados , presidiarios y marineros de España : como no tienen bello en ninguna parte del cuerpo por ser contrario á la religion , se pintan tambien en las partes mas reservadas en igual del bello, flores y otros ramos y dibujos de varios colores , con el fin de agradar mas al hombre ; pero esto lo hace solo la gente ordinaria y mas abandonada , pues

las demas clases distinguidas lo tienen por bajeza. No quieren á ningun europeo, por que sus gustos, tratos y diversiones, son opuestos en un todo, y ademas porque son fanáticos con extremo en su religion.

No tienen mas fábricas que de jabon blando, de aceite, vidriado basto, suela y cordobán, pues todo lo demas se lo hacen ellos en sus casas.

Las casas de las moras, son iguales poco mas ó menos á las de las judías que ya llevamos manifestadas, y solo se diferencian en que antes de entrar en el patio ó cuerpo de la casa, tienen algunos pequeños callejones que dan vueltas y revueltas con el fin de que cuando llamen tengan lugar despues de abrir de no ser vistas las mugeres; asi es que el moro cuando llama tiene precision de retirarse tres ó cuatro pasos á la derecha ó izquierda de la puerta, pero jamas al frente, para dar lugar á que se retire ó se tape la mora.

Tienen dos pascuas cada año, y hay precision de matar al menos un carnero en cada matrimonio: lo componen, adoban y guardan como si fuera la matanza de cerdos que se hace por san Andres en España, de manera que estas dos pas-

cuas si hay en el imperio tres millones de matrimonios, matan ocho ó diez millones de carneros; y en tiempo alguno matan á ningun animal que no sea dañino por ser contra religion á no ser para alimentarse.

No conocen la imprenta, hospitales, ni otros establecimientos, y sí solo tienen con abundancia escuelas, hasta los moros que hay ambulantes en el campo, donde nada les enseñan mas que las oraciones religiosas, leer, escribir y contar.

No toman precaucion alguna cuando hay enfermedades contagiosas, como pestes, calenturas, sarna, tiña, y otras enfermedades, porque aseguran que todo lo manda Dios, y no deben guardarse de nada, y duermen y comen juntos sin la menor aprension ni repugnancia.

Todos los años salen uno ó dos barcos á la Meca (ó Jerusalem) cargados de moros que van á las peregrinaciones, y cuando vuelven, con solo haber visitado al Profeta Mahoma, quedan hechos Jáches, ó nobles; pero no se les tiene otra consideracion en esta categoría mas que poder pasar entre los demas moros, como inteligentes, por haber corrido muchas tierras; y tambien para distinguirse por buenos moros, asi

como en España se tiene consideracion á un buen cristiano.

Van tambien por tierra á la referida peregrinacion, gastando un año en este camino, manteniéndose de lo que les dan en el tránsito. Para distinguirse, llevan en un palo largo un estandarte ó bandera pequeña de varios colores, un gran rosario al cuello, y algunas otras frioleras como los peregrinos europeos.

No hay mas oficinas que las de las autoridades, que solo consisten en sus escribanos que llevan apuntes de todo lo que practican, como son matrimonios, repartos de contribuciones, su distribucion, y algunas otras cosas: los cadís, ú obispos llevan iguales apuntes de matrimonios, nacimientos, ventas, etc.

Hay una hermandad ó cofradía que se llaman los isagües, que tienen por patrono ó santo á Sidiveneisa, que quiere decir segun dicen, Cristo, y á quien le tienen la mayor veneracion y respeto, por asegurar que era primo de Mahoma; es en concepto de ellos el intercesor ó abogado de los imposibles. Bajo la capa de este santo se fingen muchos moros que estan en su gracia, esto es, que ni aun el fuego les quema, asi como los incombustibles ó salu-

dadores que se fingen en España; y por esta razon se filian en esta hermandad engañando al pueblo con mil embustes. Llevan culebras vivas, á las que hablándolas en el nombre del santo, obedecen todo aquello que se les manda: son titiriteros ó saltimbanquis, que con estos embustes y tonterías engañan y sacan el dinero á los crédulos é inocentes. Tienen una fiesta cada año que se juntan todos ó la mayor parte del gran número que hay en la ciudad y corte de Mequinez, que es adonde está la ermita del santo á la orilla de la ciudad. Allí celebran su fiesta por tres dias, en los cuales dicen los despreocupados que toman un poco de soliman con leche para engañar al mundo estos chalanes ó gitanos. Se ponen furiosos, y se embriagan de un modo muy raro y extraño, pues ademas de ponerse encarnados hasta los ojos, que desencajan con unas miradas atroces, bailan, saltan, ahullan, bramán y chillan todos á un tiempo, y entonces es cuando aseguran que estan en toda la gracia del santo. Forman en los tres dias un corro ó rueda, y los isagües ó hermanos mayores estan con unos grandes palos con mucha circunspeccion y respeto, fuera de la rueda ó círculo

para el que se separe y salga de él ó se desmande en su locura ó embriaguez, castigarlo en el acto mismo, y sin dejarle salir, le declaran fuera de la gracia del santo. Se cuenta mucho de esta gente, pues aseguran que cuanto se les presenta en la rueda en tales dias, lo devoran y desaparece al momento, comiéndoselo todo, sin que quede señal ni rastro alguno: dicen que muchas veces han probado los reyes á echarles tigres, leones, toros y demas animales, y que al momento los han despedazado y comido aun los huesos y astas: en fin, son engaña muchachos y saca dineros; pero suelen suceder desgracias, y por lo mismo en tales dias hacen retirar á los judíos porque de no hacerlo, los atropellarían antes ó despues de la funcion.

La ciudad y corte de Féz, está situada en una llanura á unas cuarenta y cinco leguas de Tánger, tiene unos ciento veinte mil habitantes con sus alrededores ó arrabales: está amurallada y cerrada, pero no tiene cañones: hay muchas calles sin salida, y de noche tienen muchos barrios que no se puede salir ni andar de unos á otros despues de las ánimas, pues los cierran con unas puertas que hay al

efecto. El palacio del sultan es muy grande, está situado en la orilla de la ciudad. Todos los alrededores de Féz estan poblados de huertas y jardines: tiene muchas iglesias con magníficas torres y edificios: sus casas tienen hasta cuarto ó quinto piso, y todo construido por el orden y costumbre de los árabes: sus calles malas, estrechas, oscuras, sucias, y sin ninguna simetría: hay un gran mercado donde todos los moros de las cercanías hacen su comercio, y para ello se abastecen de los puertos de su imperio, de lo poco que se gira en él. Los negros que traen del interior, se venden en este mercado: los tienen encerrados en un corral; y el comprador, luego que cierra el trato, los reseña bien con fuego en la cara ú otra parte, ó como mejor le acomoda sin ninguna consideracion, sea muger, niño ó viejo. En la escritura de venta que se practica ante el adul (ó escribano) consta la marca que lleva para en el caso de fugársele, poder reclamarlo y castigarlo á su voluntad: luego que el amo se quiere deshacer del esclavo, lo saca al mercado y le vende como mejor le parece; y si quiere darle la carta de libertad por los muchos servicios que le haya he-

15:

cho , se otorga ante el escribano , y queda libre sin que se le pueda afrentar porque haya sido esclavo; pues queda como los demas moros apto para todo empleo y servicio , no conociéndose en aquel pais oficio bajo ni degradante , porque la alternativa es igual entre el poderoso y el infeliz : este ejemplo puede servir para convencerse de que la libertad y la igualdad no son sinónimos , y que no puede existir la una sin la otra en la vida social y en la de los bosques. La ciudad está dividida por un pequeño rio que la atraviesa : toma el nombre de Féz la vieja toda la parte del referido rio , y Féz la nueva la otra parte : trabajan casi todos los vecinos las fajas de seda y lana , y algunas otras frioleras con bastante propiedad. Siembran en todo el imperio bastante tabaco y quife: este quife es una planta parecida en todo al cáñamo español en todas sus partes; pero es distinto el uso que hacen de él los moros. Con las hojas y simiente de este quife, lo cuecen por espacio de cuatro horas, añadiéndole despues manteca fresca; luego que se ha embebido , lo apartan y lo esprimen con un lienzo muy fuerte; con la manteca y jugo que sale, le añaden miel, y harina , hacen unas

pastillas del tamaño de un caramelo, siendo el resultado despues de comerla embriagarse de una manera muy prodigiosa: no se pierde el sentido ni conocimiento, pero ataca esta borrachera de tres modos muy diferentes ; el primero da por comer mucho sin que nada le satisfaga: el segundo por reir con extremo, y sin que pueda de ninguna manera contener la risa; y el tercero por dormir mucho, y cuando no está en un profundo sueño, y sí, como un poco aletargado, no nota mas que un calor terrible en el vientre; pero cuando sube el vapor del estómago á la cabeza, que se verifica esto á cada instante, es el mayor prodigio que causa en estos momentos: se pierde la memoria y la palabra que estaba pronunciando, y vuelve otra vez á su estado natural; siguiendo esta alternativa hasta lo menos cuatro horas que dura la embriaguéz: cuando asciende el vapor á la cabeza, parece que sube una nube, y que estalla en el cerebro, presentándose al mismo tiempo á la imaginacion, unas ideas é ilusiones pintorescas tan extraordinarias, que el mejor poeta ó pintor jamas podrá tener una idea: ya se ven magníficos jardines, ya dibujos los mas primorosos y bo-

nitos , ya una porcion de fieras y figuras horrorosas y estraordinarias , y en fin, otras varias cosas , que verdaderamente los pintores ó retratistas pudieran hacer muchos adelantos con esto , pues quedan grabadas las ideas en la imaginacion por mucho tiempo. No se pierde el juicio como se lleva dicho , pero queda despues tan flojo y desabrido como si efectivamente hubiera tenido una grande fatiga , y mucho mas si ataca á las nervios , que es cuando le hace reir , saltar y brincar contra la voluntad del paciente. Esta planta y composicion la tienen prohibida los moros, pero se tolera demasiado , pues los gefes les gusta usarla. Tambien fuman las hojas del referido quife en la pipa, y se aletargan un poco , pues solo sirve para dormir bastante.

Desde Tánger á Féz , no se encuentra mas villa que Alcasár , distante como unas quince á veinte leguas del referido Tánger : está situada en una hermosa llanura , rodeada de huertas y muchos árboles y amurallada ; pero sin cañones , y en todo lo demas como en las otras villas : tiene como doce mil habitantes entre la villa y sus arrabales. En lo demas del camino , se encuentran alcazabas , chiveles,

aduares ó cavilas. Las alcazabas no son otra cosa que una muralla cercada con sus puertas ; y dentro hay muchas chozas de barro, cubierto el techo con paja ó anea, cada una tiene un alcaide que hace de gobernador y manda á su voluntad, escepto en los asuntos que tiene que intervenir el bajá á quien está siempre sujeto en todos casos. Los chiveles son una porcion de chozas, tambien construidas de piedra y barro como las de las alcazabas; pero no tienen ninguna muralla, siendo lo demas lo mismo en todas sus partes. Los aduares ó cavilas, que los hay con abundancia, no son otra cosa que muchas familias reunidas bajo de un alcaide, y siempre andan ambulantes; pero sujetos al bajá del término donde se detienen á sembrar, y al que dan cuenta para su inteligencia y gobierno : llevan unas grandes tiendas de campaña, y se sitúan donde mejor les parece ; celebran mercados en medio del campo en sitios que de tiempo inmemorial tienen señalados; siembran y recogen sus cosechas, y se mudan cuando quieren, pues la mayor parte del terreno es libre, y solo tiene derecho el sultan á exigir las contribuciones de aquellos que lo cultivan: en fin, son pueblos ambulan-

tes, que dejau escondidas y enterradas sus riquezas en unas mazmorras ú hoyos que preparan muy bien con maderos y paja, para evitar la humedad: alli encierran de oculto lo mejor que poseen, quitando despues la tierra que se ha sacado, y tapándolo muy bien, lo labran y se marchan á otra parte. Toda esta gente vive muy miserable, comen y visten muy mal, no consumen pan, mas que cuando van á las ciudades, y fuera de este caso solo se alimentan con una torta de aldorada, especie de maiz muy menudo mezclado con trigo, que luego que se enfria, se pone muy agria y negra; leche que tambien la ponen agria de intento, pues aseguran que es mejor y muy refrescante: manteca fresca, que todas las moras saben hacer ya de vaca, de oveja, ó de cabra: carne de camello, que es lo mismo que la de vaca; y por último un alcuzcuz muy malo; pues como los pobres no tienen tahonas como en las ciudades, y los molinos que tienen de mano, no son tan buenos como los de las demas moras, esta es la causa de comer tan mal. Este alcuzcuz es la comida que generalmente tienen todos los moros: es un alimento muy sano, y se compone con masa como

la de los fideos, sin mas diferencia, que en vez de ser hebras largas, son redondos y muy pequeños, como mostaza ó perdigones para matar pájaros: lo ponen en una cazuela taladrada, de modo que no se salga, y la cubren ó tapan con otra cazuela igual: en seguida la ponen en el puchero que está á la lumbre hirviendo con la carne ó manteca ú otra cosa, lo mismo que si fuera una tapa ó cobertera; y con el vaho que recibe y va calando y traspasando estas cazuelas, se cuece muy bien, sin que se pegue ni se junte la referida masa, que queda tan suelta como el arroz: el que puede, le añade carne, manteca, leche y canela, patatas, verduras, y si no lo comen con sola la sustancia que ha recibido del vaho ó vapor del puchero.

Todos comen con la mano á puñados y sentados en el suelo: para ello se las lavan antes, sacuden sobre la misma cazuela todo lo que queda de comida en las manos, boca y barbas; y si es líquido, como leche, caldo, etc., tienen una grande cuchara, la cual va pasando de mano en mano al efecto. Esto sucede en todo el imperio desde el mas chico hasta el sultan, pues es uno de los preceptos religiosos.

Sus campiñas son hermosas y muy buenas , y si estuvieran en cultivo habria para abastecer la Europa de muchas cosas : hay abundantes rios , y grandes lagunas : no tienen caminos , puentes , barcas , minas , fábricas , comercio , artes ni ciencias : viven indolentes y ociosos , y la causa es , que el sultan cuando quiere , llama á aquel que sabe ó le han dicho que tiene mucho dinero ó cosa que lo valga , le pide una suma grande , y si se la niega , le manda dar todos los dias una grande paliza ; si no declara lo que tiene , y no cumple con el pedido que le ha hecho , le suele cortar la cabeza ; y esta es la razon porque hay tanta miseria y abandono , constituyéndose á pasar con lo mas preciso . El que tiene riqueza , aparenta miseria y la esconde toda ; siendo tan miserables é interesados , que muchos mueren sin manifestar lo que poseen , ni aun á sus familias . De aqui nacen los tesoros que se dejaron en España , y que muchos han encontrado despues de algunos siglos : por esta indolencia , se abandonan al robo y á guerras continuas , pues solo dependen sus querellas en ver cómo se pueden robar unas provincias á otras .

El sultan se titula rey de Féz y Mequi-

nez, emperador de Marruecos y señor de Taflete; tiene precision de vivir en las tres cortes cuatro meses en cada una, á menos que no se lo impida la guerra ó alguna otra cosa. Está casado con cuatro mugeres por no permitirle mas la religion; pero cuando se traslada de una corte á otra, se divorcia con las que deja si le parece, y se casa con otras cuatro en la otra corte; cuando vuelve deja aquellas y se casa de nuevo con las que ha dejado ó con otras: en fin, es una alternativa que hace á su voluntad y capricho; pero nunca tiene mas de las que encarga la ley, sin poder ni aun ver á ningnna otra muger: de aqui nace lo que se llama en Europa el serrallo, aunque mal entendido. La mora que ha sido casada con el sultan, queda siempre en el palacio con el carácter de sultana, y sus hijos son lo mismo, respetados y mirados como herederos á la corona; esto es, que nadie puede ser rey, á no ser de casa real. De estas sultanas divorciadas suele regalar el sultan á aquellos mas favoritos suyos, y es la mayor expresion que se puede hacer; pero sucede muy pocas veces, pues se casa y se des-casa por lo regular con las mismas que deja y toma, sin que pueda verlas cuan-

do las ha dejado ; pues los moros le obligan á que guarde la ley con el mayor rigor , y por lo mismo les ponen los eunucos y guardias para que se cumplan los preceptos religiosos en todas sus partes.

Hay alguno que otro puente, y aun dicen los moros que estan fabricados por los portugueses , en tiempo que dominaban parte de este imperio: aun conservan los moros una pirámide en la mitad del camino de Tánjer á Fez, situada en medio de una llanura grande, que segun dicen, fué donde perdieron los portugueses la última batalla, habiendo sido la mayor parte degollados en aquel sitio; por lo mismo la conservan alli, para memoria de sus hazañas.

Este imperio es compuesto de inmensas llanuras, aunque tambien hay bastantes montañas; está poblado en muchos sitios de espesos montes, de carrascas, jarras y otros árboles.

Se pueden contar unas treinta poblaciones en todo el imperio, siendo las mas notables, Marruecos, Fez, Mequinez, Mogador ó Suera, Rabata, Salé, el Arache, Tánjer, Tetuan, Huasan, y Alcasár; pues todo lo demas se compone de pequeños chiveles, alcazabas, y cavilas ó aduares

ambulantes, siendo la mayor parte de su poblacion de esta última clase, como queda referido: tiene cada cavila su nombre y Alcaide para distinguirse entre sí.

Es costumbre de los moros cuando piden á otro un favor si no se lo concede á las muchas instancias que le hace el quitarse el turbante y tirárselo á los pies, en cuyo caso sino le concede lo que pide ó suplica, se le tiene al que niega por un grosero, ridículo y despreciable. Tambien sucede que cuando van á robar á alguno y principian á darle palos, si tiene fortuna el atacado de asirse del ladron mas anciano, y le besa la ropa ó el turbante, es honor suyo impedir que se le castigue, contentandose solo, con robarle y aun muchas veces se abstienen de todo: lo mismo sucede cuando riñen, ó se ven en otro cualquier peligro.

De nuevo tuve que volver á suspender mi historia, por tener que atender los marineros á las maniobras que fueron necesarias hacer á causa de haberse levantado un viento fuerte.

CAPITULO XII.

Arreglado todo y siendo el viento mas benigno , les concluí mi narracion del modo siguiente:

La ciudad y corte de Mequinéz está situada doce leguas de Féz , en una hermosa llanura, unas treinta leguas distante de Tánger, y es de las mas bonitas del imperio : tiene como setenta mil habitantes, contando con los arrabales : hay dos murallas, aunque ninguna tiene cañones que la defiendan. La primera está cercan- do á la ciudad á distancia de una legua, encerrando muchas huertas y tierras de cultivo de forma que podia resistirse, si fuera en Europa, por mucho tiempo. La segunda circuye á la poblacion : pasa un pequeño rio por sus alrededores, al pie de la muralla. En todo lo demas esta ciudad sigue el mismo orden de las del imperio.

El pueblo ó alcazaba de Burey está situado á seis leguas de Mequinéz y sujeto

á este corte: allí mandan á todos los renegados, con el sueldo de un duro al mes, y viven como en depósito: cuando quiere el sultan algunos, bien para su servicio en el palacio en clase de criados, ó bien para ayuda de la poca artillería volante que tiene, manda llamar á los que necesita: ninguno de los renegados puede salir del referido depósito sin esponerse á un castigo y perder la pensión: si no les toleran á estos los alcaldes ó bajáes, que permanezcan en sus respectivos pueblos buscándose la vida, los devuelven de justicia en justicia, pero hay bastante tolerancia sobre este particular: tiene Burey unos dos mil habitantes: este pueblo fue destinado y regalado por un sultan á todos los renegados, que le conquistaron unas provincias que se habian sublevado contra él, y á las que no podia reducir bajo sus órdenes: ochocientos renegados tomaron la demanda; fueron á las provincias revolucionadas, y no solo las conquistaron á la fuerza, sino que al sultan le presentaron los despojos con todos los prisioneros; por cuyo servicio les hizo donacion del referido pueblo con todo su término, y privilegio de que ninguna otra persona pudiese cultivar

lo mas mínimo de él: asi es que alli se establecieron y casaron , teniendo la mayor parte grande estimacion del sultan ; pero posteriormente fueron abusando , y se grangearon un desprecio é indiferencia, porque no hacian mas que cometer muchas faltas , particularmente en los preceptos religiosos , hasta que poco á poco vino á parar este pueblo en un depósito, ó mas bien en un presidio de renegados: sin embargo , hay en la actualidad algunos establecidos y casados por el orden antiguo : la mayor parte es de renegados escapados de los presidios de Africa por causas criminales , feas y horrorosas.

El pueblo de Rábata está situado en la costa del mar Occéano ; es amurallado y fortificado por toda la parte de mar, con algunas baterías , aunque no muy corrientes ; tiene unos cuarenta mil habitantes , contando sus alrededores y arrabales ; por las orillas y al pie de sus murallas , desemboca al mar un grande rio : es de los mas bonitos del pais , aunque sigue el mismo orden : el barrio de los judíos tiene sus calles á cartabon , y muchas casas bastante regulares ; pero es muy sucio : hay un buen mercado ; el comercio con Europa , es muy poco y por

el mismo orden que los demas de este imperio: dista de Mequinéz unas treinta leguas, y de Tánger como unas cuarenta.

El pueblo de Salé es otra villa situada en la misma costa y lo mismo que Rabata en todas sus partes, sin que haya mas distancia de un pueblo á otro que el rio que los divide; pero sin embargo son dos pueblos diferentes que tienen su mando y jurisdiccion separadamente.

Entre los dos pueblos y en la misma desembocadura del rio, tienen una fragata y dos barcos chicos bastante regulares que no los sacan al mar sino raramente: para pasar de un pueblo á otro, tienen una gran porcion de lanchones, y muchas veces no puede vadearse por la grande subida de la marea.

Toda la inteligencia de los moros en la facultad de medicina, se reduce á magnetizar: poner una paleta de hierro ardiendo sobre la parte que duele de enfermedades reumáticas ú otro dolor interior: donde se les figura que conviene, hacen con una navaja de afeitar muchas cortaduras, á fin de labrar la parte y sacar sangre; sangran como en Europa, aunque muy toscamente: los santos dan á los enfermos unos papelitos con qualquiera

oracion escrita y firmada ; lo llevan siempre consigo, creyendo los infelices que este es uno de los mejores remedios. Tambien dichos papelitos los toman con agua; sino se curan, viven persuadidos de que Dios lo manda, y se conforman con sus males: y si han logrado restablecerse, lo atribuyen á milagro del santo: por cuarenta dias les recetan tambien beban á todo pasto agua de zarzaparrilla, siendo esta medicina la mas general que mandan en cualquier mal, que ó no conocen, ó equivocan: para poder ejercer esta facultad deben tener del sultan una licencia ó título, y en su defecto doce certificaciones que recogen de los enfermos que han curado de varias enfermedades, y presentadas con los individuos ante el escribano, se autorizan y gradúan desde este momento por médicos ó curanderos, aplicando los referidos remedios á diestro y siniestro, fiados en su título ó certificaciones; pues sin estos requisitos los castigan cuando se les desgracia algun enfermo.

En el imperio de Marruecos abunda mucho la lengua española, la árabe (que ellos llaman la haryía), el hebreo, el turco (que ellos llaman el serja), y el congo de los negros; en fin, son dialectos introduci-

dos como hay muchos en España y Francia.

Tambien lo general de su moneda es española; la peseta vale setenta y dos cuartos morunos, que equivalen en España dos maravedís cada uno, pero estas pesetas han de ser cara y cruz, pues las demas no las quieren: hay poco dinero, y por lo mismo se encuentra todo muy barato.

Se conocen en esta tierra dos clases de santos: los primeros son todos los moros que suponen descenden de la familia del profeta Mahoma, y todas cuantas ramificaciones tengan, son considerados por santos y nobles, porque los reyes y ellos se suponen todos ser de una familia. Los adoran y respetan en vida, y despues en muerte. Les hacen una ermita, y alli van á dirigirles sus oraciones y súplicas; y segun la fama ó estimacion que han sabido granjearse con su buena conducta, asi es la mayor ó menor devocion que se les tiene: estos buenos santos se casan con las mugeres que la ley les permite, y es el motivo de que abunden tantos millares de ellos, en tan bendita tierra. Los demas moros los quieren mucho y hacen sus conocimientos y amistades, de tal forma, que en todos los apuros y enfermedades les rezan, les suplican, y por último les ofrecen gran-

des regalos de lo mejor que poseen; el santo los engaña, bien dándoles algunas oraciones para que los libre Dios de todo mal y los conduzca á la felicidad, ó bien los persuaden que los tiene en su santa gracia, y con esto los contentan estos buenos santos, jaectándose despues con sus amigos, de la inocencia de estas pobres gentes, que juzgan estan destinados (por sus engaños) en un todo á sus órdenes y servicios: hay otra clase de santos, que son; todos lostontos y locos, no teniéndoles á esta clase mas consideracion que respetarles en vida, y darles todo lo que necesitan, con el fin de agradar á los ojos de Dios. De este modo, muchos santos de todo el mundo, tiene Mahoma en su paraiso...!

Son respetados en sumo grado aquellos moros á quienes consideran por unos grandes sábios, cuya sabiduría consiste en escribir sobre el Alcorán, y demas cosas religiosas; pues como no se conoce alli la imprenta, estos hombres sobresalen de los demas.

El vestido de las moras es bonito y muy atractivo: consiste en un peinado todo lleno de muchas trencitas, que concluyen entre las sienes y la frente, asidas con unas figuritas de plata en cada lado, como si fuera

un clavo romano pequeño: por detras todo lo demas del pelo dividen en dos grandes trenzas que dejan sueltas y colgando como las de las judías solteras. Despues de esto, muchas llevan unos hermosos turbantes: en el cuello llevan un collar de coral, ó un equivalente, y en su defecto mucho ámbar, nacar, moneditas de oro y aun clavos de especia. Usan camisa interior de muger europea, que llega cuatro dedos mas abajo de las rodillas; otra de grana encarnada ó verde, sin mas diferencia que está abierta por delante desde arriba á bajo, y cerrada con muchos botoncitos y bordados: otra blanca por el mismo orden que la de grana; pero de un trasparente tan claro que se distingue todo el interior de la otra; estas tres camisas se ajustan con una hermosa y rica faja de oro y seda, quedando un talle precioso, con el vestido un poco mas abajo de las rodillas: como las dos mangas de las camisas exteriores son bastante anchas, (pues la interior se la ciñen mucho para que nada se pueda ver de lo demas del cuerpo) les ponen un cordon por entre las dos mangas que sale por encima del hombro y cuello, el cual con unas correderas que tienen, lo ciñen: los brazos, cuello y cuerpo, que-

dan descubiertos, formando una especie de pabellon : las puntas de estos cordones vienen despues á concluir en hermosas chapetas ó pezoneras de plata , que se ponen en cada lado y por encima de los pechos, formando una vista seductora : como los brazos quedan descubiertos, los adornan tambien con muchas pulseras ó brazaletes de plata labrada ó maziza , y desde las muñecas hasta las manos se pintan con colores , que parece llevan guantes calados y bordados. Tambien se pintan desde los tobillos hasta las uñas de los pies, lo mismo que las manos ; y lo demas de la pierna , como no gastan medias , las adornan con grilletes de plata labrada, lo mismo que en los brazos , y se calzan con chinelas bordadas ó zapato encarnado que ponen en chancleta. A poco descuido, ó cuando se sientan á lo alpargatero, por lo regular se queda descubierta toda la pierna y gran parte del muslo ; pero como es costumbre , no se forma la menor aprension ni malicia entre gente de confianza , pues no siéndolo , de ninguna manera se puede ver á la mora : para salir á la calle, se lian unos pañuelos á las piernas como si fueran medias, y despues se ponen un jáique, que es como una larga manta de lana blanca,

en la que se envuelven desde la cabeza hasta los pies; de tal modo que muchas veces ni aun los zapatos se distinguen, pareciendo entonces á unas fantasmas que pudieran compararse á un tesoro escondido, ó una diosa desfigurada; pues las moras son hermosas, blancas y encarnadas todas las que no salen al campo.

Al médico le es permitido poderlas ver, aunque sin embargo hay muchos fanáticos que no lo consienten, y se valen para curarlas de solo la relacion que se da de la enfermedad: si es preciso ver la parte dañada, cercan la cama con unas cortinas, y enseñan lo mas preciso: tampoco se puede oír la voz de la mora, pues á las preguntas que la hace el médico, ésta contesta en secreto al marido, padre ó hermano, quien lo esplica al médico; mas á los pocos dias se cansan y el médico ve á la mora, entra y sale cuando le parece, teniendo una confianza completa, si han observado la buena conducta del facultativo: tambien hay tierras donde muchas moras van aunque tapadas, con la cara descubierta, y generalmente todas las viejas y niñas que no llegan á ocho ó diez años, en cuyo caso ya las tapan y las esconden en casa.

El pueblo de Megedia ó la Mamor, es

una alcasaba situada en la misma costa del mar Occéano al pie de la desembocadura del rio mas caudaloso que tiene el imperio de Marruecos, distante seis leguas de Rabata y Salé, y unas treinta y cinco de Tánger: encierra unos mil habitantes y no tienen cañones sus murallas: para pasar el rio, no hay mas que unos grandes lanchones, y esto solo sucede en los puntos mas precisos, pues en los demas hay que vadearlo y pasar á nado.

La ciudad del Arache está distante unas quince leguas de Rabata y Salé, y la misma distancia hay desde este pueblo á Tánger: está situada en la misma costa á la orilla de otro gran rio, que desemboca al pie de sus murallas, el que tambien hay que pasarlo en unas grandes lanchas: tiene como veinte mil habitantes contando sus alrededores ó arrabales; está amurallado y artillado por todo el lado de la costa; hay muchas lagunas en sus cercanías, y algunas de mas de cuatro leguas de largo; tienen dentro del rio una fragata regular y dos ó tres barcos pequeños, pero salen muy poco al mar, lo mismo que los que hay en Rabata.

El pueblo de las Islas ó Arcila, encierra unos mil y quinientos habitantes, y dis-

ta unas diez leguas del Arache, que está amurallado, pero no tiene cañones que lo defiendan; está situado en la misma costa, distante unas diez leguas de Tánger.

La villa de Huasan dista unas veinte y seis leguas de Tánger y seis de Alcasár; está situada en la falda de una altura bastante montuosa; no está amurallada y tiene poco mas ó menos diez mil habitantes con los de sus arrabales: la mayor parte de sus vecinos son santos; y en una magnífica casa con una buena iglesia, vive el mas adorado del imperio de Marruecos, que es el mismo que ya llevamos relacionado, el cual domina y manda mas que el sultan, por su grande influencia, y es el que le aconseja lo que debe practicar en todos los apuros. Esta villa tiene un mercado como los demas pueblos del imperio; pero con motivo de ir á visitar á dicho santo, hay grande concurrencia, le llevan muchos regalos, pagándoles con una oracion y su santa bendicion, como ya se lleva dicho de los demas benditos santos.

El imperio de Marruecos está tan atrasado de luces al de los turcos, como estos lo estan en comparacion de Europa; es decir, que se encuentran en el mayor estado de ignorancia, barbarie y supersticion; pe-

ro tan soberbios y orgullosos, que estan en la firme inteligencia, que escepto lo suyo, nada vale, y desprecian todo cuanto se les presenta á su vista, aunque sea lo mas rico y admirable del universo. En opinion de ellos, nadie puede competirles, porque les han persuadido que se necesita para cada moro diez cristianos, y que jamas deben volver la espalda, como no pasen de este número; mas sin embargo, con una décima parte de fuerza, se conquistaria aquel reino muy facilmente, pero seria dificil reducirlos á entrar en las costumbres y civilizacion europea, hasta que el tiempo y el desengaño los fuese reduciendo y acostumbrando á otro estado mas favorable. Todas sus costumbres son opuestas enteramente á las de Europa: si nosotros escribimos con letras y desde la izquierda á la derecha, ellos lo hacen con una especie de taquigrafía, y desde la derecha á la izquierda: si nosotros señalamos con pluma, ellos con un pedazo de caña: si nosotros lavamos con las manos, ellos con los pies, que parece estan bailando ó pisando ubas sobre la ropa: si en el juego de pelota, nosotros damos con la mano, ellos lo hacen con los pies: si nosotros montamos á caballo con estribo lar-

go, ellos lo llevan muy corto: si comemos en mesa y sentados en sillas, con cucharas, tenedores ó cuchillos, ellos lo verifican sin mesa y sentados en el suelo, engullendo con la mano á puñados: si nos afeitamos solo la barba, ellos se afeitan la cabeza y lo demas del cuerpo, dejándose únicamente lo que nosotros nos rasuramos: si nosotros variamos de vestidos, ellos desde remotos siglos jamas lo han verificado: en fin, nada que hacen los cristianos, les es permitido en toda su totalidad, y aunque es ridículo y despreciable á nuestras costumbres lo suyo, no puede ser mejor para ellos, segun las instituciones que les marcaron los primeros legisladores. Precisamente tuvieron estos presente, que siendo una gente tan soberbia é indómita por su clima, habian de obrar de otro modo, y no les hubiera sido facil sujetarlos; así fue que principiaron por prohibirles los licores, para que de este modo no cometiesen tantos excesos; y para su limpieza instituyeron otras leyes con que reprimir y contener la escesiva miseria: y á este tenor está todo equilibrado de tal suerte, que seria necesario para mudar sus usos y costumbres, refundir nuevamente sus leyes para las generaciones fu-

turas: son generalmente muy falsos, pues jamas obran de buena fé, ni cumplen sus palabras, á pesar que su exterior aparenta todo lo contrario, pues parece son verdaderos amigos y consecuentes; pero á lo mejor lo desprecian y no se acuerdan de nada.

Este imperio está mandado por dos clases de gobierno: el primero, por el sultan y sus agentes, que solo entienden, mandan y castigan, en todo lo civil y militar: el segundo por los cadís ó sacerdotes, que tambien mandan y castigan en todo lo eclesiástico con iguales privilegios y sin que se puedan mezclar en ningunas funciones un gobierno con otro; pero ninguno tiene facultad para quitar la vida á menos no lo mande el sultan, á quien solo está reservado este poder. Los castigos son muy frecuentes todos los dias, se mandan y ejecutan sin mas procedimiento ni escrito que un proceso verbal: es un rigor y despotismo estremado, pues como estan persuadidos por sus leyes y religion que se compone todo á fuerza de palo y sable, á cualquiera pequeña falta los apalean en el acto, con unos ramales á propósito á manera de látigo de posta; sin embargo, luego que presentan ante el tribunal á algun acusado,

tiene facultades en el instante, de defenderse, citar y presentar cuantos documentos y testigos sean necesarios de una y otra parte; pero por lo regular se cometen muchos errores involuntarios, ó al capricho y antojo de los gobernadores que no tienen responsabilidad alguna. Despues de estos dos gobiernos, hay otro tribunal, llamado de Dios ó del cielo, que se practica cuando no se puede justificar el delito en los otros tribunales: si se quiere apurar, y los jueces no habiendo podido hacer justicia ni castigar á nadie por no haberse aclarado el delito, el último recurso que queda es llevar á los presuntos reos á la iglesia: el cadí, les echa un juramento lo mismo que en España cuando se ejecuta una excomunion; si nada confiesan, queda en este caso finalizado el asunto de que se trata, sin poder en ningun tiempo volver á reclamar, á menos no se patentice de una manera incontestable; pero entonces tienen las mas severas penas por haber negado antes y despues de la excomunion el hecho de que se trataba; mas son tan fanáticos, que estan negando todo lo que pueden, hasta que se ven precisados á prestar el referido juramento en la iglesia, en cuyo caso, antes de entrar, son muy pocos los que

no lo declaran, aunque saben muy bien que de hacerlo se les castiga rigorosamente, prefiriendo esto por no perder la gracia de verse al lado de su profeta Mahoma.

Son muy frecuentes en aquel pais las guerras ó revoluciones ; pero en ningun caso se mueven por querer cambiar de sistema de gobierno como en Europa , pues permanecen siempre las mismas leyes y costumbres en el pais , y sí solo por sus querellas y rencillas como ya se lleva manifestado.

Se creen las familias autorizadas para si se matase alguno de ellas, poder ejecutar lo mismo con la familia del matador, en caso de no poderlo ejecutar con el reo que hizo el daño; y de aqui nacen las guerras de familias , y aun de todo el imperio. Cuando se encuentra una ó mas provincias revolucionadas , lo primero que hacen es juntar todas las chozas y familias, formando un grande cerco en donde entran y encierran todos los ganados y demas efectos, y los moros se ponen á caballo dispuestos en todos los contornos á defenderse de los demas contrarios : en los caminos ó sendas van dejando animales muertos , para indicar que estan en guerra, y que de ningun modo cederán , si no se les hace jus-

ticia de lo que piden ó quieren. En este estado manda el sultan que se arreglen y tranquilicen, y de no hacerlo, les da facultades á las provincias mas inmediatas de los revolucionados, para que entren y saqueen todo, quedando solo para él los moros, armas y caballos: cuando quedan vencidos reparte las personas en varios puntos como desterradas, para que no puedan sublevarse otra vez. Si las provincias por sí solas no pueden tranquilizar á los revolucionados, sale el sultan á guerrear contra ellos, sucediendo asi en la mayor parte de las revoluciones. Si el terreno ó fuerza contraria son superiores, quedan independientes del sultan, esto es, que nada le contribuyen ni le pagan, como en la actualidad lo hace una de las provincias situada en toda la tierra del Rife, que pilla desde cerca de Orán, hasta las inmediaciones de la ciudad de Tetuan por toda la costa del mar Mediterráneo, y es tierra bastante montañosa, de la que puede decirse que es la sepultura de cristianos; pues á todos los españoles que se fugan de los presidios que estan en esta costa, los venden y compran los moros, y los tratan peor que á los esclavos, sin que jamas puedan salir ni á tierra del turco, ni á la de Mar-

ruecos, porque en este caso, ya nadie puede venderlos ni comprarlos porque lo tienen privado todos los sultanes; y es muy raro el que puede salir á tierra de salvacion, porque casi todos mueren alli tratados como si fuesen bestias.

Quando en la guerra el sultan quedó vencido, nombran otro si les acomoda, ó se arreglan como mejor les parece, robándole todo cuanto le encuentran: nombran á otro de su familia, para que les complazca en lo que solicitaban y no quiso conceder el pasado, y quedan tranquilos y satisfechos de todo; pero esto es por poco tiempo, pues jamas falta algun motivo de queja, y nunca estan quietos ni pacíficos.

El sultan tiene diez mil soldados de caballería para su guarda, compuesta de mulatos: se llaman los bujares del sultan, que es lo mismo que la Guardia Real, y por esta razon son pagados por él, como si fueran independientes de los demas. Quando sale á la guerra, lleva esta tropa, y ademas invita á las provincias para que le sigan en la espedicion, y con el ejército que reúne marcha con seis ú ocho cañones pedreros que tiene. Estos cañones y sus cureñas van á cargo de los moros y re-

negados : los llevan en camellos para armarlos cuando se necesitan, porque de otro modo es dificultoso por no haber caminos y carreteras abiertas. Tienen ademas unos pocos morteros que en una precision llevan con mucho trabajo, y las bombas que se necesitan se las compran á los ingleses, que son los únicos que tienen mas estrechas relaciones con aquella tierra. Marchan sin método ni formacion alguna, y van siempre en grupos ó pelotones: sus armas consisten en una escopeta muy larga y estrecha con su bayoneta; y este calibre alcanza mas que un fusil, sirviéndoles tambien de lanza: usan un sable ó alfange moruno, y las municiones las llevan en bolsas como las de los cazadores; tienen precision de pararse para volver á cargar; pues no conocen los cartuchos, y todo lo compran por su cuenta. Luego que llega el sultan con su ejército, se acampa delante de los revolucionados, pues no permite la religion que él entre en ningun pueblo, por cuyo precepto tienen todos sus palacios en las orillas de las poblaciones: desde alli les invita por un parlamento á que se tranquilicen y le paguen una multa, en castigo de no haberle obedecido y dado lugar á que haya tomado las armas. Si se conforman los revolucionados, salen con unas

vacas al frente del sultan, y mirando hácia el Oriente las degüellan, que es indicar estar conformes en un todo; pero si no se convienen y se obstinan en la guerra, se principia esta saliendo á batirse un corto número; este se aumenta y se disminuye á su voluntad, de modo que avanzan y se retiran cuando mejor les parece, y así siguen por muchos dias; si nada se adelanta y va perdiendo el sultan, publica un bando, manifestando que por cada cabeza que le presenten de los contrarios se abonará un tanto que señala, en cuyo caso se encarnizan como leones: las cabezas que le llevan, despues de pagarlas en el acto mismo, manda las lleven los portadores ensartadas en las bayonetas á las villas y cortes, para que las cuelguen en las puertas de las ciudades, y sirva de escarmiento á los demas moros. Si por casualidad vencen al sultan, lo roban todo, dejándolos totalmente encueros, y nombran otro en su lugar, ó se quedan independientes, como ya se lleva dicho.

Este imperio puede poner mas de trescientos mil caballos para guerrear contra cualquiera nacion estrangera; pero al mismo tiempo son fáciles de desbaratar y conquistarlos con la mayor prontitud, porque no pueden mantenerse reunidos con sus

escasas provisiones que cada uno lleva; por su insubordinacion é indisciplina militar; y por último, por su ninguna inteligencia; pero no se conseguiria mas que confinarlos al interior del Africa desde donde siempre incomodarian cuanto pudiesen.

Son muy diestros en el juego de la lucha, porque entre sus diversiones es una de ellas, y en la que mas se entretienen, siendo dificultoso que ningun europeo les gane en fuerza y destreza: tambien se divierten en el manejo del palo.

Así dejé satisfecha la curiosidad de los marineros, finalizando mi relacion, y al poco tiempo de haber concluido nos salieron dos fragatas españolas guarda-costas al frente de Cartagena, y habiendo abordado á nuestro buque, lo inspeccionaron y se enteraron de todo: me hicieron varias preguntas; pero nada sacaron en claro sobre mi persona, libertándome de las funestas resultas que pudo traerme esta visita, mi serenidad en las contestaciones, pues si algo hubiesen descubierto me hubiera cabido la suerte que á otros patriotas que fueron sacados de los barcos, y despues castigados con todo rigor por el gobierno español, sir respeto al pabellon á que estaban refugiados.

CAPITULO XIII.

Llegamos por fin á la ciudad de Marsella, sin ningun contratiempo, pero para que nada me faltase que probar, apenas entré en el lazareto á pasar la cuarentena, fui atacado del cólera-morbo, que entonces reinaba en toda Francia. Luché con la muerte, y pude escapar de su guadaña, quedando tan débil y estropeado, que no fui dueño de mí por espacio de dos meses, en cuyo tiempo me prodigó todos los auxilios necesarios el referido mi bienhechor don Francisco Ferrari, hasta el último dia que le fue preciso marchar á París con la mision que llevaba para el rey de los franceses. En este caso no tuve otro arbitrio que recurrir al gobierno francés y pedirle hospitalidad, como todos los demas refugiados españoles que estaban disfrutando de igual beneficio; siendo su resultado concederme un corto subsidio para cobrarle en Tours, departamento de Indre-Loire, que era uno de los depósitos de refugiados españoles, distante de Marsella mas de doscientas leguas, para donde me fue preciso emprender esta marcha con doscientos rea-

les que me dió el gobierno francés: tomé un asiento en la diligencia, mas fue tal mi suerte, que á la segunda jornada, volcándose y rompiéndose el coche, entre las desgracias que sucedieron fue la de romperme la cabeza, y perder la mitad del dinero que me quedaba. En tal apuro no hubo otro remedio que detenerme á curar en el primer hospital que encontré, y afortunadamente las heridas no ofrecieron mayor peligro.

Despues que me restablecí, fue preciso seguir mi marcha á pie, porque apenas me alcanzaba el dinero para pagar la cama en las posadas: por último, llegué con la ayuda de algunas almas filantrópicas, que en el camino me socorrian, teniendo la satisfaccion y alegría de encontrarme reunido con todos los demas patriotas del indicado depósito.

Al mes de residir en aquella ciudad, la augusta y salvadora Reina de España, por su magnánimo corazon, concedió una amnistía á todos los españoles, por delitos de infidencia, *y no otros* bajo la sola garantía y proteccion de las leyes. En esta inteligencia, los españoles que sus compromisos no eran de ningun cuidado, ó los que no quisieron sufrir mas tiempo una emigracion bastante penosa á la verdad, se deter-

minaron á regresar á España, y aventurar su futura suerte; pero ¿cómo podría regresar yo ignorando si estaba ó no comprendido en la referida amnistía por mi forzada apostasía religiosa? Y sobre todo, reinando el mismo gobierno absoluto y despótico, con todos los agentes que me habian perseguido tantas veces, ¿podría regresar sin volver á ser juguete de sus caprichos y venganzas? ¿No me esponia á tener que volver á Ceuta, cuando no me quitasen la vida? Tal desconfianza reinaba en mi corazon, y mucho mas cuando recordaba que don José Salelles y Palos, luego que volvió á Granada repuesto en su destino, despues de dos años que hacia que yo sufría mi condena en el presidio, se acordó de mí, y pidió al rey se abriese de nuevo la causa, pues no habia quedado bastante satisfecha la vindicta pública; pero mejor dicho, la venganza que alimentaba su corazon depravado, así como su compañero Pedrosa. Por estas razones me ví obligado á consultar al gobierno, por conducto del embajador español residente en París, para que diese una aclaracion á mis dudas.

En este tiempo el gobierno francés tomó la determinacion de quitarnos el corto subsidio, sin atender á la humanidad afligida, por mas gritos y lamentos que implo-

rábamos en nuestro socorro , con la idea sin duda de obligarnos por este cruel medio á entrar en España, desentendiéndose de la primitiva causa que tuvieron los franceses en nuestra espatriacion: por último, á las muchas reclamaciones que dirigí con otros que estaban tambien en caso de duda , resolvió aquel gobierno se nos devolviese la paga á todos los que habíamos consultado, ínterin se decidian nuestras reclamaciones; pero como la decision á las representaciones que se hicieron, no vino jamas, tomó (como por juguete ó desprecio) el partido de quitarnos y devolvernos el socorro , siguiendo esta alternativa, para aburrirnos y desesperarnos hasta el último grado.

En estas aflicciones, tomé la resolucion de pedir pasaporte al embajador español, para poder regresar á España, y sujetarme á todo lo que quisiese prepararme mi futura suerte; pero habiéndome contestado el referido embajador , que ínterin no viniese la resolucion favorable á la consulta que ya tenia hecha al gobierno , sobre las circunstancias en que yo me encontraba, le era absolutamente imposible librarme el documento que le pedia. En este caso no tuve otro remedio que marchar á París á ver si lograba del gobierno francés que

se me continuase la paga, ó que el embajador diese alguna salida al apuro en que me veía. En efecto, emprendí la marcha en compañía de don Juan Lamarca, compatriota que se hallaba en unas circunstancias poco mas ó menos como las mias. Llegamos á París, donde reclamamos de nuevo la paga al ministerio francés, y desentendiéndose á nuestras súplicas, acudí al embajador español contándole todas mis circunstancias y vicisitudes, y me contestó que le llevase una certificacion del arzobispo de París, en que constase me habia reconciliado con la iglesia católica romana, y no tendria inconveniente en darme pasaporte para España, guardándose la certificacion para su resguardo.. Satisfecho de lo que me contestó, marché en seguida á casa de don Gregorio Alonso de Prado, cura y beneficiado que fue de la iglesia parroquial de santa María de Ezcaray (arzobispado de Burgos), y en aquella época administrador de Sacramentos en la parroquia de san Mery de la ciudad de París, cuyo destino ejercia desde la guerra de Napoleon con la península. Le hablé de mis circunstancias y de mi pretension, y me contestó descuidase en un todo, porque él mismo se encargaba de hablar al señor arzobispo, y no dudaba le daría á él

la comision para practicar cuantas diligencias eran necesarias á mi reconciliacion, y me daria despues el certificado que solicitaba. En efecto, obtuvo el permiso, y me hizo protestar y abjurar de la religion Mahometana para abrazar de nuevo la católica romana: despues hice por su órden confesion general, y me tuvo por espacio de cuarenta dias cumpliendo la penitencia, la que concluida que fue, volví á confesar y comulgar, y le reclamé la certificacion referida para que me diese pasaporte el embajador español, como lo habia ofrecido; pero ¡qué sorpresa! El fin de todo lo practicado fue negarse por el arzobispo dicho documento, pretestando que como todo se habia practicado bajo de confesion, y reservadamente, no se me podia librar dicho documento por ser caso de conciencia el que se lo impedia, que de hacerlo, podia despues publicarse, haciendo desprecio ó mofa de la religion católica romana, por no haber guardado los preceptos que se les tenian encargados, mucho mas cuando estaban en oposicion en aquellas circunstancias la religion católica francesa, la templaria, la sansimoniana, y otras muchas, que nuevamente se habian establecido, y el santo padre las tenia ya escomulgadas. A pesar que yo le hice ver mi

sana intencion y que estaba remoto de mezclarme en otros asuntos mas que los que llevaba manifestados , y de añadirle tambien que estaba pronto á que se volviesen á practicar públicamente cuantas ceremonias fuesen necesarias hasta conseguir el fin que me proponia , no por esto se me quiso escuchar mas, desentendiéndose de todo hasta llegar al extremo poco cristiano , de á las repetidas súplicas que hice á su eminencia , negarme abiertamente el documento que necesitaba. Luego que le escuché la negativa á tan justa peticion, le contesté del modo siguiente: «Cuando me casé, se me exigieron mas de trece mil reales bajo pretesto del imaginario parentesco que me ligaba con mi pretendida, y me hicieron ver que aquel dinero estaba dedicado para convertir hereges, redimir cautivos, y otras obras filantrópicas á este tenor. En tal caso, ¿con cuánta razon y derecho no se debia practicar conmigo lo que dicta la razon , la justicia y la humanidad? ¿Es este el medio que se toma para acariciar y recoger á los extraviados y hacerles entrar en el goce de la religion? ¿Es la caridad que se egerce con todos, tan buena como la que se acaba de hacer conmigo? ¿Es esta la religion que se profesa? Mas ¡paraqué me canso! La religion fue

creada por el Dios de paz para salvarnos haciéndonos sociables en la tierra; pero abusando sucesivamente los hombres, la han desbaratado y desquiciado hasta los cimientos que la sostenia, y quieren hacerla degenerar en una irreligiosa y profana superstición, caracterizando como actos religiosos y loables todos sus delitos, para lo cual forman tramas y se envuelve á la humanidad. ¡Oh religion desfigurada! ¡Con tu sombra, cuánto se oscurece, y con tu capa, cuántas maldades no se cubren! ¡Hombres! salid de vuestro error, corregid todos los abusos de que se halla envuelta nuestra verdadera religion y sociedad; superar todos los peligros, practicando cuantos esfuerzos se necesiten hacer para conseguirlo, pues de lo contrario nos sepultaremos indudablemente en el abismo de la miseria y esclavitud!!!

Triste y pensativo me retiré á mi casa, siendo tan fatal mi suerte que en aquel tiempo aun no habia contestado ni socorrido el gobierno francés con nada á los refugiados de mi clase. Ya estaba tan apurado, que seguramente no sabia qué partido tomar, pues llegó á tal extremo mi suerte desgraciada, que se pasaban muchos dias sin probar ni una taza de caldo. Asi fue que en poco tiempo me quedé tan débil,

que parecia un esqueleto andando. Yo no sabia ningun oficio mecánico para poderme ganar la subsistencia, ni mucho menos ser útil en alguna cosa; pues no solo ignoraba la lengua francesa, sino que aun en el caso de poseerla, habia para todos los ramos miles de desgraciados que se hallaban en las circunstancias mias, y era dificil encontrar colocacion alguna. Por último, hubiera muerto de necesidad, sin remedio alguno, si no me hubiera librado don Pedro Mendez de Vigo, uno de los patriotas españoles que fue hecho prisionero de guerra en el año 1825 por los franceses, y refugiado desde aquella época en Francia. Este hombre, humano, luego que se enteró del estado en que yo me encontraba, como igualmente el de mi compañero y otros varios compatriotas, tomó tal empeño á nuestro favor, que no solo nos socorrió por su parte con el corto sueldo que disfrutaba, sino que comprometió á sus amigos don Alvaro Florez Estrada, al señor de Cayuela, al señor de Peon, coronel, y hoy brigadier, á la escelentísima señora viuda del general don José María Torrijos, á don Pedro Saiz Castellanos; y en fin, á cuantos encontraba, les obligaba á que contribuyeran con lo que pudiesen: por este medio logró sacarnos del apuro que nos rodeaba;

aun hizo mas el señor Vigo, á fuerza de empeños y fatiga, consiguió que el gobierno francés nos devolviese la paga que antes habíamos disfrutado; pero duró poco tiempo este beneficio, y volvimos á recaer en los mismos apuros y necesidades. Viendo que todos los recursos se habian cerrado, no tuve mas arbitrio que volver al cura que me habia reconciliado con la iglesia católica romana, y exigirle una certificación suya, en que constase que yo habia practicado todas las ceremonias que se exigian por la santa iglesia: no tuvo ningun inconveniente en dármela; pero fue necesario legalizar dicho documento por la vicaría general, para obligar con este motivo al embajador español á que me diese pasaporte con que regresar á España al seno de mi familia; lo que conseguí á fuerza de empeños y súplicas, y me puse en marcha inmediatamente para Perpiñan, desde cuyo punto esperaria contestaciones de mi familia, para hacer y practicar todo lo que se juzgase mas acertado. Llegué á dicha plaza; pero el deseo que reinaba en mi corazón de ver por momentos mi pais natal, no me dió lugar á esperar á nada; y en el mismo dia, atropellando y anteponiéndome á todo resultado, continué mi viage para la Junquera, primer pueblo de España. ¡Ah! cuál


fue mi alegría y enagenacion al encontrarme rodeado de españoles que á porfia me daban mil enhorabuenas; mi corazon no pudo menos de enternecerse demasiado, y como enagenado y lleno de júbilo, esclamé diciendo: ¡O cara y amada patria! ¡Cuántas angustias y trabajos ha probado mi existencia por tu causa! Mas todas las vicisitudes trágicas y funestas que he pasado en toda mi agitada vida, están recompensadas en este solo dia! Sí, no hay duda: la satisfaccion, el gusto y placer que experimento en estos instantes, no hay mortal que pueda espresarlo. ¡O amada Reina! Si en otro tiempo hubo una Isabel que supo inmortalizar su escelso nombre, formando una de las mas grandes monarquías de la cristiandad; que recuerda la época del descubrimiento del Nuevo-mundo; que protegió las ciencias, honró á los sábios, y que por último, abrió el camino de la prosperidad dilatando nuestro imperio; ¡con cuánto mas motivo nuestra amada Isabel II no debe hacerlo en las actuales circunstancias, que reinan la desunion, los odios, las venganzas y la desolacion de nuestra patria! ¡Ah! ¡No hay que dudarlo! Ya vemos sembrar con manos inocentes las dulces esperanzas de nuestra dicha: ya experimentamos rasgos de beneficencia y prosperi-

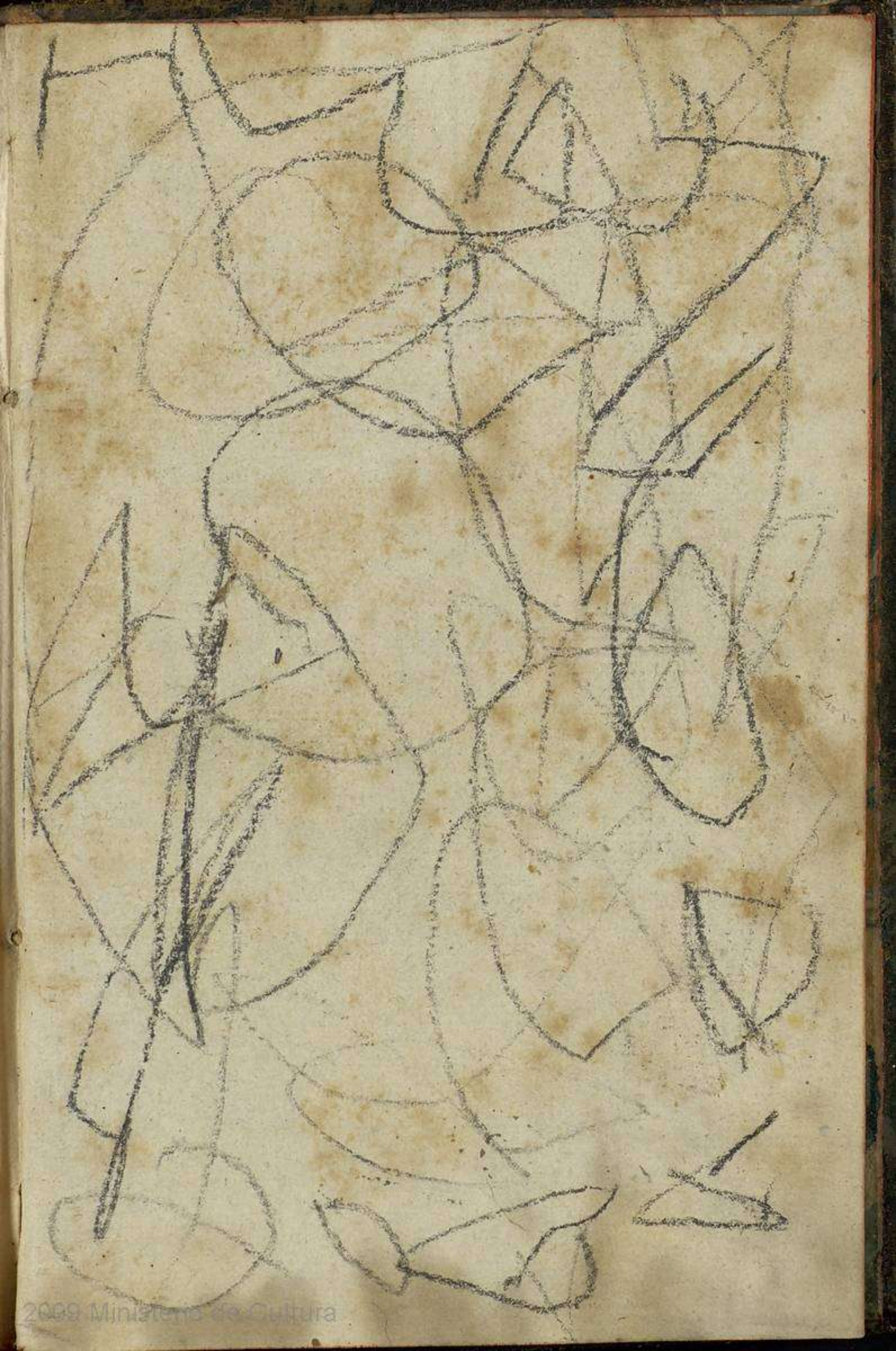
dad, y ya tocamos el fin de nuestros males. A tí, escelsa Cristina, te será debido el resultado: pusiste la piedra fundamental del edificio el dia que concediste la amnistía en tu primera regencia: permíteme á mí, víctima librada del sacrificio, recuerde hoy tu nombre con placer y ternura...

En medio de estas satisfacciones llegué á Barcelona, donde fue preciso embarcarme para Valencia, por el peligro que habia en el camino con los facciosos que querian trastornar el órden del actual gobierno. Apenas llegué á dicha ciudad, en aquella misma noche me puse en marcha á pie para san Clemente mi pueblo, y hubiera querido andar 28 á 30 leguas que habia de distancia con la velocidad de un rayo (tal era mi deseo;) pero no tardé mucho en verificarlo, logrando verme reunido con mi amada esposa, y rodeado de todos mis parientes y amigos. La alegría y satisfaccion que reinaba en estos dias, la dejo á la penetracion del lector, por no ser mi pluma suficiente para poderla espresar; pero si debo, al propio tiempo manifestarle, que en medio del gusto y contento, tenia el pesar de vernos reducidos á la mayor decadencia y miseria; pero con la esperanza de mejorar en la futura suerte, si el Ser supremo y los hombres lo permiten.

Solo resta ahora manifestar al lector el paradero de todos los demas renegados que se eitan en esta historia. Don José Verás, murió en Tánger lleno de miseria y necesidad: los cinco que desaparecieron en el bosque, hasta ahora no se ha sabido su paradero; don Manuel Real con los ocho agregados en Marruecos, fueron fusilados con el general don José María Torrijos y demas patriotas en la ciudad de Má'aga, y solo llegamos á España don Juan Michele-
na, don Luis María Guerra, don Juan Bautista Lopez, don José María Ortega, don Manuel Figueroa y yo; siendo la suerte de todos poco ventajosa, aunque la mia ha mejorado, gracias á la magnánima Cristina, que no solo ha declarado en 14 de mayo de este año en el espediente que se siguió contra don Luis María Guerra, mi compañero de desgracia, que seamos comprendidos en la amnistía, y aptos para obtener empleos como los demas españoles, sino que me ha nombrado archivero de Guardias de la Real Persona, con doce mil reales anuales; y por último, si disfrutamos de mas tranquilidad, tendremos que bendecir siempre el trono de Isabel II.

FIN.











LOS
CRISTIANOS
DE
CALOMAR